



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A Ibuerne, Ardanaz, Ariza Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Calzadilla, Dacarrete, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Formin Toro, Flores, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutierrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Reaté, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanáz, Marías, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poe, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanromá, Seigas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. senillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Agosto de 1881.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por D. P. Ruiz Albistur.—Carta al ministro Sr. Albareda, por D. Héctor F. Varela.—La República argentina ante la Europa, por don M. Bermúdez de Castro.—Sueltos.—De la concordancia lógica del pensamiento con su expresión, por el marqués de San Gregorio.—La tierra del fuego y sus habitantes, por D. Ramon Lista.—La libertad: el derecho, por D. Eusebio Asquerino.—Una revolución geográfica, por D. Pedro Arto.—La caridad, por doña Enriqueta Varea de Albarrán.—Las ciencias positivas en Calderon de la Barca, por D. José Grinda.—Bernardo de Palissy, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Secuestro de dos súbditos ingleses, por D. Julian Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Las elecciones han absorbido por completo el interés de la última quincena. Por una extraña coincidencia, que quizás no vuelva á producirse, España, Francia y Portugal han designado el mismo día sus nuevos representantes, y al interés natural que despertaba entre nosotros la remoción de la Cámara popular, se ha unido este año la expectación de los resultados que arrojaban los escrutinios en esas otras dos naciones, tan íntimamente ligadas á la nuestra por identidad de origen la una, y la otra por identidad de sentimientos. De las elecciones en España nada puede decirse que sorprenda á los lectores. Se han verificado como siempre entre nosotros. El ejercicio de la régia prerogativa privó del poder á los conservadores, que acababan de obtener una nutrida votación en la Cámara, y llamado el país á dar su voto, pónese de lado del nuevo Gobierno, y apenas si con gran trabajo, y áungracias á benevolencias, que en muchos distritos se han traducido en hechos, la oposición canovista puede traer á los escaños del Congreso cincuenta y dos diputados, que es á lo que han quedado reducidos aquellos grupos numerosos de artilleros y húsares, que parecían ser como la garantía de que el país estaba satisfecho de la dominación conservadora. Y cuenta con que para llegar á este resultado afirman malas lenguas que ha favorecido mucho á los caídos de Febrero el temor que habia en parte del Gabinete fusionista de que pareciera mal en elevadas regiones una guerra más despiadada hecha al que es hoy por hoy el único partido gobernante, en actitud de ejercer su oficio si arranques constitucionales é intransigencias centralistas dan al traste con la fusion.

El Gobierno,—á creer lo que dicen sus órganos

en la prensa,—está satisfecho, y verdaderamente debe estarlo. El éxito ha correspondido á sus esperanzas, por más que, segun un diario ministerial, todo haya pasado tal y como estaba previsto en las esferas del poder; que á tanto llegan en España la soberbia de los que mandan y la incuria de los que obedecen: á que puedan hacerse la víspera de la eleccion cálculos que el día siguiente viene indefectiblemente á confirmar. Esto, que en cualquier otro país no se comprendería y que sería bastante á retraer de la vida pública á muchos hombres de buena fé, daría triste idea de nuestra aptitud para el régimen parlamentario, pues de poco pueden servir los Parlamentos allí donde, sin excepcion, el país no tiene otra opinion que la opinion de los que mandan, sean estos los que sean, y hayan llegado al Ministerio como hayan llegado, por la puerta ó por la ventana, impuestos por la fuerza de los hechos ó por la voluntad del rey; llamados por las Córtes ó traídos por un golpe de Estado; á consecuencia de la bondad de las doctrinas ó á consecuencia de una sublevacion de militares. Triste idea darian, en efecto, de nuestra seriedad esta série de mayorías que una tras otra se suceden, llamándose todas ellas á voz en grito representacion genuina de la voluntad nacional; estos derrumbamientos de sistemas y de hombres, esta sucesion de Gobiernos un dia omnipotentes, como Dios, atreviéndose á todo, dominándolo todo, dueños supremos de la opinion, llevando á todas partes su influencia y su poder, y al siguiente oscuros y miserables, sin disciplina, sin fuerzas, sin organizacion, necesitando la generosidad de los vencedores para ocupar algunos escaños del Congreso, donde hacen falta, porque los Gobiernos tienen necesidad de una minoría que, á modo de figura decorativa, anime algo el salón, como el mismo Cánovas dió á entender un dia, echando en cara á estos mismos fusionistas, que hoy tienen tantas simpatías en el país, el número escaso de diputados con que contaban.

No de otro modo los Papas de la Edad Media se oponian á la total extincion de los judíos porque necesitaban que unos cuantos vivieran en los últimos dias del mundo para convertirse al cristianismo á la llegada del Antecristo, cosa indispensable para el cumplimiento de las profecías. Pero, por fortuna, hay argumentos para probar, lejos de la adulacion al poder constituido, sea el que fuere, este que al pronto se presenta como inexplicable fenómeno. No es todo escepticismo, no es todo indiferencia en el cuerpo electoral; la campaña llevada á cabo en Madrid por los conservadores dirigidos por Romero Robledo, las numerosas protes-

tas redactadas en provincias contra las arbitrariedades de los gobernadores, lo demuestran. Hay algo más que descuido, algo más que inaccion en estos resultados fabulosos que, de ser verdaderos, en justicia darian al traste con todas las leyes y con todas las reglas de la lógica, y ese algo es la precision gubernamental; ese algo es el capricho erigido en árbitro y juez de todas las cuestiones; es la coaccion que ejercen los que gobiernan sobre los gobernados, esa coaccion que empieza en el gobernador de una provincia y acaba en el último empleado del Ayuntamiento. El día que esta precision no se ejerciera, las elecciones serian una verdad, todos los hombres de buena voluntad acudirian á ellas á depositar en la urna una opinion, que sería solo suya, y entonces la voluntad nacional aprobaria ó desaprobaba lo que en un momento de confusion hicieran un político hábil, poseedor de la confianza de la corona, ó un general audaz dueño de unos cuantos batallones.

Así lo creemos; así debemos creerlo en bien de nuestras doctrinas y en prestigio de nuestro pueblo. Lo contrario sería creernos incapaces de gobernarlos por nosotros mismos.

El partido democrático-progresista tendrá en la Cámara más representacion que le otorgaba la benevolencia de los diarios ministeriales. Luchando en un terreno no dispuesto, con fuerzas poco preparadas, sin haber completado los trabajos de organizacion necesarios despues de seis años de vivir fuera de la ley y privados de todo, hasta del aire y la luz, nada tiene de extraño que el triunfo no haya sido mayor. El camino para que lo fuera estaba abierto; bien claro lo señalaba el apoyo prestado á los candidatos posibilistas y aún á algunos conservadores por los jeques fusionistas; pero para entrar por ese camino, se necesitan ciertas condiciones de carácter nada fáciles de encontrar en políticos de verdaderas convicciones. Quédesese eso para los Esaús de la política que venden sus doctrinas por un acta de diputado, como el personaje bíblico vendió por un plato de lentejas su derecho de primogenitura.

Hechas ya las elecciones, y así que las Córtes inauguren sus tareas, que hay quien dice será para el 18 del que viene, ábrese para el Gobierno un nuevo período de lucha, en que van á salir á la superficie todas las agitaciones que ahora conmueven sólo el fondo de la laguna fusionista. Pasando del mutismo en que vive desde su elevacion al poder hasta el presente, vá á tener que exponer su programa, vá tener que ponerlo en obra, y difícil es

que puedan amalgamarse en una sola las opiniones tan distantes de Alonso Martínez y Balaguer, de Posada y Romero Ortiz. Por un lado el centralismo sintiéndose poco á gusto en la fusion, y preguntándose si al emprender la senda del Gobierno no ha elegido peligrosa compañía; por otro lado los constitucionales conteniéndose á duras penas dentro de tan estrecho molde, persiguiendo el bello ideal de un Gabinete homogéneo y contando con la Cámara... La vida de la situación vá á ser pródiga en accidentes. ¿Qué solución tendrá el problema que en breve ha de plantearse? ¿Habrán ganado Sagasta para entonces la confianza de la Corona, ó necesitará aún la garantía del general Martínez Campos? Preguntas son estas muy difíciles de contestar. Lo único que desde ahora puede asegurarse, es que el horizonte de nuestra política, lejos de presentarse limpio y despejado, se carga de día en día de nubes más y más amenazadoras. Aun no se habían hecho las elecciones, y ya aseguraba un periódico que la vida de las futuras Cortes será breve.

Suceda lo que quiera, la democracia debe estar tranquila. Por mucho que se oscurezca el horizonte, por densas que sean las nubes que pueden cubrir el cielo de la patria, tras esas nubes está el sol que brilla, el sol que fulgura, y que por fin romperá las brumas que se le oponen á su paso.

**

Quando ya se ha extinguido en el aire el estampido de los petardos que mantenían en constante alarma el ánimo de los habitantes de Madrid, y sus autores ó instigadores esperan en la cárcel el fallo que el tribunal ha de dictar sobre sus criminales atentados, preséntase una nueva coalición de los malos instintos que, obedeciendo á un plan más vasto, se extiende por nuestra España llevando la desolación á todas partes. El incendio prendido por manos alevosas, devora montes, pastos y dehesas, y con su cabellera de serpientes de fuego recorre, llevado entre sus alas por el viento, las regiones más apartadas, y en Málaga, Alicante, Gerona, Badajoz, Valladolid, Cáceres, Teruel, convierte en cenizas haciendas y fortunas, borrando límites, y destruyendo hogares.

Allá, en medio de la noche, una luz brilla á lo lejos; primero es una chispa, algo como el fulgor lejano de una estrella; luego crece, se hace mayor, aumenta su volumen, es una masa; se parte á poco en mil lenguas de fuego, y como las olas de alborotado río que rompe el cauce que en sus brazos le aprisiona, corre por los montes, y se despeña por su falda, talando todo cuanto á su paso encuentra.

La tenacidad de estos incendios ha llamado por fin la atención, y alguien se ha preguntado si la perversión y la maldad no los encenderán con sus teas aterradoras. Todos los años, en la presente estación, han sido numerosos los siniestros, mas nunca tanto como ahora. Solo en una provincia tiene el juez 180 causas incoadas por incendios de que se sospecha con algun fundamento que no han podido ser casuales. Atendiendo al clamor general que pide una pronta investigación, el Gobierno ha tomado cartas en el asunto y el otro día salió de Madrid una compañía de guardias civiles encargados de velar sobre la seguridad de las propiedades rurales de Estremadura, la region más castigada.

**

No por los diarios ministeriales, como era natural, sino por un diario inglés, sabemos el desenlace que han tenido nuestras reclamaciones á Francia con motivo de los desastres de Oran. El día 20 publicó el *Times* un telegrama de París en que se le decía que habiendo entregado el duque de Fernan Nuñez á Mr. Barthelemy Saint-Hilaire, ministro de Negocios extranjeros, la contestación que el Gobierno español daba á su primera nota, le preguntó el ministro á cuánto ascendía la cantidad que España reclamaba como indemnización para los españoles víctimas de la barbarie argelina, pues, por equidad, se hallaba la República dispuesta á deferir á las reclamaciones españolas.

Dicha con esto la última palabra sobre este asunto, solo nos resta congratularnos del éxito que han tenido las gestiones del Gobierno, y deplorar una vez más la insensata campaña que, á ser esto posible, debían algunos periódicos imprudentes apresurarse á borrar de sus columnas.

**

Hemos hecho notar al principio de esta Revista que el mismo día que se verificaban las elecciones en España, se verificaban también en Francia y Portugal.

Esta última nacion, hermana nuestra por su origen, ha querido serlo también en coacciones é irregularidades. Como el nuestro, su Gobierno ha cometido toda clase de atentados contra el derecho de sufragio; la facultad de poder renovar los empleados, aun en pleno período electoral, pone un arma más en manos de aquél. De los 147 diputados que habían sido elegidos, las oposiciones no contarán entre ellos más de 20.

Bien distinto es el ejemplo que dá Francia. Allí donde está garantida la libertad del sufragio, donde las ideas se imponen por la bondad y no hay quien ponga un freno á su desarrollo ni un obstáculo á su marcha, el país ha acudido á las urnas y ha depositado en ellas sus sufragios, que son otros tantos aplausos á la política salvadora que rige los

destinos de la Francia: de esa otra Francia que como el Fénix de sus cenizas, renació de los bombardeos prusianos y de los incendios de la Comuna.

Inútiles han sido los amaños de la intransigencia roja, como son inútiles las argucias de la intransigencia blanca. En vano 500 alborotadores, vendidos á los enemigos de las instituciones liberales, ahogaron con exclamaciones estentóreas y gritos salvajes la voz de Gambetta, el campeón infatigable de la libertad, que se presentaba á exponer á sus electores las ideas que queria llevar á la nueva Cámara. Dos distritos le han elegido su representante, y este triunfo, por lo que en sí significa, es sobrada satisfacción á la ofensa recibida.

El resultado final, según los últimos telegramas, presenta 487 diputados elegidos y 64 *ballotajes*, en que hay que proceder á nueva elección. De estos, 403 son republicanos, 38 monárquicos, y 43 bonapartistas. En estas elecciones, los partidarios del régimen actual han ganado 48 asientos á los primeros y 38 á los segundos. Ante estos datos, ¿qué significan las declamaciones de los rojos ni las calumnias de los clericales?

**

El telegrama trajo á principios de la quincena actual, un telegrama que causó en todos los círculos honda sensación. ¡El Gabinete inglés estaba en crisis! Inexplicable pareció á algunos la noticia, sobre todo despues del discurso de Mr. Gladstone en el banquete de *Mansion house*, donde, haciendo á grandes rasgos la historia de su Gobierno, había citado lo que ya había conseguido, y lo que aún le quedaba por conseguir. Y, sin embargo, nada mas cierto.

Reconociendo el Gabinete inglés la necesidad de arreglar en lo posible la cuestion de Irlanda, problema pavoroso para Inglaterra, y con objeto de quitar á los agitadores todo pretesto para su propaganda separatista, había llevado á la Cámara de los Comunes un proyecto de ley agraria, que esta aceptó tras detenido exámen. Pasado el proyecto á la Cámara de los Lores para su aprobación, ésta le modificó en sus puntos más importantes y en el sentido conservador que la es propio. De vuelta en la de los Comunes, tanto sus miembros como el Gabinete, reconocieron la imposibilidad de aceptarla tal y como volvía á ellos; las garantías que se otorgaban á los propietarios no habían sufrido gran alteración, pero en cambio las concedidas á los colonos venían muy restringidas y mermadas. Tal era el estado de la cuestion, que sólo podía resolverse de dos modos: ó disolviendo Mr. Gladstone la alta Cámara, ó entregando el poder á los conservadores, que á su vez tendrían que disolver la Cámara de los Comunes.

El caso era verdaderamente difícil, porque nada justificaba esta vuelta á los conservadores, esta caída de los liberales. Los ánimos se hallaban muy excitados. Mientras Mr. Parnell y los diputados irlandeses rechazaban el proyecto por juzgarle en extremo deficiente, el pueblo, que ve con gusto cuanto se haga por acabar la situación tirante que existe entre Irlanda é Inglaterra, celebraba frecuentes *meetings* en que se aprobaba, aplaudiéndola, la actitud inflexible de Mr. Gladstone ante la intransigencia de los lores.

Pero en los países regidos por instituciones verdaderamente liberales, los casos muy difíciles dejan de serlo bien pronto. Habló el patriotismo, y el presidente del Gabinete inglés logró con su autorizada palabra que la Cámara popular aceptase algunas de las modificaciones; por su parte, los lores á su vez hicieron alguna concesión, y resuelto el conflicto de este modo, el 20 fué aprobada la ley, recibiendo despues la sancion real. Con esto han perdido gran parte de su interés las deliberaciones, y háblase de que pronto se cerrarán las Cámaras para dar algun descanso á los representantes.

**

Este acontecimiento, de tan gran importancia y trascendencia, ha hecho olvidar á Mr. Braudlaugh. El audaz diputado, reelegido por los electores de su distrito que se había declarado vacante por la famosa cuestion del juramento de que están enterados los lectores de LA AMÉRICA, pretendió penetrar en el local de la Cámara, de donde una ley le había expulsado. Pero la Presidencia tenía tomadas sus medidas, y el diputado ateo no logró entrar en el salón, á pesar de los esfuerzos que hizo, viéndose obligado á retirarse seguido de sus admiradores y con una confusion grave en un brazo, á consecuencia de la lucha que sostuvo á brazo partido con los ugieres y agentes de policía. Mr. Gladstone, que, aunque opinando en contra de la ley por creerla poco arreglada á la justicia, la sostuvo hasta tanto que otra ley la derogase, tiene en estudio un medio, por el cual pueda Mr. Braudlaugh ocupar su asiento de diputado, sin que la dignidad de la Cámara ni la dignidad del representante padezcan en lo más mínimo.

Y lo encontrará, porque Mr. Braudlaugh queriendo penetrar en la Cámara, es la libertad de conciencia queriendo penetrar en las costumbres.

**

Malas noticias de América. El presidente Garfield, á quien ya se creía fuera de cuidado, ha sufrido una violenta recaída que pone en gran peligro su existencia. Su estómago no admite los alimentos que le dan, su pulso es frecuente y rápido, su estado general malo. Un último despacho ase-

gura que el médico de cabecera ha perdido ya toda esperanza de salvar al ilustre enfermo.

La ansiedad que en los Estados Unidos producen estas noticias es grande. Los negocios se han suspendido y la Bolsa se ha resentido al reflejar tan tristes impresiones.

En tanto, el asesino continúa esforzándose por aparecer como un demente, y el otro día trató de matar al carcelero; pero fué sujetado á tiempo. Pregunta á menudo por el estado de su víctima, y espía el momento en que ésta muera, porque ha de ser, dice el insensato, la prueba de que Dios había decretado su muerte. El fanatismo y la perversidad uniéndose para cometer un crimen, y buscando luego el manto protector de la locura.

**

Signo en Italia la agitacion producida por los desórdenes que causó la traslación de los restos de Pío IX. A las afectadas protestas de los escritores católicos han respondido los *meetings* de los avanzados, reuniéndose para pedir la anulacion de la ley de garantías. El Gobierno, que no quiere atentar al derecho de reunion, se ve obligado, no obstante, á suspenderlos, así que algun orador un tanto fogoso dice cualquier frase atrevida en el calor de la improvisacion, lo cual crea una situación tirante para todos.

Frente á estas manifestaciones de los avanzados, el partido clerical ha hecho correr la noticia de que el Papa, ante el temor de que peligrase su seguridad, se había decidido por abandonar á Roma, y aun ya se decía que pensaba trasladar á la isla de Malta la Santa Sede. Estos rumores han sido desmentidos posteriormente, y todo hace creer que se prolongará el *statu quo* y que el ilustre prisionero, como le llaman los ultramontanos, no dará al mundo esa prueba palpable de la libertad que disfruta cambiando el punto de su residencia. Los *meetings* de los liberales continúan. Considerando la ley de garantías como un atentado á la unidad italiana, piden su suspension en nombre de Italia, reciben aplausos y adhesiones de hombres políticos importantes de todo el mundo y se disuelven sin desórden.

**

El movimiento anti-semítico que hace tiempo se observa en Rusia y en la Pomerania, ha cedido algo estos últimos días. El Czar parece decidido á proteger á sus desgraciados súbditos israelitas, y Bismark, por su parte, tiende á apartar sus simpatías de los agitadores alemanes. Ultimamente no contestó al jefe del movimiento anti-semítico que le felicitó y con el cual estaba antes en relaciones sumamente cordiales. Hora es ya que acabe esa inicua persecucion que nada basta á disculpar.

**

En España empezamos esta desaliñada Revista, y á España debemos volver al concluir la, para dejar en su casa al lector que ha tenido la paciencia de seguirnos en el rápido viaje que hemos hecho por Europa.

En otro tiempo los cometas auguraban pestes y plagas de diversas clases: el tercero que este año nos presenta su cola ha venido á anunciarnos la visita de un rey.

En efecto; coincidiendo con su aparición sobre el horizonte, ha llegado á España el rey de las islas Sandwich, Kalakaua I, especie de monarca de poco pelo, algo subido de color que recibe de americana á los gobernadores que, como el conde de Xiquena, van á ofrecerle sus respetos.

Dicen los que le han tratado que es instruido; viaja por Europa para estudiar nuestras costumbres y escribe sus impresiones y las publica despues en el único periódico que en su reino vé la luz, y en el cual corre el folletín á cargo de S. M. sandwichtiana. No se sabe si el periódico será ministerial, pero es de suponer que lo sea, por más que no es un cargo muy importante el que el rey tiene en la redaccion. Creemos que el derecho divino anda allí un poco rebajado, y que cualquier escritorzuelo encargado del fondo puede dejar cesante á S. M. solo con extenderse un poco más de lo acostumbrado en el balance del día.

Para que no faltase nada á sus impresiones, la civilizacion española puso á disposicion del monarca un ferro-carril, y le preparó un descarrilamiento en el camino.

Un rey que viaja lejos de su país, para escribir sus impresiones y que descarrila en el camino... ¡Qué contentos deben estar los sadwichtianos!

P. RUIZ ALBISTUR.

CARTA AL MINISTRO SEÑOR ALBAREDA.

LA CUESTION DE EMIGRACION.

La galante hospitalidad que la prensa española dispensa hace años á mis pobres escritos: los conceptos, por demás honrosos, que de ella he merecido siempre, y mis estrechas y antiguas relaciones de amistad con varios de los hombres más importantes de este país, me hacen esperar, señor ministro, que haciendo Vd. un paréntesis del momento á sus inmensas ocupaciones, dedique uno á leer esta carta, que me tomo la libertad de dirigirle, sobre un asunto que preocupa á Vd. seriamente, y que, hace días, sirve de tema á ele-

vadas discusiones en algunos diarios de Madrid. Me refiero á la cuestion de emigracion.

En vista de la inmensa cantidad de habitantes de los Bajos-Pirineos que desde años atrás se dirigen á mi patria, la República Argentina, el Gobierno del imperio del 2 de Diciembre se ocupó, seria y detenidamente de esta gran emigracion, procurando, si no cortarla completamente, por lo ménos reducirla en lo posible.

Dada la posicion de Vd., señor ministro, y sus vastos conocimientos sobre todas estas cuestiones, supongo que conocerá Vd., en todos sus detalles, lo que entonces sucedió en Francia: el Gobierno adquirió el conocimiento de su impotencia para impedir la emigracion, y aún para disminuirla, reconociendo, ante todo, que sin atacar por su base la más preciosa de las libertades individuales,—la que el hombre tiene de moverse á su antojo y regresando á la patria cuando mejor le plaztojo, abandonanca,—era de todo punto imposible cerrar el paso á los vascos y otros franceses que dejaban la patria, para dirigirse á la República argentina.

A pesar de esto, no faltó un agente oficioso que, creyendo la empresa fácil, ensayó un medio de contener la emigracion.

Ese agente fué el prefecto de los Bajos-Pirineos, y el medio este: plagar la comarca de publicaciones, única y exclusivamente destinadas á desacreditar la República argentina, presentándola «como un país de cafres, donde el extranjero que llegaba, cuando no era asesinado al desembarcar, era molido á palos, encerrado en inmundas mazmorras, perseguido y vejado, no encontrando jamás trabajo, y muriéndose de hambre!!!»

Estas infamias, ampliadas en una forma sangrienta, se decian y circulaban de una manera oficial, puesto que se publicaban en un diario de carácter oficial, órgano reconocido del prefecto, y en proclamas que llevaban su nombre al pié.

¿Y qué se consiguió con esto?

Usted lo debe tener presente en la memoria, señor Albareda:—nada, absolutamente nada; porque los vascos que á mi patria se dirigen á millares, cuando se publicaban las proclamas del prefecto, no iban allí *enganchados* por ningun traficante de carne humana, ni por agentes que les presentasen República Argentina cual otro *El Dorado*, sino á la llamados por los parientes, conocidos y amigos que ya estaban establecidos en el país, y que, hallándose felices bajo su cielo, con hogar tranquilo, subsistencia barata y trabajo abundante, les incitaban á que fuesen para compartir la dicha y el bien estar, que á ellos sonreía allí.

El prefecto de los Bajos Pirineos, convencido de su impotencia, tuvo, pues, que suspender su propaganda, y los emigrantes de aquella pintoresca porcion de la Francia siguieron encaminándose á la República Argentina, donde viven contentos y felices.

¿Pero, ignora Vd. acaso, honorable Sr. Albareda, que en Italia ha sucedido lo mismo que en Francia, y que allí, esta cuestion de la emigracion voluntaria á lejanas tierras, ha preocupado, tambien *sin fruto*, á los hombres de Estado?

En 1874, me hallaba precisamente en Roma, en el momento en que el Ministerio del liberal Víctor Manuel, alarmado ante la despoblacion que se producía, viendo salir cada mes de los puertos de Génova y Nápoles, de cuatro á cinco mil emigrantes para el Río de la Plata, solamente, nombró una comision compuesta de varios personajes, encargada tambien de estudiar los medios de impedir ó disminuir la emigracion.

¿Qué consiguió dicha comision?

Un simple dato estadístico se lo hará comprender á Vd., señor.

En 1870 habian salido para la República Argentina 14.645 italianos, y en 1874, año en que se nombró la comision y en que esta hizo grandes publicaciones, exhortando á sus compatriotas á que no emigrasen para mi patria, salieron de Italia para ella, 26.278!!!!

Es decir, en cuatro años, casi el doble!!

Y si me permito citar á Vd. estas cifras tomadas de la estadística oficial, es por el significado que tienen en apoyo de lo que quiero anticipar á Vd.: la imposibilidad en que está todo Gobierno europeo de impedir la emigracion voluntaria hacia la República Argentina.

La comision italiana, justicia le sea hecha, no imitó el ejemplo del Prefecto de los Bajos Pirineos presentando á mi país como una *Forest de Bondy* ó una *cueva de Montésino*; pero no queriendo confesar públicamente su impotencia, dió á luz publicaciones en que exhortaba á los italianos á no abandonar el suelo de la patria, y propuso al Gobierno que estableciese una serie de trabas para poder obtener el *pasaporte* con que ir al extranjero.

Todo fué inútil, empero; porque contra esta propaganda, sin datos ni razones ciertas en que apoyarse, existía otra, activa, eficaz, leal y práctica, que hacia conocer la verdad á los que pretendian emigrar; la propaganda hecha desde allá por los millares de italianos que se hallaban establecidos en la República.

Felices, encontrando trabajo constante, bien remunerado, con facilidad para la vida material, gozando de amplia y absoluta libertad, y de todas las garantías necesarias, cada uno de esos emigrantes escribia la verdad á sus parientes y amigos de Europa, que, al conocerla, tomaban sus penates y se dirigian á buscar un hogar en aquel

hermoso pedazo de la tierra americana, donde la mano de la fraternidad ha levantado el inmenso templo en que viven unidos los hombres de todos los pueblos y de todas las zonas.

Estos son los hechos, señor ministro.

He creído deberlos citar para llegar al punto que motiva esta carta, á fin de justificar lo que en ella me voy á tomar la libertad de decir á Vd.

Profundamente impresionado, como todo español que tenga corazón, con lo que ha sucedido en *Saida*, donde centenares de compatriotas de Vd. han sido bárbara y brutalmente asesinados, quedando otros reducidos á la más completa miseria, ha creído Vd. llegado el momento de imitar lo que se hizo en Francia é Italia, esto es, estudiar los medios de evitar la emigracion, á fin de evitar así que súbditos españoles se sigan exponiendo, al dejar la patria natal, á ser víctimas de horrores que en Africa han costado tantas víctimas y arruinado tantas industrias y fortunas.

Con tal motivo, y siguiendo siempre el ejemplo de aquellos países, ha nombrado Vd. una comision de personas caracterizadas y respetables, con idéntica mision á la que tenia la comision italiana de que acabo de hablar: estudiar las causas que producen la emigracion, y los medios que podrian emplearse para impedirla.

Si en presencia de los actos de salvaje barbarie cometidos en Africa con súbditos españoles, tratase Vd. tan sólo de impedir que continuasen dirigiéndose allí los compatriotas que abandonan el suelo de la noble España, yo nada tendria que decir en la cuestion.

Mas no es así.

Al tratar de evitar la emigracion, no solo se habla en tésis general, sino que se llega á nombrar á la República Argentina, como si, confundiendo con *Saida*, se quisiese evitar que, en lo sucesivo, allí tambien se dirijan nuevos emigrantes españoles, temiendo que les pueda suceder un día lo que acaba de acontecer en Africa á los que ea su territorio fueron víctimas de tribus salvajes.

No, señor ministro: esto es lo que, como argentino, he creído yo que no podia ni debía tolerar en silencio, ya que mi buena fortuna me permite hallarme en España en el momento en que Vd. ha planteado la cuestion.

Sin ser español, comprendo y aplaudo que todo español haga cuanto pueda por impedir que otros españoles se sigan dirigiendo á un país en que el clima los abrasa, las enfermedades los diezman, los asesinan los bárbaros, y los roban y saquean sin piedad; pero no comprendo ni admito, que tratando de establecer reglas generales sobre la materia, se pretenda impedir tambien que los españoles que lo deseen puedan seguir dirigiéndose á mi patria.

Haciendo justicia al señor ministro, yo no puedo creer que al firmar su decreto tal haya sido su mente; pero de su espíritu y de sus *considerandos* se desprende la especie de amalgama que se quiere hacer de todos los países á que se dirige emigracion española.

Entre éstos, ninguno hay, en verdad, á que esta se dirija con mayor preferencia que á la República Argentina, como sucede, en mucha mayor escala, á la poblacion italiana, y en una parecida á la poblacion francesa.

Si en estos dos países nada han conseguido para impedirlo, tampoco lo ha de conseguir Vd. aquí, señor ministro; porque, como en Francia é Italia, esta emigracion de España hacia mi patria es espontánea, natural, libre y por iniciativa propia.

Vd. nombra una comision y esta se dirige á las autoridades de provincia, pidiéndoles que *digan las causas que producen la emigracion*.

Si los interpellados quieren proceder de buena fé, si desean decir la verdad, unánimemente contestarán á la comision, que los españoles dejan la patria por falta de trabajo y de medios de subsistencia, la mayor parte; y la otra, con la esperanza de hacer allá una fortuna que aquí tienen la certeza de no hacer jamás.

Cualquiera otra cosa que pudieran decir, serian invenciones, utopias ridículas, que ni los hechos, ni la práctica, ni la historia de lo sucedido justificarian jamás.

En otras épocas, las causas de la emigracion podian ser otras; cuestiones políticas ó religiosas alejaban de su patria á muchos ciudadanos, que no se podian avenir á vivir en ella; pero hoy, ni la emigracion es de la misma clase, ni las mismas son tampoco las causas que de Europa les arrastran hacia América.

Hablando de la República Argentina, lo que allí lleva á los españoles, lo sabe Vd., señor ministro.

Es la feracidad de su clima.

Es la abundancia de trabajo.

Es lo crecido de los salarios. (La criada que gana aquí tres duros mensuales,—por ejemplo,—gana allí de doce á quince!)

Es la variedad y baratura de los alimentos de primera necesidad.

Es la fertilidad del suelo, que todo lo produce.

Es una vida de progreso constante, no sólo en los grandes centros de poblacion, sino en los puntos más lejanos de los campos, que necesita brazos y brazos para construir en las ciudades, y cuidar los ganados en los cortijos.

Es la hospitalidad cordial que el pueblo argentino brinda á cualquier extranjero que á sus playas llega.

Es, en fin, aquella existencia de libertad amplia en que viven tranquilos, sin temor de que, cuando estén recogiendo el fruto de una cosecha, ó trabajando en el taller, los sorprenda el eco del clarín que los llame á formar parte de un ejército, de cuyas filas muchas veces no les es dado regresar á sus hogares.

Estas y no otras son las causas de la emigracion; causas que seguiran influyendo en que ella crezca y aumente, mientras en España los españoles no puedan obtener lo que obtienen en la República Argentina, aquellos que á ella se dirigen, libre y espontáneamente: *trabajo y fortuna*.

Pero hay quienes abordando la cuestion, exclaman en la prensa con toda sinceridad y buena fé:

«¡Pues, qué! ¿Acaso ha muerto ya el patriotismo en el corazón de los españoles, que prefieren los azares de una vida errante en tierra extranjera, á los encantos naturales de la madre patria.»

Palabras, señor ministro, nada más que palabras, como decia Hamlet.

Hoy, en Europa, no se vive de idilios, ni de proclamas, ni de madrigales: el que tiene hambre quiere alimentarse, y no perecer de frio el que carece de telas para cubrirse, durante esas noches espantosas del invierno.

Si aquí no encuentran ni pan ni lumbre, ¿será falta de patriotismo que se marchen á buscarlo donde tienen la seguridad de hallarlo?

Suprimase el pauperismo en España, como en toda Europa; suprimase ese monstruo de siniestro semblante que se llama *la miseria*; dése trabajo á los que lo pidan, y entonces los que de aquí salgan solo irán á nuestra querida América como alegres viajeros, á contemplar una naturaleza que parece renovar los primeros dias de la creacion, y aquel grandioso espectáculo que sin duda creó Dios para gozarse en su contemplacion silenciosa.

Con todo respeto y consideracion saluda á usted, Sr. Albareda,
Su ex-colega,

HÉCTOR F. VARELA.

LA REPUBLICA ARGENTINA

ANTE LA EUROPA.

Felices deben considerarse las naciones jóvenes—que toman parte en el gran movimiento regenerador de la humanidad—que logran llamar sobre ellas la atencion de los demás pueblos, por la marcha que siguen en estos dias de grandes decepciones para los amigos de la democracia y de la libertad.

Y feliz es, ciertamente, la hermosa nacion Argentina, que está en este caso, y de la que la prensa europea, hace meses, se está ocupando con mucha atencion.

Observadores atentos de la vida americana, de todos los movimientos y evoluciones que se vienen produciendo en el vasto continente descubierta por el génio del inmortal Colon, hemos seguido de cerca, y sin interrupcion, los acontecimientos producidos en la República Argentina de veinte y cinco años á esta parte, y como un tributo pagado á la verdad y un homenaje que la justicia reclama, podemos decir, que ninguna otra nacion—no ya americana, pero ni siquiera europea—ha alcanzado más grandes y más sólidas conquistas para la libertad, para la democracia, para el progreso, y el desenvolvimiento intelectual y material, en tan corto espacio de tiempo.

En verdad, es asombroso.

Pero, para comprender todo esto hay, ante todo, que tener presente las condiciones intelectuales de los argentinos.

En Europa no se tiene idea de lo que son y de lo que valen, aun cuando aquí hayamos conocido á un argentino como Ventura de la Vega, y militares argentinos, como los hermanos Concha.

Y como estos señores en la literatura y la milicia han descollado, levantándose á la altura, el uno, de nuestros grandes poetas, los otros, de nuestros mejores generales, en la República argentina hay hombres que descuellan en todo: en el foro, en la prensa, en la tribuna, en literatura y poesía, en la ciencia de gobernar, en la política, en ciencia económica, y en todas las profesiones y ramos, en fin, que constituyen las múltiples y brillantes facultades del ingenio y del saber humanos.

Prescindiendo de los varones ilustres que yacen en la tumba, ahí están vivos, comprobando lo que decimos, Sarmiento, Rawson, Quintana, Avellaneda, Roca, Mitre, Mansilla, Irigoyen, Del Viso, Victorien, García, Costa, Varela, Gutierrez, Alberdi, Quido, Rocha, Del Valle, Cané, Montes de Oca, Pereyra, Navarro Viola, Quirno Costa, Romero, Alem, Lopez (padre é hijo), Escalada, Vélez, Bouquet, Zuviria, Fonrouge, Carriego, Oroño, Iriondo, Andrade, Tejedor, Basabilbaso, Frias, Dominguez, Uriburu, Eguia, Ocantos, Muñiz, Somellera, Febre, Elizalde, Calvo, Zeballos, Lagos García, Wilde, Alvear, Gallo, Bermejo, Quesada y algunos centenares más, que seria extensísimo nombrar.

En las personas citadas así al paso, tal cómo sus nombres se han venido presentando á la memoria, hay juriconsultos, literatos y escritores, constitucionalistas, oradores y hombres de gobierno, tan eminentes como los más eminentes de cualquier país europeo, teniendo, además, esa imaginacion brillante, esmaltada, rica, fecunda, que

parece ser un *dón especial* de la raza americana, raza que vive en medio de los esplendores de una naturaleza llena de encantos y poesía.

Tales hombres, é infinidad de los otros que falta nombrar, son los que desde la caída del tirano Rosas tomaron sobre sí la tarea de reorganizar primero, y constituir despues, un país que, como todos en esta turbulenta humanidad, vivió cuarenta años en medio de la más sangrienta anarquía.

Y aquí es precisamente donde está el mérito y la gran obra llevada á cabo por los hombres de la República argentina: en la solidez, eficacia y consistencia de sus trabajos.

Como en todos los pueblos en que cada ciudadano tiene la conciencia de su augusta personalidad, en aquél han existido y existen partidos políticos, que han luchado y luchan por el éxito de sus ambiciones; pero, para honor de los jefes que los han dirigido, aún en lo más acerbo de la lucha ó en lo más rudo del combate todos, todos, unos más y otros ménos, han venido cooperando á la realización de la idea que parecia calentar todas las cabezas:—*reorganizar y consolidar el país.*

Despues de sus últimas luchas intestinas y domésticas, tres son los Gobiernos regulares que ha tenido la República:—el del general Bartolomé Mitre, el del doctor Domingo F. Sarmiento, y el del doctor Nicolás Avellaneda.

Cada período ha durado seis años, trasmitiéndose el mando los unos á los otros tranquila y pacíficamente, y en las épocas legales marcadas por la Constitución.

A la presidencia de Mitre le cupo la gloria de fundar nuevamente la nacionalidad argentina, reuniendo en una sola nación las catorce provincias que la componian, y que la guerra civil habia dividido.

Efecto de las circunstancias en que surgió, y del carácter del hombre que lo presidía, el Gobierno de Mitre fué *más político que administrativo*, lo que sin embargo no dá derecho á negar todos los adelantos y progresos realizados durante los seis años de su duración.

El Gobierno de Sarmiento presentó ya otra fisonomía, otro carácter y otra tendencia, á que también contribuyeron la índole de su elección, y los ejemplos que traía en la memoria al recibir el mando.

Este señor se hallaba en los Estados-Unidos representando á su país con el carácter de ministro plenipotenciario, cuando fué proclamado candidato á la presidencia, con tal espontaneidad, que sólo lo supo despues de verificado el hecho.

De esta manera, fué ageno completamente al fuego y á la pasión de la lucha electoral.

Entregado del mando, quiso poner en práctica todo lo que habia visto y aprendido en la gran República del Norte, haciendo un Gobierno de labor fecunda, progresista, de iniciativa, y eminentemente constitucional; conquistando el aplauso, no sólo de sus compatriotas en el interior, sino el de hombres muy caracterizados en el exterior.

El Gobierno de la última de estas tres administraciones constitucionales, todas progresistas, todas liberales, del doctor Avellaneda, hombre de inmenso talento, pero de corazón helado, ha sido una mezcla de los dos anteriores: *político* como el de Mitre, *de trabajo y de progreso* como el de Sarmiento, á pesar de haber tenido que luchar con inconvenientes y contratiempos que aquellos no tuvieron.

Pero, sea cual sea el juicio que los compatriotas de estos señores quieran hacer sobre las tres administraciones citadas, bajo el punto de vista de los intereses políticos de cada partido, á nosotros solo nos toca aquí presentarlos como iniciadores y realizadores de las grandes reformas y progresos que han venido levantando la República Argentina á la altura culminante en que hoy se destaca, llamando la atención de cuantos han podido seguir de cerca, ó conocen el movimiento asombroso de civilización y progreso en ella operado.

Los que estudian el de los Estados-Unidos desde el día en que los *famosos treinta* llegaron á la *Roca de Plymouth*, llevando á la patria de Washington el aliento liberal de la vieja Inglaterra, han reconocido en el aumento siempre creciente de su población, el principal y más poderoso elemento de sus grandes y trascendentales conquistas.

Hallando justa esta observación, veamos cuál ha sido, en pocos años, el aumento de población en la República Argentina (1).

Los inmigrantes llegados allí en estos últimos años, han sido los siguientes:

En 1857.....	4.931
» 1858.....	4.638
» 1859.....	4.735
» 1860.....	5.656
» 1861.....	6.301
» 1862.....	6.716
» 1863.....	10.408
» 1864.....	11.682
» 1865.....	11.767
» 1866.....	13.796
» 1867.....	17.046
» 1868.....	29.234
» 1869.....	37.934

(1) Tomamos estos datos, como otros que citaremos, de una obra escrita en alemán en 1876, por el Sr. Ricardo Napp, titulada: *La República Argentina.*

» 1870.....	39.967
» 1871.....	20.930
» 1872.....	37.037
» 1873.....	76.332
» 1874.....	68.277

¿Cuál es el país, preguntamos en apoyo de las afirmaciones antes hechas, que presente una progresión semejante ni más asombrosa, en el aumento de su población?

En 1857 llegaron á la República Argentina, 4.931 emigrantes.

Y en 1873, arribaron á sus playas 76.332!!!!

¿Por qué?

¿A qué se debe este aumento tan extraordinario y sorprendente de la población de aquél país?

A causas naturales, lógicas, emanadas de las condiciones de la vida humana, y que no podrán combatir los que precisamente en estos momentos se empeñan en nuestra patria en estudiar los medios de *contener la emigración.*

Esto es, á la dulzura del clima de toda la inmensa zona que ocupa la República Argentina: á la baratura de la carne y alimentos de primera necesidad: á la abundancia del trabajo, espléndidamente remunerado: á la facilidad de los medios para hacer fortuna: á la liberalidad de las leyes del país, que establecen amplia libertad de culto, de industria y de comercio: á lo reducido de los impuestos: á las sólidas garantías que al extranjero ofrece una Constitución liberal, garantida y hecha respetar por una autoridad fuerte y popular, y, principalmente, al espíritu fraternal y hospitalario de un pueblo que ha borrado de su diccionario la palabra *extranjeros*, para sólo ver en los hombres que de los cuatro vientos llegan á su inmenso hogar, amigos y hermanos, con los que comparten fraternalmente el techo, el pan, las alegrías y dolores de su vida íntima.

Puesto que en España escribimos y estos datos pueden interesar á nuestros compatriotas, diremos la proporción en que éstos han ido á la República Argentina, tomando, al acaso, dos fechas.

En 1870 llegaron allí 3.388 españoles, y en 1874, llegaron 8.272!

Actualmente pasan de *ciento cincuenta mil* los que han establecido su hogar en tan rico país.

¿Debemos condolernos, ó felicitarnos de ello?

¡Ea! La verdad ante todo.

Lamentamos, como se comprende y es natural, que tanto español abandone el suelo de la patria; pero ya que han querido ó debido hacerlo, por necesidad ó ambición, nos felicitamos cordialmente de que, precisados á elegir una segunda patria, sea la *argentina* aquella que ha merecido su preferencia.

Pero volvamos á sus Gobiernos y á la estabilidad política de la república, de que nos ocupamos al empezar.

Acercándose el término del período constitucional de la presidencia del doctor Avellaneda, última de las administraciones citadas, habia que proceder á la elección de su sucesor.

Con tal motivo, la lucha que ha tenido lugar en aquella apartada y fértil región, ha presentado uno de esos espectáculos que podría servir de ejemplo y de lección á nuestros demócratas.

Dos fueron los candidatos que se presentaron en lucha: el joven general Julio A. Roca, y el viejo abogado D. Carlos Tejedor, á la sazón gobernador de la provincia de Buenos-Aires, cuyos elementos de poder, de fuerza y de opinión, representan casi la tercera parte, de opinión y fuerza de toda la República.

Roca era el candidato de los pueblos, de la voluntad nacional.

Tejedor, el candidato *de sí mismo*, proclamado por algunos empleados de la policía y la penitenciaría.

Roca representaba la consolidación de la nacionalidad de su patria.

Tejedor el aislamiento de Buenos-Aires, y la renovación de una época de luchas locales, que se hallaba cerrada hacia más de veinte años.

En tales condiciones, la contienda no podia ser dudosa, á ménos que la República Argentina, perdiendo el sentido comun y el sentimiento de la justicia, hubiese querido volver al triste pasado que tantas lágrimas le costará.

Roca fué, pues, electo casi por unanimidad de votos, habiéndoseles dado doce provincias argentinas de las catorce que componen la nación, alcanzando así un honor que no habia merecido antes ninguno de sus antecesores, y ocupando, por la libre y espontánea voluntad de los argentinos, la cuarta presidencia constitucional.

Aún cuando el país estaba lanzado ya en esa vía fecunda de vida liberal, de progreso, de iniciativa reformadora, que tantas conquistas le ha permitido alcanzar, las administraciones anteriores legaban á esta una herencia fatal.

En el exterior, la cuestión con Chile.

En el interior, la cuestión capital; pero es tan feliz el general Roca, que inicia su gobierno dando satisfactoria solución á los dos problemas, viendo desaparecer así, casi por encanto, los únicos puntos negros que aparecían en el cielo de la política argentina.

La cuestión capital que era para aquel país lo que el problema de Oriente es para Europa—una amenaza constante á la paz—fué resuelta con la convicción y serenidad que robustecen las soluciones solemnes á que se liga el porvenir de una na-

ción, declarándose á la hermosa ciudad de Buenos-Aires *capital definitiva de la República.*

En cuanto á la cuestión con Chile, la solución ha sido igualmente satisfactoria.

Temian todos, y era opinión general dentro y fuera del país, que, dadas las pretensiones quijotescas de Chile y el patriotismo argentino, no sería fácil hallar solución al problema sino por medio de la guerra.

Perfectamente preparado á ella el general Roca, ha dejado venir los sucesos, y cuando *ha creído oportuno* entrar de nuevo en el terreno de las negociaciones, lo ha hecho con la tranquilidad magistral del que litiga de buena fé, en nombre de la verdad y de la honradez; y siendo decoroso para su patria lo que la cancillería de Santiago ha propuesto al fin, el presidente lo ha aceptado, conjurando así el peligro que se creyó inminente, y una guerra, que por gloriosa que hubiese sido para sus armas, habria causado al país grandes trastornos en el momento más feliz de su existencia.

Libre de estos cuidados, el general Roca ha iniciado un Gobierno, cuyo crédito en pocos meses, se puede valorar por este hecho. El *Comptoir d'Escompte* lanzó á la plaza de París un empréstito de doce millones de duros, para obras de ferrocarriles, é inmediatamente fué cubierto DIEZ Y OCHO VECES!!!

¿Qué otra nación, sino la misma Francia, goza de un crédito semejante en toda Europa?

A la sombra de ese crédito, verdaderamente extraordinario, la República argentina se ha lanzado de lleno al terreno de los trabajos materiales, del fomento de la educación, del arreglo de las cuestiones económicas, y su comercio y su producción, tomando proporciones cada día mayores, auguran al gran pueblo argentino días de prosperidad y un porvenir preñado de las más brillantes esperanzas.

En otros artículos completaremos el cuadro que nos hemos propuesto trazar de esta joven nación, que, haciendo honor á nuestra raza, ha conseguido elevarse á una altura en la que todos la contemplan con simpatía y respeto.

M. BERMUDEZ DE CASTRO.

Un informe del cónsul de los Estados-Unidos en Bangkok, anuncia que los cuerpos de la reina de Siam y de su hija, ahogadas en el río Menam, han sido reducidos á cenizas, con ceremonias que han durado dos días. La ciudad de Bangkok estaba llena de una inmensa multitud llegada de todos los puntos del reino, á pesar del excesivo calor y de la espantosa epidemia de viruelas.

Las ceremonias, de un esplendor sin precedente en Siam, han costado más de 500.000 duros, y comprendian ritos religiosos segun la ley budista, procesiones, carreras de caballos, torneos, justas, luchas, representaciones teatrales, fuegos artificiales, etcétera. Cada día distribuía el rey á la multitud monedas siamesas de oro y plata y billetes de lotería, produciéndose terribles tumultos por recoger aquella lluvia.

Los restos de la reina y de la pequeña princesa, fueron colocados sobre un catafalco, trasladados con gran pompa desde palacio al edificio destinado á la incineración y depositados sobre la pira. El día 16 de Julio prendió el rey fuego á la pira, entre las lamentaciones de los sacerdotes y demás asistentes. S. M. estaba visiblemente afectado y manifestaba un gran pesar.

Al día siguiente se reunieron las cenizas, que fueron arrojadas al río Manam. Los huesos que no se habian consumido fueron colocados en urnas de oro y depositados con las reliquias fúnebres de la familia real.

El cuerpo diplomático y consular especialmente invitado por el rey para asistir á estas ceremonias, habia sido instalado por el ministro de Negocios Extranjeros en un sitio preferente, desde donde pudieron presenciar todo.

El presidente de la República de Santo Domingo, el presbítero D. Fernando Merino, acaba de dar una prueba de su mansedumbre, que ha levantado protestas unánimes de la opinión en la República dominicana.

Una conspiración descubierta el 29 de Julio le ha dado motivo para fusilar *incontinenti* á cuatro generales y tres oficiales particulares que resultaban comprometidos.

Estas crueldades, estas aplicaciones de la pena de muerte por delitos políticos, sobre todo cuando son decretadas por un hombre que subió al poder merced á una conspiración, no pueden ménos de sublevar á todos los verdaderos liberales.

Tratándose de la República dominicana, tiene además otro inconveniente gravísimo. Allí, donde con tanta facilidad se exaltan las pasiones, es facilísimo que el cura Merino pague cara su crueldad no solo viéndose desposeído del poder antes de terminar los cuatro años que con arreglo á la Constitución de Santo Domingo dura cada presidente, sino sufriendo la pena del Talion á manos de los vencidos de hoy.

DE LA CONCORDANCIA.

LÓGICA DEL PENSAMIENTO CON SU EXPRESION.

VI

Las diversas formas de la palabra están ajustadas a una ordenación y clasificación donde se ven sus relaciones necesarias y contingentes con las ideas que significan. La Lógica en sus dos manifestaciones, la espontánea y la artística, ha fundado este sistema que se llama *Gramática*: el gran instrumento de la Filosofía y de la Historia. Y en verdad que en lugar de decir que la Lógica es la fundadora de la Gramática, se diría mejor que se ha realizado en las palabras, dándoles orden, movimiento y vida para que puedan expresar las distintas categorías de la idea. Tiene, pues, la Gramática una Lógica real y una Metafísica práctica bastante alejada de los peligros de la trascendental, y á estas dos condiciones filosóficas debe el poder asentarse sobre base firmísima la relación de las formas gramaticales y del pensamiento.

Descuellan entre estas formas por su importancia lógica, el nombre con modalidades pronominales, adjetivales y desinencias; y el verbo con modalidades y desinencias representativas de la acción y del tiempo. El nombre y el verbo son los órganos principales en la vida de la lengua, como que comprenden las grandes ideas de *sujeto* y *atributo*, y tienen naturalmente subordinadas á las otras formas gramaticales. Su flexibilidad es tan notable que les permite representar fielmente los diferentes estados de las cosas, así lo categórico, lo abstracto, lo general y lo necesario, como lo relativo, lo particular y lo contingente por medio de la *declinación* y de la *conjugación*; palabras de bondad etimológica tan evidente y significación gramatical tan elevada que ha podido decirse con fundamento que todo el secreto de la Gramática está en la declinación y en la conjugación. Y así es en efecto. El nombre, ya con verdadera declinación, ya con partículas prepositivas que hacen el oficio de modificaciones desinenciales; ora revestido de la forma pronominal, ora de la relativa y dominando una y otra; llevando unas veces la representación de *substantivo* y otras la de *adjetivo*, es como la materia sobre la cual recae la acción vivificadora del verbo, de ese elemento inteligible que se hace sensible en la expresión *fonética* y en la gráfica. El verbo es el espíritu del habla; él dá movimiento y vida á la proposición, á la frase y al discurso; afirma ó niega del *sujeto* al *objeto*, uniéndolos ó separándolos; determina, delimita, define. En virtud de su legítima é ineludible autocracia y de sus desinencias *proteiformes* se coloca muchas veces en todos los términos de la proposición, de la frase y del discurso, y cercano ó distante, visible ó invisible, está siempre presente dando valor lógico á los elementos gramaticales; y de una manera tan clara que ni uno sólo, por escasa que sea su representación, por separado que se halle de los demás, está desprovisto de significación lógica, siquiera sea indeterminada, debida al verbo que oculta, rige y gobierna imponiendo necesariamente su poder decisivo y misterioso. No hay, pues, en las formas gramaticales ninguna, por aislada que se halle, que pueda llamarse *obra muerta*. La intersección primitiva, la que más que un sonido articulado es un grito, contiene clarísimamente una proposición, una frase y hasta una serie de frases que representan un estado del ánimo.

Las ideas correspondientes á las distintas formas gramaticales, necesarias para la expresión del pensamiento, se hallan en la mente ordenadas según sus relaciones y representan el habla interna, la fórmula intelectual que vá á reflejarse á lo exterior por medio de la palabra. El lazo de unión de estas formas ideales es una sintaxis subjetiva que al hacerse objetiva toma el nombre de gramatical.

No son en verdad numerosas las leyes de esta sintaxis externa que podemos llamar *arquitectura glosológica*, ni tampoco difíciles las reglas generales á las cuales se ajusta en el tiempo y en el espacio la *morfología* gramatical como representación de la inteligencia. Estas leyes determinan la prelación absoluta y relativa, necesaria y contingente de las palabras, y la relación lógica de las formas exteriores con las íntimas á fin de que la sintaxis *fonética* y la gráfica sean el trasunto fiel de la intelectual y constituyan un organismo armónico.

La colocación de las formas gramaticales es fija y determinada para unas, variable y más ó menos libre para otras, según las condiciones sintácticas de cada lengua. No es la nuestra la que goza de más libertad con respecto al nombre, y más todavía con respecto al verbo, el cual con prepotente importancia aparece en cualquiera de los términos de la proposición y de la frase, dominando donde quiera que se halla sobre todos los miembros sintácticos y dándoles movimiento, vida y representación.

De la colocación conveniente de estos miembros y de la exacta correspondencia de las modalidades de tiempo, de lugar, de número, de género y de caso en las palabras susceptibles de declinación y conjugación, resultan la armonía y la unidad sensibles; y entónces la proposición, la frase y el discurso son el reflejo de la armonía y de la unidad suprasensibles. Dada la unidad externa, cada palabra, cada proposición y cada frase ocupa el lugar propio; las palabras significan fidelísima y nece-

sariamente las ideas; no hay ni una palabra más ni una menos; y la belleza del conjunto, completado con los elementos prosódicos y ortográficos, puede compararse á la que tiene una obra del arte donde se ven la acción principal y las secundarias ocupando los diversos términos que pide la *intencionalidad* lógica del artista.

VII

Y deseando atenuar, dentro de lo posible, la molestia que de seguro causa la enunciación, aún somera, de cosas de todos conocidas, no estará de más demostrar con algunos ejemplos de nuestros escritores, ya pasados, la necesidad de la armonía del habla como representante legítima de la armonía que existe en el entendimiento.

El soneto de Cervantes *Al Tímulo del Rey Felipe II en Sevilla* concluye así (1):

Esto oyó un valentón, y dijo: «es cierto
»Cuanto dice voacé, seor soldado,
»Y quien dijere lo contrario, miente.»
Y luego incontinentemente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése... y no hubo nada.

Aquí se vé claramente la intención lógica del poeta, el cual quiere producir, valiéndose del contraste, la sorpresa y la risa; mas para conseguirlo es necesario que la frase *no hubo nada*, esté donde está, porque si se coloca ántes de lo que dice y hace el valentón, no hay razón ninguna para aquellos afectos que proceden de la creencia de distinto desenlace de la acción.

En otro soneto describe Lope de Vega, con su asombrosa facilidad en la Métrica, un sitio agreste, y termina diciendo (2):

«Y en este monte y líquida laguna,
Para decir verdad como hombre honrado
Jamás me sucedió cosa ninguna.»

Póngase este verso al principio del terceto y desaparecerá la gracia de la sorpresa.

Y lo mismo sucedería si invirtiéramos los términos de este delicadísimo epigrama:

«Revelóme ayer Lúisa
Un caso bien de reír;
Quiérotelo, Inés, decir
Porque te caigas de risa;
Has de saber que su tía....
No puedo de risa, Inés;
Quiero reírme, y después
Lo diré cuando me ría.»

Todos saben que estos versos son del poeta (3) que en la celebrada *cena* se dispone seriamente á contar lo sucedido á un criado de Don Lope de Sosa, y al comenzar la narración, cuando la interlocutora espera con curiosidad femenil oír la peregrina historia, dice:

«Tenía este caballero
Un criado portugués....
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.»

Y á pesar de que me he propuesto ser muy parco en la extensión de las citas, aunque no en el número de ellas, recordaré una octava de Garcilaso (4):

«¿Ves el furor del animoso viento,
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento
Y los pinos altísimos atierra,
Y de tanto destrozo aún no contento
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
Á la de Filis, con Alcino airada.»

Toda la belleza de este hiperbólico concepto donde el huracán que arranca de raíz los árboles seculares y conmueve las profundas regiones del piélago, es comparado con la dulce tempestad que agita el tierno corazón de una zagala inocente, se convertiría sin duda alguna en ridiculez colocando al principio de la octava el concepto de la frase final y diciendo que la *ira amorosa de Filis es superior al desencadenamiento del huracán*.

Estos ejemplos testifican que la necesidad lógica obliga á colocar en sitio predeterminado del discurso la idea fundamental, que es como la acción principal de un drama ó de un cuadro.

Y si, como asientan los doctos en la materia, es el soneto una composición de no fácil desempeño, porque debe encerrar en poco espacio un pensamiento que nazca, se desarrolle y complete su evolución constituyendo por la armonía y la unidad de sus miembros un verdadero organismo; si para alcanzar esta armonía debe haber precedencia en las ideas tan rigurosa que no se adelanten unas á otras, y que cada cual ocupe el lugar que le corresponde en el orden de su importancia lógica; si debe terminar con una fórmula concreta del pensamiento ántes desmenuado; y si, finalmente, esta fórmula ha de comprenderse en el último verso y á ser posible en una sola palabra; fuerza será confesar que anduvo Quevedo algo distraído en su popular soneto «A un nariz» colocando precisamente en el primer verso la idea principal con que debía rematar la obra. Porque en efecto, después de comenzar diciendo con suma gracia (5)

- (1) Obras poéticas.
- (2) Obras poéticas.
- (3) Baltasar del Alcázar.—Epigrama IV.
- (4) Egloga III.
- (5) Poesías.

«Érase un hombre á una nariz pegado,»

que es lo mismo que decir que la parte es mayor que el todo, no cabe más hipérbole ni más ridiculez. Por esta razón lo que sigue es de muy mal gusto, si se exceptúa el verso

«Las doce tribus de narices era,

gracioso ciertamente si no lo eclipsase el primero que es la única belleza de la composición.

Y en verdad que sólo una distracción puede justificar la falta de armonía de este soneto, teniendo en cuenta el privilegiado ingenio, la profundidad filosófica y la poderosa dialéctica del Señor de la Torre de Juan Abad. Véanse como muestra de tales cualidades los siguientes versos (1):

«Todo este mundo es prisiones,
Todo es cárcel y penar.
.....
El cuerpo es cárcel del alma
Y de la tierra la mar,
Del mar es cárcel la orilla,
Y en el orden que hoy están
Es un cielo de otro cielo
Una cárcel de cristal.»

Todo aquí es grande: la idea-madre, el orden natural de las ideas secundarias y el hermoso decir de la expresión. Y como Quevedo era excelente cultivador de las lenguas sábias, no olvidó al llamar al cuerpo *cárcel del alma*, que la palabra *cuerpo* significa en una de aquellas lenguas *prisión* ó *cárcel*. También Fray Luis de Leon le dá el mismo valor, exclamando:

«¿Cuándo será que pueda
Libre de esta prisión volar al cielo?»
.....

VIII

No basta que la idea dominante, la que podemos llamar categórica, ocupe en la frase y en el discurso el sitio que piden su supremacía y la intención lógica del que habla ó escribe, pues se necesita además que esta idea, de suyo más ó menos general, abrace las ideas secundarias y las comprenda, hasta donde sea posible, en la penetración que existe en la inteligencia. De esta manera la exposición *fonética* y la gráfica se ajustan á la ley de economía que rige las funciones propias de la vida, á condición, por de contado, de que se evite cuidadosamente el escollo, siempre temible, de la obscuridad.

De este vicio no adolecen, ántes por el contrario brillan por la espontánea condensación y envidiable claridad innumerables trozos de nuestros mejores escritores.

Y la alteza del pensamiento obliga á colocar en primer término estas frases sublimes de Fray Luis de Granada hablando de Dios; frases que cautivan el ánimo (2):

«Eterno sois en la duración, Infinito en la virtud y Supremo en la jurisdicción. Ni Vuestro Ser comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo. Sois ante todo tiempo, y mandáis en el mundo y fuera del mundo.»

Descendamos de tanta excelcitud á lo que tocamos por aquí abajo.

Finge el cáustico y festivo Tirso de Molina un medicastro (3), y dice con incisiva concisión que era hombre de

«Muchos libros, poca ciencia;»
.....
.....

Y

«.... que con cuatro aforismos,
Dos textos, tres silogismos
Curaba una calle entera.»

No puede encerrarse en menos palabras ni pintarse mejor la *poca ciencia* del que consultado por una dama, aquejada, al parecer, de vapores, le dá con ridícula alitlocuencia y entonación pedantesca esta explicación y esta receta:

«La enfermedad que le ha dado,
Señora, á Vuesenoría
Son *psomos* (4) y *hipocondría*;
Siento el pulmon opilado,
Y para desarraigar
La *linfa* (5) vítreá que tiene
Con el quilo, le conviene
(Porque mejor pueda obrar
Naturaleza) que tome
Unos alquermes que dén
Al hígato y al esplén
La substancia que el mal come.»

Recuerda el Duque de Frias el monasterio del Escorial y comprende la historia del famoso monumento en este verso (6):

«Padron de San Quintín, gloria de Herrera;»
y un poco más adelante formula en otro la política de Felipe II diciendo

- (1) Poesías.
- (2) Símbolo de la Fé.—Parte I. Introducción.—Cap. II.
- (3) Don Gil de las Calzas verdes.—Acto 1.º—Escena 2.ª
- (4 y 5) Variantes, en la lectura, reclamados por el *enphemismo*.
- (6) Oda *A las Nobles Artes*.—Obras poéticas. Pág. 159.—Madrid: 1857.

«.....y allí Felipe
Desde el monte vecino
A la fábrica inmensa impulso daba,
Y al Tánisis y al Sena amenazaba.» (1)

Feliz era el prócer poeta en esto de condensar con fácil vena y oportuno decir el pensamiento nacido en su inspirada mente. Véase con qué gallardía de pincel encierra en un endecasílabo tres épocas notables de la vida de Napoleón I (2):

«Así tan gran coloso se derrumba,
Y porque al ancho mar la gloria quede
Isla su cuna fué, su asilo y tumba.»

Otro prócer, también esclarecido ingenio, el Duque de Rivas, resume el pensamiento de uno de sus romances en estos versos (3):

«La hermosísima Filena
De mi desastre apiadada

.....
.....
.....
Curábame las heridas
Y mayores me las daba,
Curábame las del cuerpo,
Me las causaba en el alma.»

Y no es ménos afortunado el célebre Inarco Celenio en su soneto *A Rodrigo* al concluir con este verso (4):

«El cuerpo al fondo, á la corriente el manto;»

en donde además de la condensación de la idea, parece que se vé flotar el manto del último Rey de los godos en las aguas enrojadas del Guadalete.

El insigne médico D. Mateo Seoane, laboriosísimo conocedor de las altas cuestiones de sanidad é higiene pública, cultivaba cuando mozo la poesía, y comprende la duda filosófica sobre la esencia providencialmente misteriosa de la vida, en un terceto:

«Certidumbre absoluta nunca adquiere,
Y más dudando cuanto más alcanza,
Lleno de dudas y de ciencia muere.»

Y cuán grato es para mí en este día recordar cómo compendia mi sábio maestro D. Bonifacio Gutiérrez, profundo y sagacísimo clínico, la idea de la malignidad morbosa, definiéndola con este símil: *un lobo con piel de oveja*: un enemigo formidable so capa de amigo.

Esta condensación de las ideas representa cumplidamente el valor lógico y la belleza fonética y gramatical de las fórmulas del habla que se conocen con los nombres de *apotelesmas*, *aporismos*, *sentencias*, *máximas*, *proverbios*, *refranes*, etcétera (5).

Veamos ahora cómo pinta el habla la oposición, la aproximación y hasta la fusión y transmutación de las ideas antitéticas. Y empezaremos recordando un cantar que viene muy de molde:

«Ni contigo ni sin tí
Mis penas tienen remedio,
Contigo, porque me matas,
Y sin tí, porque me muero.»

Góngora, que no es siempre obscuro ni conceptuoso en demasía, expresa acertadamente un estado de indiferencia afectiva donde desaparecen el placer y el dolor. Dice así (6):

«Gran filósofo me han hecho
Casos adversos y tristes,
Un libro del tiempo soy
En quien su mudanza escribe.
Tan á prueba de desdichas
Me tiene el Hado infelice,
Que no hay mal que me congoje,
Ni bien que me regocije.»

Herrera juega un poco del vocablo y alambica el concepto de la aproximación del *sí* y del *no* en las siguientes redondillas de más mérito en la esencia que en la forma (7):

«Hermosos ojos, serenos,
Serenos ojos, hermosos,
De dulzura y de amor llenos,
Lisonjeros y engañosos;
Quién no os vé pierde la vida,
Y el que os vé halla su muerte;
Mas quien muere de esta suerte
Cobra la vida perdida.»

También juega del vocablo, pero con más primor que Herrera y con gran intención moral, un homónimo mío de apellido en este epigrama (8):

- (1) Ibidem.
(2) Obras poéticas.—Epístola á la marquesa de Santa Cruz, pág. 93.
(3) Obras poéticas.
(4) Obras poéticas.
(5) Entre las varias colecciones de refranes se halla una muy notable escrita á la edad de quince años por el señor don Alejandro Ramírez, quien, sin pasar de la edad adulta, dejó en la alta administración de nuestras Antillas nombre imperecedero como *Superintendente general de la Real Hacienda*. Esta colección se intitula: *Respuestas de Sancho Panza á dos cartas que le remitió su padre desde la insula barataria; que constan por tradición se custodiaron en el archivo de la Academia Argamasillesca.—Primera que publica en honor de la verdad y de la fama y familia de los Panzas, Ramon Alezo de Zidra* (Anagrama de Alejandro Ramírez).—Alcalá: 1791.
(6) Romance CXIV.
(7) Obras poéticas.—Redondillas.
(8) D. Gabriel del Corral.—Epigrama V.—Biblioteca de AA. Españoles.—Curiosidades bibliográficas.

«Aprende, Evandro, á morir
Llegarás á vivir bien;
Y para morir, también
Aprende, Evandro, á vivir.» (1)

Pinta con alta maestría el ilustre Martínez de la Rosa en el *Edipo* un estado del ánimo donde el dolor extremado produce la sensación contraria.

Víctima Edipo del Destino, cuya huella tiene en su propio nombre, parricida, incestuoso, abrumado de inesperada, de inmensa desventura, se revuelve contra el Hado que lo persigue desde la cuna y apostrofa así á los Dioses (1):

«.....Mas ¿por qué tiembla
Mi corazón aún? Los Dioses mismos
Su venganza agotaron, y ya impune
Su cólera y enojo desafío:
¿Podeis hacerme ya más desdichado?
¿No podeis.....no; pues vedme ya tranquilo!»

¡Magnífico pensamiento expresado con nativa sencillez y sin atavíos innecesarios! ¡Qué bien se siente la calma que brota del abismo del infortunio como para demostrar que el placer y el dolor, confundidos en unidad misteriosa y providencial, nacen el uno del otro y son compañeros inseparables del hombre de la aurora al ocaso de la vida!

Como se vé en los ejemplos citados no es cosa de poco momento la claridad en la expresión hablada y escrita si ha de conseguirse la representación fiel del pensamiento, porque donde pelagra la claridad se resiente la Lógica.

Así que debe evitarse con sumo cuidado y exquisita diligencia todo motivo de obscuridad en la organización sintáctica, en la *homonimia* real ó aparente, en la propiedad de las palabras y en el uso de las anfibológicas y de las que solamente se diferencian por el acento prosódico.

En *Sancho Ortiz de las Roelas* dice el protagonista (2):

«Ay palabra dura, impía,
Palabra por mí, mal dada
Y para mi mal, cumplida!»

A primera vista se conoce que es forzoso acentuar con énfasis la pronunciación del pronombre personal, y pasar como sobre áscuas por el posesivo para llevar el acento tónico y la cantidad al sustantivo *mal*; porque el descuido, nada difícil por cierto, en la pronunciación ó en la escritura de las palabras homónimas es bastante á hacer que los pronombres suenen como personales ó como posesivos, y el sustantivo y el adverbio cambien su significación respectiva; y así ha sucedido con frecuencia en el teatro, lo cual no está conforme, ni mucho ménos, con el pensamiento del poeta, de quien es toda la culpa.

Y á fé que no tiene poca Calderón, salvo el alto respeto que merece su nombre, al poner en boca de una persona importante de *La Vida es Sueño* el siguiente verso (3):

«Que apenas llega, cuando llega á penas,»

donde prescindiendo de la parafonía y del retruécano, no justificados por la intención lógica, hay necesidad de señalar en la pronunciación la diferencia de cantidad prosódica de las palabras *apenas* y *penas*, omitir la elisión del segundo *hiatus*, y alargar el verso si ha de recitarse, siempre con afectación, una frase que podría á todo tirar permitirse en el *obligado gracioso*.

IX

Fuente de la claridad del habla es la propiedad de las palabras. Cuando por el estudio del abolen-go fonético se conoce cumplidamente la idea cardinal contenida en la raíz y la evolución completa de la palabra, podemos decir que ésta se ha petrificado, y según la tecnología química, que ha cristalizado; adquiriendo entonces condiciones indisputables de propiedad que le dan perfecto derecho para representar lógicamente la idea-madre de la raíz y todas las que de ella nacen ajustadas á la pauta de las leyes glosológicas. Es, pues, necesario que toda idea se halle virtual y formalmente representada en una palabra, propiedad suya, con la cual constituye la unidad de lo suprasensible y de lo sensible. Es además necesario, para aquilatar las condiciones de propiedad, saber el valor lógico primitivo y fundamental de la raíz, y el de los miembros que se han ido agregando hasta la evolución final bajo las formas distintas de prefijos, infijos, subfijos, enclíticos, desinencias, derivaciones y composiciones.

Solo así pueden apreciarse debidamente su significación y su pureza; cualidades necesarias para poderla usar sin el riesgo de darle un valor lógico, contrario á veces al genuino. Porque es indudable que caminamos á ciegas cuando ignoramos la *genesis* de la palabra, las partes que la componen y las alteraciones que ha sufrido por la influencia del tiempo, de las costumbres, de la convención, ó de las exigencias, alguna vez atendibles, de la eufonía. Pero hablamos y escribimos con completa seguridad cuando conocemos el valor de la palabra y el de las partes que la constituyen. Quien sabe apreciar la propiedad de la palabra *género*, no lo usará promiscuamente con la palabra *especie*, y colocará una y otra en el lugar corres-

- (1) Acto V. Escena V.
(2) Acto II. Escena IV.—Tragedia de Lope de Vega, arreglada por D. Cándido M.^a Trigueros.—Madrid: 1804.
(3) Jornada I.—Escena I.

pondiente de la serie más ó ménos natural de las palabras, *clase*, *orden*, *tribu*, *familia*, *género*, *especie*, *variedad* é *individuo*, dando á cada cual representación propia en la inteligencia. El que sabe descomponer las palabras, hallará necesariamente en lo absoluto una idea independiente y desligada de toda relación; en *substancia* algo que *existe debajo* de la forma sensible; y en *circunspección* el cuidado de *ver* lo que hay al *rededor*, si no quiere pecar de imprudente.

La palabra debe ser la fotografía de la idea, la encarnación del pensamiento. Enfrente de palabras de excelente construcción glosológica, representantes legítimas de ideas bien determinadas, como, por ejemplo, *autonomía* y *antinomía*, hay otras como *academia* y *anatomía*, cuya significación recta está á larga distancia de la convencional, y *medicina* la cual no comprende todas las condiciones de la idea. Al lado del nombre que tiene la sal común en la excelente tecnología de la Química, vamos á colocar el del género botánico del tabaco. ¿Qué dicen á la inteligencia las palabras *Cloruro sódico*? Todo; que la sal común se compone de dos cuerpos simples bien definidos. ¿Qué dice á la inteligencia la palabra *Nicotiana*? Nada; porque es lo mismo que no saber nada con respecto á la naturaleza de la cosa, saber que plugo á Linneo dedicar el género botánico á Juan Nicot, embajador de Francia en Portugal, quien, según dicen, fué el primero que llevó el tabaco á su país. Valiera más que el sábio naturalista hubiera conservado para el género el nombre vulgar.

¿Y qué diremos de la palabra *músculo* y sus derivadas? Que es tan grande la tiranía del uso y de la convención, que cuando decimos *fuerza muscular* imaginamos un atleta, y ni por asomo se nos ocurre que si fuera posible se reirían al verse juntos el sustantivo con su poderosa representación y el adjetivo con su humilde y antitética etimología.

Sería, sin duda alguna, ocioso y molesto decir más acerca de la propiedad y pureza como condiciones indeclinables de las palabras; y también hablar de la necesidad que tiene toda lengua de admitir algunas extrañas correspondientes á ideas nuevas, cuando su diccionario carece de medios de representación; y de purificar un día y otro el caudal propio, desterrando las que se introducen tantas veces sin razón valedera contra las leyes de la glosología. Y bien merecen ser desterradas del diccionario, ó al ménos ser relegadas á un apéndice, bastante número de ellas que se nos han entrado de rondón en nuestra lengua sin conveniente justificación. Allí, separadas del cuerpo del diccionario y escritas como se escriben en la lengua de donde proceden, figuraría la que se aplica á la juventud amiga de traerse rica y elegantemente, y se vería con su femenino construido de tal modo á la castellana que á primera vista tiene cierto sabor á hibridismo galo-helénico. Y á propósito, ahora mismo tenemos una locución extranjera que anda en lábios muy delicados y se presenta con la categoría gramatical de sustantivo masculino, escribiéndose, no como en su tierra, sino como se pronuncia en la nuestra.

Ningun motivo hay para semejante adquisición, porque sin necesidad de exóticas locuciones puede pedir una dama á su doncella el *uno y otro*; y mejor el *por si llueve*, y todavía mejor, la *sombrilla-paraguas* ó el *paraguas-quitasol*. No es de esperar que la doctísima Academia, que trabaja sin descanso en purificar y dar esplendor á la lengua patria, conceda carta de naturaleza á palabras faltas de las cualidades que reclaman la glosología y las necesidades de la civilización.

X

Es la palabra, según queda apuntado, un organismo, y como tal, viviente en la representación fonética y en la gráfica. Manifiéstase en una y otra la vida de la palabra por medio de elementos prosódicos, entre los cuales descuellan como fundamentales el acento, la cantidad, la *tonalidad*, la medida, el orden, el número, el ritmo y la pausa, de tal manera dispuestos en la *phonestis* y en la escritura que las sílabas son notas musicales, y las palabras, proposiciones y frases son miembros de una melodía que se percibe desde luego en la prosa y aparece galana y brillante en la poesía. Elementos muy principales de la prosodia son: el *acento*, centro de gravedad de la palabra, cuya etimología descubre ya su importancia, con dos tiempos, el *arsis* y la *thesis*, correspondientes á la elevación y descenso de la voz, y un espacio intermedio, apenas perceptible, de pausa formando la unidad *rítmica*; la *cantidad*, que determina la longitud y brevedad de las sílabas; la *tonalidad*, que comprende la intension, la extension y el timbre de la voz; y la *pausa*, que separa de un modo conveniente las palabras para dar al discurso claridad y belleza. Tan grande es la fuerza lógica de estas condiciones prosódicas, que cuando faltan aparecen las palabras como muertas, como sonidos inarticulados, como ruidos; pero cuando están colocados en el sitio requerido por la intención lógica, su magia es irresistible y expresan admirablemente actos intelectuales y efectivos muy variados, desde aquellos que la voluntad aparenta ocultar, hasta los que quiere declarar; desde la entonación nativa é infantil, hasta la afectada y enfática; desde la ironía socrática, hasta el sarcasmo aterrador. Es á veces tan potente la fuerza representativa de estas formas prosódicas que el *sí* significa *no*; el *no*, *sí*; el *placer*,

dolor; el dolor, placer; el llanto, risa; y la risa, llanto. Todos conocemos esta fuerza y hacemos de ella uso, movidos en parte por el instinto y en parte por la educación. Una frase vulgar la define con completa exactitud cuando decimos que no nos duele lo que nos dicen, sino el retintín con que nos lo dicen. Precisamente en el retintín están el acento, la cantidad, la tonalidad y la pausa.

Recordaremos algunos versos donde brilla el acento tónico dando movimiento y vida a la palabra, y mereciendo con justicia el nombre de alma *phonética* (*anima vocis*).

Oigamos un verso de la égloga IV de Virgilio:

«Ultima Cumel venit jam carminis aetas.»

Y otro de la X:

«Hic gelidi fontes, hic mollia prata, Licori.»

Y este de Garcilaso:

«Flérida para mí dulce y sabrosa.»

Estos versos, tan agradables al oído por lo numerosos, deben su dulzura y cadencia a la situación que guardan los acentos, las sílabas largas y breves y las pausas.

Oigamos al renombrado poeta D. Juan Nicasio Gallego. Anuncia el bardo en el *Oscar* la muerte de una de las personas de la tragedia y dice (1):

«Mas ya huella feliz las altas nubes
De sus abuelos inclitos al lado,
Y en la azulada bóveda, su sombra
Plácida ríe en eternal descanso.»

¿No es verdad que el último verso pinta con sus acentos y tranquila cadencia la calma beatífica de las mansiones celestes?

Veamos ahora el contraste de pensamiento y expresión en la misma tragedia. Habla el hijo de Osian en el arrebatamiento de su loca pasión (2):

«Si á mi vista un combate se ofreciera,
Por las huestes frenético rompiendo,
Correr la sangre y el feroz destroz
Mirara con placer.....»

El segundo verso con la sílaba acentuada y brevisima de la palabra *frenético* pinta al guerrero lanzándose con la rapidez del rayo en lo más empeñado de la pelea; y el tercero con las letras y sílabas de extremada dureza y cantidad, parece como que representa el infernal placer que goza el desesperado amante al contemplar en su derredor la muerte y la destrucción.

Dedica el eminente poeta D. Ventura de la Vega una epístola á su doctor y amigo y dice con lirismo encantador (3):

«En estos días plácidos
En que venciendo el frígido
Rigor, el númer Delfico
Mostró su rostro vívido;»

Y en seguida abate el águila su vuelo, y la musa juguetona dice con entonación sencilla:

«Salí según sus órdenes
En alquilon vehículo,
Del ambiente atmosférico
A aspirar el oxígeno.»

No sólo siente el oído, animado por el instinto musical, el placer de las modificaciones prosódicas, sino que desea además que haya en ellas la variedad necesaria para que resulte la armonía. Por eso rechaza instintivamente la parafonía producida por la repetición muy cercana de letras y sílabas iguales, de palabras homónimas y terminaciones unisonas en todos aquellos casos en que esta repetición no se halla motivada por la necesidad lógica determinante de la expresión del pensamiento.

Dice Virgilio:

«.....El jam nox humida caelo
Præcipitat, suadentque cadentia sidera somnos.» (4)

Aquí no hay parafonía de las tres palabras que empiezan con S, porque cabalmente la repetición de esta letra en el verso imita la influencia que tienen en la producción del sueño los sonidos monótonos y acompasados.

Oigamos al gran Quintana (5):

«Do quier que gracia y gentileza veo,
«Allí está Cintia» en mi delirio, digo.
Y ver á Cintia en mi delirio creo.»

Tampoco son parafónicas las palabras *Cintia* y *delirio*, porque el oído percibe desde luego que son necesarias para la presentación de las ideas, y lejos de serle desagradables siente verdadero placer con su repetición.

No sucede lo mismo con un verso de Jáuregui en su traducción de la *Farsalia*.

Inquieto César por la tardanza de Antonio, deja el ejército en Apolonia con el secreto propósito de ir á Brindis; y sin querer más compañía que la de la Fortuna (6), entra al cerrar de la noche, disfrazado de esclavo, en un barco de doce remos para bajar por el Aóus al Adriático. Levántase con violencia el viento de mar, y las olas que

vienen amenazantes en dirección contraria á la corriente impiden que el barco venza la desembocadura del río. El piloto, temiendo zozobrar, manda volver la proa; y entonces el que algunos días adelante iba á ser en *Farsalia* dueño absoluto de Roma y del mundo conocido, hace rostro á la tempestad y al peligro, y descubriéndose, dice al piloto: «No temas, llevas á César y á la Fortuna.» Estas palabras que pone Plutarco (1) en boca de César y diluen Lucano y Jáuregui en más versos de los necesarios, no se hallan expresadas en el poeta latino ni en su traductor con el vigor y la concisión que reclaman un pensamiento capital y una situación que ha de conservar la Historia; por más que César, con modestia natural ó calculada, calle este hecho en sus *Comentarios*, escritos verdaderamente con grande habilidad política para echar toda la culpa de la guerra civil sobre el partido de Pompeyo.

Así se expresa Jáuregui (2):

«Las deidades marítimas que adoras
Me reconocen hoy Dios de la nave:
Soy César: ya mi nombre es su tutela,
Mi voz rige el timon, pulsa la vela.»

Perdónensele en buena hora al poeta algún ripo y tal cual palabra poco propia como exigencia métrica; pero no se puede perdonar la insufrible parafonía de *su tutela*, y ménos en situación crítica, que requiere lógicamente fórmula concreta y armoniosa, al que en la bellísima paráfrasis del salmo «*Super flumina*,» tiene versos tan fluidos y espontáneos como estos (3):

«En la ribera undosa
Del Babilonio río
Los fatigados miembros reclinamos, |
Y allí con faz llorosa
Junto á su márgen frío,
Con lágrimas sus ondas aumentamos.»

El fecundo poeta dramático Breton de los Herberos, con su terenciana *vis cómica*, es oportunísimo por el uso intencional de la parafonía. Hay en una de sus comedias un joven poetaastro que se propone adorar al santo por la peana, dedicando este cumplimiento á una tia suya, madre del ingrato objeto de su amor.

«Dulce tia, á quien me une
La simpatía más tierna,
Simpatía que será
Muy en breve simpasuegra,
¿Cuándo aquí, del Himeneo
Arderá, tia, la tea?»

A pesar de las *tias*, de la *tierna* y de la *tea*, los versos son muy agradables al oído, porque están en el carácter de una persona que habla como debe hablar y no de otra manera.

MARQUÉS DE SAN GREGORIO.

LA TIERRA DEL FUEGO

Y SUS HABITANTES.

Separada de la Patagonia por el anchuroso Estrecho de Magallanes, se alza coronada de nieve sempiterna la frígida *Tierra del Fuego*, extensa isla que debe su nombre al humo que en sus salvajes playas vieron elevarse los primeros navegantes españoles.

La Tierra del Fuego es baja y llana en su parte Oriental, se hierge con imponentes cimas. Los montes «Sarmiento» y «Darwin» son sus alturas más culminantes. El primero es un espléndido pico de dos puntas, cuya altitud máxima alcanza á 2.000 metros. Visto de Punta Arenas, presenta el aspecto de un volcan. Mirado del Canal Magdalena, cuando el sol de Enero rompe los celages que lo circundan, su altiva y severa grandeza detiene el vuelo del pensamiento...

Situada entre los 52° 20, y 55° de latitud Austral, la isla argentina se sumerge al Norte en el Estrecho de Magallanes, formando las bahías «Lomas» y «Felipe». Al Oeste la limitan el Océano Pacífico que baña la Península de Brecknock y el citado Estrecho con sus dependencias las bahías «Gerte Grande» é «Inútil», la «Zonda del Almirantazgo» y el «Canal Magdalena», que separa la «Isla Clarence». El Océano Atlántico la limita por el Este y el Sur, y también el «Canal del Beagle» que forma las islas «Navarino» y «Hoste.»

Al decir del almirante Anson el aspecto de este país es de los más horribles que sea posible imaginar.

El capitán Samuel Wallis (1766) dice que es una region salvaje, donde en medio del verano el tiempo es nebuloso, frío y tempestuoso; donde los valles carecen de verdor y las montañas de árboles; y donde, en fin, toda la tierra se parece más bien á las ruinas de un mundo que á la habitación de seres humanos.

El más ilustre de los marinos ingleses, el capitán Jacobo Cook, escribe acerca de la costa occidental: «Es el país más salvaje que yo he visto. Parecía enteramente cubierto de montañas y de rocas sin la menor apariencia de vegetación; las montañas terminan en horribles precipicios, y sus cimas escarpadas se levantan á una altura inmensa.

- (1) Vida de César.
(2) *Farsalia*.—Lib. X.—Octava 43.
(3) Canciones.

No hay otro sitio en la naturaleza que ofrezca paisajes más agrestes.»

El naturalista Darwin, habla en estos términos: «Podemos describir la Tierra del Fuego en pocas palabras. Un país montañoso y en parte sumergido, de manera que extensas bahías ocupan el lugar de los valles.»

«Los árboles crecen, añade, hasta 1.500 piés de altura, sobre el nivel del mar. Más arriba véese una cintura de hornagueras cubiertas de plantas alpinas y, finalmente, las nieves eternas.»

Este es el lado sombrío del cuadro. Veamos lo que cuentan otros exploradores.

El capitán Poker King afirma que la vegetación es magnífica en ciertos sitios, y que crecen al abrigo de los bosques algunas plantas que en Inglaterra se consideran como muy delicadas.

Fitz-Roy describe tupidas selvas y árboles que conservan sus hojas durante todo el año.

Un aprovechado viajero, el teniente de la marina francesa Lucien Wyse, autor del *Voyage de Montevideo á Valparaiso par le detroit de Magellan*, se revela apasionado de los paisajes, ora rientes, ora severos que ofrecen al navegante las costas de la «Zonda del Almirantazgo.»

El señor Pertuiset, persona bien conocida en Chile por su famoso viaje *espiritista*, menciona en su libro *Le tresor des Incas á la Terre du Feu*, la existencia de dilatados valles pastosos, poblados de bosques y de lagunas de agua dulce, que contornean la «Bahía Inútil.»

Finalmente, el que estas líneas suscribe, ha visto desde el mar pequeños *cañadones* tapizados de verdes y altas yerbas, que se extienden al Oeste del «Cabo Orange.»

Acabamos de ver que los autores citados se contradicen notablemente.

La razón es óbvía. Unos han visto la Tierra del Fuego por el Este hácia el «Cabo de Hornos», otros la han estudiado por el Norte y el Oeste.

Sea de esto lo que fuere, á nuestro sentir, muy lejos está aquella isla de ser tan horrible como nos la pintan Wallis y Cook.

A pesar de la frialdad del clima, de que dá idea la desagradable aventura de los señores Banks y Solanders en la «Bahía Buen Suceso», (1) la flora fueguina es casi igual á la del valle del Río Chico en la Patagonia. En la parte Occidental de la isla hay grandes bosques de robles (*Fagus betuloides* y *F. antarctica*). Al Oeste (Zonda del Almirantazgo) dice el teniente Wyse, que encontró el *calafate* de los chilenos (*Berberis ilicifolia*), laureles, fushias arborescentes, juncos de pantano y apio salvaje.

La zoología es bastante pobre. Entre los mamíferos figuran los guanacos (*Auchenia*), los ciervos (*Cervus chilensis*), los zorros (*Canis Magellanicus* y *C. Azarce*) y los tucu-tucos (*Ctenomys*).

Darwin y otros viajeros aseguran que no existen reptiles de ninguna especie, lo que seguramente es un fenómeno interesante.

Los insectos son poco abundantes, y se diferencian mucho de los que habitan en la Patagonia.

Los bosques abrigan pocas aves.

Un lindo pequeño trepador, el *Oxyurus Tupini*, salta de rama en rama ó busca insectos en los robles podridos derribados por el viento.

El reyezuelo de oscuro plumaje (*Scytalopus Magellanicus*) y algunas aves de presa, cierran este limitado cuadro de la vida animal.

Por lo que concierne á la zoología, poco se sabe. En las costas del Canal del Beagle se observan rocas porfiríticas y también esquitosas.

Al Norte aparecen los aluviones estratificados, y según Darwin, forman la costa oriental pequeñas y redondeadas colinas de grés y granito.

Tal es la Tierra del Fuego, cuyas azuladas mesetas he contemplado con frecuencia desde las solitarias playas patagónicas. Sus habitantes pertenecen á cuatro naciones ó tribus, que se distinguen con los nombres de Tekénicas, Alikoolips, Pechereses y Yacana-Kunnys.

Los primeros habitan á inmediaciones del Canal del Beagle; son bajos de estatura, mal formados, feos de rostro, voraces y muy sucios.

Los Alikoolips viven en la parte meridional de la isla. Físicamente son superiores á los demás fueguinos.

Los Pechereses ocupan las costas del Zonda del Almirantazgo; y por último, los Yacana-Kunnys tienen *wiguams* (chozas) entre la bahía Buen Suceso y el Cabo Espíritu-Santo.

Por las relaciones de King y Fitz-Roy sabemos que el tipo fisonómico de los fueguinos, aun tratándose de una misma tribu, presenta muchas variedades. Fitz-Roy, dice, vió individuos de ambos sexos, de cabello crespo, frente elevada y nariz aguileña.

El color varía también notablemente. Recuerdo haber visto en Punta-Arenas un Tekéunica más blanco que los Tehuelches que habitan al Sud del Río Santa Cruz.

Sin embargo, considerados en conjunto, los fueguinos tienen un color más oscuro que el de los indios de la Patagonia; son cabezones como los puelches, de ojos pequeños, boca grande, pómulos salientes, nariz aplastada y frente estrecha.

Bougainville observa que son feos, que van desnudos ó no usan otro traje que unas malas pieles de lobos marinos, y, en fin, que parecen buena gente.

- (1) Estos dos naturalistas que acompañaron á Cook en su primer viaje de exploración, hubieron de morir de frío al preparar una colina.

(1) Acto I.
(2) Acto I. Escena IV.
(3) Obras poéticas.—Pág. 587.—París: 1866.
(4) *Eneidos*.—Lib. II, v. 8 y 9.
(5) Obras poéticas.
(6) *Sola placet Fortuna comes*.—Lucano.—Lib. V, v. 510.

Cook los pinta con colores casi iguales á los que emplea el marino francés. Se alimentan de la carne podrida de lobos marinos, dice el ilustre capitán, y con la parte oleosa untan sus cuerpos.

El Dr. Reynaud (1) en su informe sobre el viaje del vapor aviso *L'Hermite*, dice que los fueguinos tienen ojos oblicuos, cabellos negros que forman al rededor de la cabeza á manera de una corona irregular, y que se pintan la cara con ocre negro y rojo.

Por su parte, el capitán King, hace mención de un indígena cuyo cuerpo estaba casi totalmente pintado de colorado.

Don Manuel Serrano, explorador chileno, confirma los anteriores asertos. Según él, los indios usan el pelo cortado á 25 centímetros de la nuca, y acostumbra pintarse la cara, la cabeza y hasta el vientre.

El mismo explorador cuenta que llevan una vida nómada, y que duermen donde les sorprende la noche. Sin embargo, construyen *wigwams* á cuyo amparo pasan el invierno (2).

Desconfiados y amigos de la libertad, no reconocen autoridad de ninguna clase.

Haragan como todo indígena sub-americano, el hombre abandona todo el peso de las tareas domésticas á la infeliz mujer, verdadera víctima condenada á arrastrar perpétuamente la pesada cadena de la esclavitud.

Las mujeres, pues, cuidan á sus hijos, vigilan el fuego á toda hora, preparan los alimentos, alistan las pieles de abrigo y los aparejos de pesca, y mientras los hombres se entregan al reposo en el wigwam, ellas entran desnudas en el mar para coger moluscos.

Al oyándose en la autoridad de Wallis y Weddel, da O'Brigny á estos salvajes una estatura media de un metro 633 milímetros.

Agregaré de paso, que he visto en Punta-arenas, dos Tekéenicas adultos que calculé no tendrían más de un metro 30 centímetros de altura.

Tanto las mujeres como los hombres, usan brazaletes y collares de caracolillos del mar.

Las armas y utensilios de caza y de pesca en las distintas tribus consisten en hondas, lanzas con puntas fijas de hueso, flechas con cabezas de sílex ó vidrio, anzuelos de piedra y de espigas de peces, y arpones de hueso de distintos tamaños.

La alimentación de esta gente es exclusivamente animal, y á fin de proporcionársela, cazan al acecho y á la carrera, en compañía siempre de algunos perros que ellos adiestran con especial esmero para que les ayuden á rodear las manadas de guanacos, ó detengan el herido animal que huye del cazador.

Esto pasa en verano, estación en que la caza mayor abunda en los parajes que los fueguinos frecuentan, pero en el invierno se dedican con preferencia á la pesca, á cuyo fin se embarcan hombres, mujeres y niños, en piraguas hechas con raas y pieles de foca.

Cuando los inviernos son muy rudos y el mar ravío, suele faltarles alimento, en cuyo caso no vacilan en matar las mujeres más viejas de la tribu, pues se las considera como seres inútiles é inferiores á los perros que solo se sacrifican en el último trance.

Respecto á la manera de comer cuenta Wallis, que uno de sus marineros que pescaba con caña, dió á un fueguino un pez vivo que éste mató de una dentellada y comió con la avidez de un perro famélico, sin dejar ni las espigas.

El lenguaje de estos americanos difiere según la tribu, y es en todas tan horriblemente gutural, que razón ha tenido el capitán Cook para compararlo con el ruido que haría una persona restregándose la garganta con un trozo de madera ú otro objeto cualquiera. Los Tekéenicas y los Alikoolips apenas si se entienden hablando. En Tekéenica la boca se llama *yasck* y en Alikoolip *effere*. La nieve es *acho* en Alikoolip y *oppunaca* en Tehéenica.

De estos curiosos dialectos no se conoce hasta ahora más que un escasísimo *Vocabulario* formado por Fitz-Roy.

Es opinión de algunos viajeros que los fueguinos abrigan creencias religiosas. Otros piensan lo contrario y nosotros nos adherimos á estos últimos.

Tales son los habitantes de la Tierra del Fuego, raza degradada, que seguramente ocupa el mas bajo nivel entre todos los pueblos salvajes. Hijos de un país desheredado, cuyo nombre semeja un amargo sarcasmo, los fueguinos representan en la actualidad las toscas razas cuaternarias.

¿Cuál es el origen de estas desgraciadas criaturas? En mi opinión han debido emigrar de la Patagonia, cediendo el terreno á una raza más civilizada, que no vacilo en identificar con los Tehuelches ó Patagones.

RAMON LISTA.

LA LIBERTAD: EL DERECHO.

Antes de la invención de Guttenberg, la ciencia más vulgar era el patrimonio de algunos privilegiados, de un corto número de gentes. Un ma-

(1) Archives de médecine navale, tomo XXVI, 1876. París.

(2) El wigwam es una habitación hecha de troncos y ramas de robles. Las hay de varias formas y tamaños.

nuscrito era una cosa rara, la copia hecha con cuidado costaba mucho, y no siempre podía ser leída fácilmente: hoy mismo encontramos dificultad en leer varios escritos. Un hombre apareció en el mundo, que, al descubrir la imprenta, hizo una revolución que ha producido inmensos bienes á la humanidad.

El libro fué la obra prodigiosa de aquel genio. El libro es al conocimiento humano lo que un hombre que camina á pié, al que viaja en ferrocarril. Un hombre muy ligero puede andar, por ejemplo, diez leguas por día; el ferrocarril anda doscientas lo menos. El vapor ha aumentado la fuerza del ser humano, en la proporción de uno á veinte.

Una vez la imprenta descubierta, la ciencia dejó de ser un misterio. Se rasgaron todos los velos que ocultaban los divinos resplandores de la verdad, se verificó un cambio extraordinario, los conocimientos se difundieron, y cesaron de ser el privilegio exclusivo de los sacerdotes de la sabiduría que los explotaban en su provecho; los desheredados del saber pudieron iluminar su inteligencia con la luz de la filosofía, de la historia, de las artes y de todas las ciencias. Cada uno tuvo el derecho de formar sus convicciones en política y en religión basadas en la ilustración de su conciencia, porque con el invento sublime de Guttenberg fué simultánea la reforma que preconizó el libre exámen.

Emancipada la humanidad del yugo de la ignorancia, de las supersticiones y de la idolatría de los falsos apóstoles que invocaban dogmas contrarios al desarrollo de sus facultades, al desenvolvimiento de su razón y á la glorificación de su dignidad, los pueblos empezaron á comprender sus derechos, y estallaron las grandes revoluciones que en Inglaterra, en los Estados-Unidos, y luego en Francia, destruyeron los antiguos poderes opresores, y sobre los escombros de los alzados de la tiranía levantaron el templo majestuoso de la libertad, y grabaron en su frontispicio las sacrosantas fórmulas *igualdad* y *fraternidad*, que habia proclamado el Evangelio, sepultadas en el polvo del olvido y profanadas durante muchos siglos por los que debieron conservar el arca santa con veneración y respeto.

Así, Guttenberg fué el precursor de los gobiernos libres, que no hubieran sido posibles sin el auxilio de la imprenta. Este beneficio inmortaliza la gloria del que hizo surgir un nuevo mundo de las olas tenebrosas del error y del despotismo para redimir al género humano de servidumbres ignominiosas, romper las cadenas del esclavo, y consagrar el triunfo del pensamiento y del alma sobre la fuerza material.

Los antiguos maestros, maestros en todas las cosas, pensaban que la libertad no podia existir sino en los muros de una ciudad estrecha. Aristóteles sostenía que la ciudad no debía ser grande. ¿Por qué? Porque la libertad política consiste en la manifestación de las opiniones, y en la comunicación de los pensamientos, y decía cándidamente: «Si hay muchos ciudadanos, habrá multitudes en el *Agora*. ¿Y cuál será el heraldo, el orador de voz de *Stentor*, que se dejará oír por tan inmensa muchedumbre?» Aristóteles tenía razón. Cuando la muchedumbre invadía el *Agora*, la voz del orador no era oída por todos los ciudadanos.

En los tiempos modernos se ha inventado la representación nacional: los antiguos solo conocieron el ejercicio directo de la soberanía por el pueblo reunido.

Existían algunos consejos federativos y aun ciertas asambleas provinciales; los concilios fueron una imitación de estas asambleas. ¿Pero qué eran estas asambleas sin la prensa? La reunión de algunas personas que se consultaban entre sí sobre los intereses del país, pero distaban mucho de ser una representación nacional. Esta solo puede ser real y efectiva, cuando los diputados son la expresión sincera de la opinión pública, libremente manifestada, mas por desgracia y en menoscabo del sistema representativo se vé con deplorable frecuencia que los Gobiernos imponen á los pueblos las candidaturas casi de real orden, y los elegidos en los comicios no reflejan la conciencia de la nación. Es responsable tambien de este vicio corruptor de las instituciones, el cuerpo electoral, por carecer de vigor, de iniciativa y de independencia.

Consuelan el ánimo los ejemplos magníficos que han dado á Europa, Francia, é Inglaterra, donde en omnimoda dominación de poderes conservadores, conquistaron el triunfo por el sufragio los partidos liberales.

Hasta principios del siglo XVI el Parlamento de Inglaterra se compuso de miembros cuyas deliberaciones no eran conocidas del país; solo atendían á sus intereses privados, y no al interés público.

Al contrario; poned en plena luz por la prensa las discusiones de las Cámaras, y entonces el país aprende las ventajas del sistema representativo, conoce y juzga á los que defienden sus derechos, ó los viola en beneficio propio. Así, se puede decir en razón que á la imprenta se debe la libertad moderna.

La sociedad es, sin duda, un hecho universal que los hombres no han podido prescindir en ningún tiempo, ni en pueblo alguno, y cuyas proporciones nos dan el estado más ó menos avanzado de nuestras facultades; pero no es un hecho indivisible, no es una misma sociedad que

abraza al género humano; al contrario hay un gran número, que cuando son independientes las unas de las otras, reciben el nombre de naciones y Estados soberanos. Los Estados, en las relaciones que se establecen entre ellos durante la paz, ó durante la guerra, obedecen á leyes no menos imperiosas, no menos generales que las que gobiernan á los individuos. Así, por ejemplo, se admite en nombre de estas leyes el respeto de las nacionalidades; la justicia exige que se aplauda la emancipación de la Italia al mismo tiempo que se deplora la opresión de la heroica Polonia. Los que hacen lo contrario tienen dos pesos y dos medidas, abrigan pasiones estrechas, y profanan los nombres sagrados de la libertad y de la fraternidad cristiana.

Hay principios naturales, eternos, invariables, de justicia, de humanidad y de derecho que deben servir de base al arte de gobernar, á la política propiamente dicha. Doy á esta palabra su acepción más extensa para la acción de la autoridad pública, cuando se ejerce sobre los intereses generales.

Yo quiero citar tres cuestiones, la cuestión de la protección, ó del libre cambio, la cuestión de la instrucción pública, y en fin, la de la caridad pública. Sin duda, la protección y el libre cambio pertenecen antes de todo á las investigaciones de los economistas, pero son tambien problemas de derecho natural, porque hay razon de preguntar hasta qué punto la propiedad y la libertad individual son respetadas, cuando se obliga á los ciudadanos á pagar caro en un país, en provecho de cierta clase de la población, fabricantes y obreros, lo que podrían comprar en otra parte con más ventajas y de mejor calidad, ó bien cuando se prohíbe absolutamente el uso de ciertos productos de la industria ó de la naturaleza. Yo no afirmo que por esta sola dificultad el sistema protector esté herido de muerte, pero si triunfa, lo que no es posible que suceda, es preciso que nos enseñe cuáles son los derechos superiores á la libertad ó á la propiedad individual que se encuentran garantidos por la protección.

La cuestión de la instrucción pública nos ofrece otro campo de debate. El niño pertenece á la familia, sin duda, á quien corresponde el deber de cultivar, de desarrollar su infantil inteligencia, de educar su alma virginal para el cumplimiento de sus destinos inmortales.

Pero es preciso demostrar que el derecho del Estado no es menos fundado que el de la familia, con el cual debe estar en perfecto acuerdo. Al Estado corresponde establecer la instrucción primaria, obligatoria, gratuita y laica.

La opinión de ciertos publicistas partidarios estremados de la máxima económica, *dejad hacer, dejad pasar*, es opinión que rechazo energicamente en nombre de las más santas obligaciones de la sociedad, en nombre de la libertad misma, de la cual una educación liberal, nacional, es, despues de todas, la mejor salvaguardia.

El padre de familia tiene el derecho de elegir el preceptor de su hijo, y al Estado asisten el derecho y el deber de dar impulso á las más altas facultades del pensamiento, de favorecer el culto desinteresado de lo verdadero y de lo bello, de velar tambien para que las instituciones nacionales no sean condenadas y calumniadas en el alma de las tiernas generaciones.

¿La intervención del Estado en la caridad, es decir, la caridad oficial y legal, será menos legítima? Tanto valdría retroceder á los siglos pasados para restaurar la vieja máxima ultramontana, la doctrina de Gregorio VII, de Inocencio III y de los teólogos del siglo XIII, que sostenían que el Estado, es decir, la sociedad temporal no es sino un cuerpo animado de la vida de los brutos; una fuerza destinada á recibir el impulso de un poder más alto, porque está desprovista de alma y de inteligencia.

Tanto valdría decir que los caminos de hierro, los canales, la mejora de las razas animales, la construcción de los cañones rayados, de las balas cilíndricas, de las fragatas acorazadas y de todos los instrumentos terribles del arte de matar á los hombres, son objetos más dignos de la voluntad pública, que los sufrimientos, la miseria y las enfermedades de millones de criaturas humanas. Sin duda la caridad oficial no debe impedir el sentimiento generoso y sublime de la caridad privada, porque la una y la otra son necesarias para aliviar tantos dolores y abrigar tanta desnudez en este mundo. La caridad no es solamente un derecho, sino un deber para la sociedad, como para el individuo, es un deber que, realizado con inteligencia, se confunde con el interés bien entendido del Estado. Los seres degradados á quienes dignifica, las criaturas que sufren, ó abandonadas, que arrebatada al vicio, al hambre, son fibras de su propia carne que ha sustraído á la muerte, son sus propios miembros que ha salvado de la disolución.

Tratemos ahora del derecho político, examinando cuál es hoy el principio más general, más elevado, el que esclarece y sostiene todas las partes que le constituyen.

Tenemos derechos en el órden moral, por el hecho mismo de ser hombres, y rechazamos la hipótesis de que podemos perderlos, y derechos políticos de los que no debemos ser despojados un solo instante. El órden político, esto es, la sociedad misma en sus condiciones fundamentales, y fuera de la sociedad el desarrollo de nuestras facultades intelectuales, el ejercicio de nuestras fa-

cultades morales, y aun nuestra conservacion física, son completamente imposibles.

Lo digo con determinada intencion. El órden político y la sociedad en sus condiciones fundamentales, por que allí se hace la ley á la que todo el cuerpo social está obligado á obedecer y allí, reside el poder que levanta la ley y que la proclama.

Si debieran quedar la una y la otra independientes de los que la respetan é impenetrables á su accion, no habria pronto más que un dueño, tirano y esclavos. Las más bellas instituciones civiles deberian ser miradas como un favor temporal siempre amenazado por la mano del despotismo.

¿Si osará pretender que hay dos morales, la una al uso de la política, ó lo que es la misma cosa, al de los soberanos y grandes de la tierra, la otra al uso de la vida privada y, por consecuencia de los débiles, de los pequeños, de la vil multitud? Yo no conozco una proposicion más infame, más impía, más ultrajante para la divinidad como para el hombre. Si hay para los poderosos una moral particular sobre la que fundan sus derechos, y que no tiene nada de comun con la del resto de los hombres, ¿por qué quereis que la obedezcan los que tienen la fuerza de resistir sus mismas doctrinas que rebelan los abusos del poder?

Precisamente la unidad de la ley, del deber, la universalidad de las verdades, de la conciencia, es lo que hace que los hombres, segun las relaciones bajolas cuales se les considera, tengan derechos los unos sobre los otros, porque están ligados entre sí por mútuas obligaciones. No podéis prevaleceros de las primeras sin aceptar las últimas. Pero las obligaciones de los que están en alto se confunden con los derechos de los que están abajo. Ellas contienen los derechos de los ciudadanos, y las garantías que protegen á los pueblos contra las usurpaciones y los errores de los Gobiernos. La política, tal como la razon la concibe, y el progreso de las ideas, y las necesidades mismas de las naciones, la imponen á los poderes públicos, no es la necesidad fatal que ha imaginado Espinosa, ni el sistema de violencia y de astucia que ha enseñado Maquiavelo; descansa sobre leyes permanentes é inmortales, que las más bellas instituciones no crean, sino que se limitan á reconocer y colocar bajo su salvaguardia.

Hablemos desde luego de los derechos. Un derecho puede cambiar de objeto; la esfera en que se ejerce puede cambiar de extension; pero su naturaleza no cambia, su principio ó su esencia permanece inviolable. Un derecho es una libertad determinada, un uso particular de la libertad, el derecho tomado absolutamente; los derechos, considerados en su unidad y en su conjunto, son la libertad misma.

Los derechos políticos, como los derechos civiles, y los derechos encerrados en el órden puramente moral, se resumen en una sola palabra, la libertad. ¿Pero qué libertad? No hay más que una.

La del sér razonable que tiene deberes que cumplir hácia sí mismo, y hácia los demás; la que la razon proclama como el patrimonio inagenable de toda criatura humana, y que por pertenecer á todos está tambien limitada en cada uno por la libertad de otro; suprimida esta condicion, lo que se llama libertad, en el individuo, ó en la colectividad, no es sino opresion y tiranía.

La libertad tiene en sí su propio límite en la universalidad del derecho que representa, y este límite se impone todavia, cuando se pasa de la sociedad general, de la sociedad abstracta á esta sociedad real y organizada que se llama el Estado. Entonces no basta ya que mi libertad, segun la expresion de Kant, se acuerde con la de todos; es preciso todavia que respete las condiciones sin las cuales ningun Estado puede subsistir: el poder que me garantiza el goce de mi derecho, impidiendo ó reprimiendo las violencias de que puedo ser objeto, y la ley, de que el poder tiene su mision, y que regla el uso. No debemos tener miedo á la libertad, porque ella misma contiene su freno, su regla, y da á los Estados más órden, más duracion y seguridad que todas las instituciones inglesas con la monarquía absoluta de Felipe II, la inquisicion política de Venecia con la libre Bélgica, el acrecentamiento inmenso, vigoroso de los Estados Unidos de la America del Norte, y busquemos las huellas de la monarquía avasalladora del soberbio Luis XIV que decia en su orgullo demente: *El Estado soy yo*. Pero no debe embriagarnos la libertad, como un licor cuyo exceso turbaria nuestra razon, y nos haria parecer al ilota, que los espartanos daban en espectáculo á sus hijos. La razon es su único título y su única ley. Cuando el campo queda libre á la pasion, al vil interés, y á los instintos groseros, la libertad será proclamada vanamente en las leyes, se habrán abatido tambien en vano Bastillas y tronos, trastornado mil veces las instituciones y las fortunas; la libertad no existirá, no será sino la máscara de la anarquía ó del despotismo.

La libertad individual y moral existe en el plan eterno de la sociedad, y en los designios de Dios, para el cumplimiento de los mismos deberes, y el desarrollo de las mismas facultades; para la más alta perfeccion del alma humana. No basta solamente que los derechos que nos son concedidos, y la parte de libertad que hemos obtenido sean dignos de nosotros, dignos de las facultades de que la naturaleza nos ha dotado, digna del carácter que pertenece en general á toda sociedad humana, á una vasta reunion de las más nobles criaturas; es

preciso tambien que nosotros seamos dignos de la libertad.

Una nacion, como un individuo, no es digno de la libertad, sino cuando comprende las obligaciones, como los beneficios, cuando sabe cumplir sus deberes, como ejercer sus derechos; cuando tiene el valor de conquistarlas y la virtud de conservarlas. Si torpes vicios, viles pasiones, sórdidos egoismos, convicciones injustificadas se sobreponen á las nobles virtudes, á las aspiraciones generosas, á los sacrificios heroicos por la patria; si la nocion del deber no se infiltra en la conciencia pública, las naciones caen postradas en la servidumbre; solo la educacion del pueblo puede consolidar el imperio de la libertad en todas sus manifestaciones, y el reinado del derecho igual para todos los ciudadanos.

EUSEBIO ASQUERINO.

UNA REVOLUCION GEOGRÁFICA. (1)

La Tierra es la morada del hombre.

Esta proposicion, tan sencilla como evidente, basta por sí sola para dejar demostrada la importancia que tiene para todas las clases sociales el estudio de la Geografía.

A cualquiera se le ocurre sin esfuerzo, que mal podríamos vivir en una casa sin conocerla, y que una gran parte de las miserias y desdichas que afligen á la humanidad, le vienen de no conocer bien la tierra que pisa.

El globo terráqueo es, no solo la habitacion del hombre, sino tambien el depósito de todos los objetos necesarios á su subsistencia, el teatro en que tiene que desplegar todas sus actividades.

Por la Tierra se encuentra diseminada toda la familia humana, de que cada hombre forma una parte integrante, y de cuyo concurso necesita para realizar los fines de la vida individual y colectiva, el progreso y el órden universal.

En la Tierra se halla nuestra patria, á quien nos debemos y bajo el amparo de cuyas leyes vivimos, donde tenemos que cumplir todos nuestros deberes y ejercer todos nuestros derechos.

Aparte de estas sumarias y fundamentales consideraciones, hay que tener presente que la Geografía es un poderoso auxiliar del estudio de varias ciencias, y constituye, como dijo Bacon, uno de los ojos de la Historia.

Sin dejar de ser útil al adulto y digna de la inteligencia y meditacion del sábio, la Geografía es quizá el estudio que mejor puede adaptarse al estado intelectual de la infancia.

Si los niños están dotados de una instintiva é insaciable curiosidad, el inmenso cúmulo de objetos que abarca la materia de que nos ocupamos, les ofrece ancho campo donde satisfacerla; si en su primera edad necesitan atesorar ideas que formen más tarde la base de todas sus operaciones intelectuales, inagotable es la mina que con tal estudio se les presenta; y si la natural movilidad de su inteligencia requiere todos los atractivos para retener su atencion, nada más ameno que las animadas descripciones de las bellezas naturales, sembradas por la mano del Criador por todos los ámbitos de nuestro planeta.

El niño necesita ser en el mundo espectador ántes que actor, segun el órden lógico con que necesariamente tienen que desenvolverse los hechos. De ahí que su vida intelectual sea en un principio casi exclusivamente subjetiva, pues está concentrada en los sentidos, dotados para el efecto de una exquisita delicadeza, y en la memoria, que conserva profunda huella de las impresiones, por consecuencia de la plasticidad natural de las tiernas edades de nuestra vida.

Nada más propio entonces que presentar á la contemplacion de los sentidos, que grabar en la mente de los niños, el espectáculo que nos ofrecen por un lado magestuosos rios festoneados de eterno vendor, impetuosos torrentes que saltando de roca en roca y de precipicio en precipicio forman vistosas cascadas y mansos arroyos que parecen lamer blandamente sus orillas; por otro lado montañas gigantescas que elevan su erguidos picos hasta las nubes, ya vomitando llamas, ya coronados de blanca nieve, como si quisieran mostrar simulando las canas de que se cubre la vejez, que han sido testigos de las primeras etapas de la creacion; aquí dilatadas llanuras cubiertas de bosques seculares, risueños y tranquilos valles, puentes naturales abiertos por el empuje de las aguas y tenebrosas grutas llenas de estalactitas; allá el flujo y reflujo de los mares, el desordenado y continuo oleaje, las corrientes marinas y las terribles trombas, que son el terror de los navegantes; arriba la atmósfera manifestando el poder de las fuerzas que bullen en su seno por medio de imponentes meteoros, y distribuyendo la luz solar en los infinitos cambiantes que dan tono á tantas maravillas; abajo los fuegos centrales que reaccionan bajo nuestras plantas conmoviendo el suelo y rasgando la débil corteza de nuestro globo; por todas partes las caprichosas sinuosidades de los continentes envolviendo y abrigando los golfos y mares interiores, la potente lucha de las aguas con las tierras para disputarse la posesion del espacio y los millares de verdes islas diseminadas por to-

dos los mares, como puñados de esmeraldas arrojadas por colosales manos en la dilatada extension del líquido elemento.

En este grandioso escenario ya no falta más que colocar la vida, que brota por doquiera con admirable profusion, haciendo notar el perfecto órden con que están distribuidos los vegetales y los animales por los diversos climas; cómo el hombre se ha organizado en poderosas sociedades que exploran, sojuzgan y embellecen el planeta, y cómo las naciones, por medio de sábias leyes, han promovido la seguridad y bienestar de nuestra especie, han erigido ciudades populosas, han cultivado las artes y las ciencias, y han cubierto la tierra de soberbios monumentos que inmortalizan la gloria y civilizacion del hombre.

Presentando á los niños estos magníficos cuadros por su órden, eligiendo convenientemente la materia, reduciéndola á las proporciones que reclama su jóven inteligencia, y sintetizándola para que la puedan abarcar de una ojeada, no solo se les habrá dado un gran caudal de nociones útiles, sino que, elevando sucesivamente su espíritu, se les habrá acercado cada vez más el conocimiento de la Suprema Sabiduría, que ha podido engendrar de un soplo tan sublimes obras.

La Geografía debe, pues, formar parte de la educacion popular, y debe ser un complemento de los estudios primarios que se hacen en nuestras escuelas y colegios. Pero para ello es indispensable reformar los métodos viciosos que en su estudio se emplean, destruir las preocupaciones que tales métodos han engendrado, y los errores que campean en todos los libros que se han publicado hasta el dia.

El empirismo ha ido amontonando noticias sobre noticias, observaciones sobre observaciones, sin que nadie se haya ocupado de clasificarlas y ordenarlas para el uso conveniente. Si un librero hubiese formado un catálogo de muchos millares de libros, por el mismo órden en que se hubiesen presentado á sus ojos en un revuelto depósito; si un impresor revolviere y mezclara todas las letras que forman un hermoso poema, y en este estado empezara su tiraje; si Dios por fin despojara de sus leyes físicas á la materia, y cada átomo quedara completamente suelto y desligado de todos los demás, convirtiéndose el Universo en un espantoso caos, entonces tendríamos espectáculos parecidos al que nos ofrecen los actuales libros de Geografía.

Detengámonos un poco á examinarlos, y empecemos por la portada.

Geografía universal suel: ser el título de esos libros. Geografía significa descripcion de la Tierra, segun la etimología de la palabra y las definiciones que se dan de esta ciencia. Si se toma el nombre *Universo* en sentido de *Tierra*, el adjetivo *universal* es redundante; y si se toma en el sentido de *Cosmos*, las palabras *Geografía universal* expresan una contradiccion palmaria. Si el libro no describe más que una nacion, no le corresponde el nombre de Geografía, porque éste expresa la descripcion de la totalidad de nuestro globo, y el adjetivo ó genitivo que suele agregarse, en vez de ser un límite, es una nueva contradiccion.

Si avanzamos un paso más en nuestra ingrata tarea de críticos, encontraremos una definicion que dice: «Geografía es la ciencia que trata de la descripcion de la tierra.»

En nuestro sentir la Geografía no trata de la descripcion de la Tierra, sino que es la descripcion misma. Nos remitimos para comprobar nuestros asertos á la etimología y al contenido de los libros. Tratan de todas las descripciones en general, y por consiguiente de cualquier descripcion en particular, la Retórica, en cuanto á la forma, y la Lógica, en cuanto al fondo del pensamiento. Estos ramos del saber prestan auxilio á la Geografía, como lo prestan á todas las ciencias, desde que todas requieren órden y enlace en las ideas y formas propias y más ó menos bellas en el lenguaje.

Pero dejemos este punto, que no es de capital importancia para nuestro objeto, y entremos á considerar la division que sigue despues, porque ella es la piedra angular del edificio, en ella está basado el órden, el criterio y la distribucion de todo el libro.

Que «la Geografía se divide en astronómica, física y política,» es cosa que repetimos casi todos los dias con el aplomo del que está seguro de hablar corrientemente y como un libro; mas meditemos bien, aunque sea por primera vez, este conjunto de palabras, apliquémosles los más sencillos principios de la Lógica y del sentido comun, y nos quedaremos admirados de haber repetido maquinalmente por espacio de tantos años semejantes despropósitos.

Efectivamente; lo primero que ocurre á cualquiera es preguntar: si hay geografía física ¿por qué no ha de haber geografía química? y si hay geografía política, ¿cuál es el motivo que puede impedir el que haya geografía religiosa?

Se comprende que podrian por este órden multiplicarse las preguntas indefinidamente. Resulta, pues, que tal division es incompleta y lleva consigo un pecado de lesa Lógica.

Consideremos ahora, por otra parte, que todo cuanto sabemos de los astros se reduce á propiedades físicas, de manera que la parte llamada física debe comprender todo lo que puede tratarse en la quese denomina astronómica, y tendremos, por consiguiente que, una de las divisiones estará incluida en la otra, lo cual constituye otro delito

(1) Prólogo á la *Geografía al alcance de los niños*, excelente obra de nuestro distinguido amigo y colaborador, D. Pedro Arnó.

contra la Lógica, de no ménos entidad que el anterior.

Pero hay todavía otra novedad de más bulto. Despues de la division de la Geografía en las tres consabidas partes, aparece en algun rincon de los libros actuales la *geografía histórica*. Esta falta ya no es solo contra la Lógica, sino que afecta también á la Aritmética, desde que se habian contado tres y resultan cuatro.

Sigamos adelante. El significado de la frase «geografía astronómica» parece que no puede tener otra traduccion que *geografía de los astros*. Siendo esto así, ¿qué será una descripción de la Tierra que tiene por objeto describir los astros? Indudablemente que aquí se llega ya al extremo de faltar gravemente al sentido comun.

Si analizamos la frase «geografía física» no la encontraremos por cierto más cuerda que la anterior. Al calificativo *física* debe referirse necesariamente, ó á la Tierra, ó la descripción. Si se refiere á esta, preguntaremos: ¿una descripción, esto es, un discurso ó una serie de pensamientos, puede ser física? y si se refiere á aquella, añadiremos: ¿puede la Tierra dejar de serlo? Para contestar á esta última pregunta, téngase presente que la Tierra es un *cuerpo*, que por más señas tiene una forma geométrica muy conocida.

Si tal es el prospecto que llevan en su frontispicio, ya puede colegirse cual será la organización del resto de las obras de que nos ocupamos. Brilla en ellas un desconcierto, capaz de confundir la inteligencia, de enredar las ideas más claras, de reunir con toda nocion estética y de hacer perder lamentablemente el tiempo á nuestra juventud.

En pocas palabras daremos de ello muestras evidentes.

En la parte llamada astronómica, nos presentan los autores una amalgama de noticias sobre la Tierra con nociones de Cosmografía, mezclando y confundiendo dos ciencias que requieren estudio, preparacion y fuerzas intelectuales muy diferentes. La parte política no suele estar mejor pensada. Por lo general absorbe los cuatro quintos del libro, de donde resulta una monstruosidad. Hay todavía en el asunto algo más serio. Los autores nos presentan aquí las naciones por separado, y sobre ellas se estienden más ó ménos segun les parece. Una de ellas suele merecer una preferencia marcada, y es aquella á cuya lectura ó estudio se destina el libro. Entrase en los más minuciosos detalles sobre esa nacion, menciónanse particularidades que no se hacen notar en las demás, agréganse calificativos tras calificativos para ensalzar todas sus cosas, y por fin, absórbese en su descripción una tercera ó cuarta parte de la sección política.

Si nos hacemos cargo de que todo es relativo en el mundo, y de que lo es más que nada el poder, la extension, los adelantos y la riqueza de las naciones, se comprenderá á qué graves extravíos nos conduce semejante proceder.

Lejos de presentar un estudio comparativo, fecondo bajo todos conceptos para comprender el verdadero estado de las naciones, la importancia y posición que tiene cada una en el mundo, y el modo como puede influir en la marcha de la humanidad, se hace todo lo posible para extraviar nuestro juicio y despertar una infundada vanidad nacional; excitar una necia petulancia y exponer á los hombres á los más lamentables errores.

La escuela francesa, de la cual hemos sido serviles imitadores, ha pagado caros tales extravíos.

Es muy cierto que el conocimiento de nuestro país de un modo más detallado que los demás, es necesario á todos, y que debe indudablemente hacerse sobre la patria un estudio detenido y prolijo; pero a su debido tiempo y sin perturbar el orden de las cosas, la rectitud del juicio ni las leyes de la inteligencia.

El estudio de nuestra patria debe hacerse por separado y antes de emprender el de la Geografía, para el cual será una excelente preparacion, tanto por ser más comprensible en los albores de la vida intelectual, como por versar sobre un objeto que tenemos más inmediato, que en parte nos es ya familiar y que tiene para nosotros extraordinario interés.

En el orden de los conocimientos la inteligencia se generaliza por grados, se dilata por medio de comparaciones entre lo menor y lo mayor, entre lo conocido y lo desconocido, y se eleva de este modo de peldaño en peldaño hasta llegar á la cumbre del saber humano.

Este principio nos indica claramente la siguiente genealogía en el orden de adquisicion de los conocimientos: 1.º la patria; 2.º la Tierra; 3.º el Universo.

Nótese bien que cuando nos remontamos á estudiar el Cosmos, tenemos necesidad de tomar como base de nuestras comparaciones las dimensiones de nuestro globo y el eje de la órbita que éste describe. Siguiendo, pues, este mismo orden, sin duda el más racional y fecondo, una vez conocida nuestra patria, ésta podrá servirnos perfectamente de medida ó término de comparacion para someter toda la tierra al dominio de nuestra inteligencia.

Nuestra nacion nos servirá, por consiguiente, de unidad como extension, como poblacion, como riqueza y como entidad política.

Ya es tiempo, pues, de que tracemos las correspondientes líneas de demarcacion en este orden de estudios. Lo reclaman la Lógica y la disposición de nuestra inteligencia, lo exige con no ménos impe-

rio la necesidad de la division del trabajo intelectual, base del progreso de las ciencias, sometidas, como todos los demás frutos de la actividad humana, á las leyes generales de la economía.

De todos los temas incluidos en la *geografía física*, apenas hay más que el de los climas que tengan relacion con esta ciencia.

Efectivamente; la nomenclatura de los diversos accidentes que forman la tierra y las aguas, nada tiene que ver con los principios de la ciencia física, pues solo con la Topografía podría tener alguna correspondencia. El tratado de las producciones del globo podrá tener relaciones con la Historia Natural y la Agricultura; pero no será jamás asunto de la Física, y áun lo será ménos el tema de las razas humanas, que corresponde claramente al dominio de la Fisiología.

Estas indicaciones son más que suficientes para demostrar cuán absurdos son los métodos y planes de los libros de Geografía. Si tuviéramos que descender al exámen de todos los detalles, la obra de nuestra crítica sería interminable. No queremos, sin embargo, dejar de dar una muestra de los demás desaciertos que contienen, para poner un nuevo sello de verdad á nuestras afirmaciones.

En la Geografía denominada *astronómica*, se llaman *círculos* las circunferencias que se imaginan en la superficie de la Tierra; se relacionan con la temperatura la division en zonas, cuando su verdadera relacion es con la dirección ó distribución de la luz solar; y se atribuye exclusivamente á la dirección de los rayos solares la variedad de las estaciones, cuando una buena parte de esta variedad, quizá la mayor, debe atribuirse á la distinta duracion de los días y las noches.

En la parte llamada política, se empieza por describir las naciones enumerando sus límites, para lo cual se citan las naciones vecinas; pero como al pasar á describir estas se citan como límites las primeras, tenemos el más acabado modelo de lo que los lógicos llaman *petición de principio ó círculo vicioso*.

Los datos estadísticos sobre la poblacion merecen de los autores una preferencia tan marcada, que llenan comunmente la mitad de sus libros de enseñanza amontonando números sobre números.

Los detalles estadísticos son de un interés casi nulo para la generalidad, y dan al estudio de la Geografía una monotonía y aridez invencibles. Por otra parte, no hay en el mundo quien sea capaz de conservar en su memoria sin confundirse, esa profusion de miles de números con que se especifica la poblacion, no solo de las naciones, sino también de las ciudades y poblaciones de menor importancia.

Tales datos no representan además verdad alguna, por varios motivos: el primero, porque muchas naciones no hacen estadísticas, y sobre ellas solo existen apreciaciones; el segundo, porque las demás las verifican por períodos de varios años cuyas épocas no coinciden, de modo que los datos estadísticos de los libros de Geografía son anacrónicos, y por lo tanto incomparables; y el tercero porque la poblacion aumenta continuamente en los diversos países, salvo raras escepciones, y los datos varían, por consiguiente, de manera, que cuando el niño se proponga hacer uso más tarde de los conocimientos que ha recibido, tendrá que empezar por desaprender lo que sabe y aprenderlo de nuevo, en lo cual hay un doble y serio perjuicio.

Estos son defectos comunes á todos los libros. Adviértase que ni enumeramos todas las faltas, ni entramos á considerar los errores que distinguen á cada una de las obras en particular.

Si quisiéramos continuar nuestro exámen, poco quedaría en pié de semejantes obras.

Conviene por tanto destruir lo existente, y creemos haberlo atacado en sus fundamentos.

Destruir sin edificar es siempre un perjuicio para el orden social. El que maneja la piqueta revolucionaria debe siempre ofrecer algo en reemplazo de lo que destruye.

Siguiendo esta inspiracion, hemos combinado una obrita que podrá ser la primera piedra de un edificio de buenas proporciones arquitectónicas.

En esta obra presentamos un extracto de nuestro plan, destinándola á la enseñanza primaria con el título de *La Geografía al alcance de los niños*.

Si nuestros principios merecen la aceptación de los hombres entendidos, emprenderemos un trabajo de mayor aliento, bajo el mismo método, sin más modificaciones que las que requiera el estado intelectual de las personas á quienes vaya destinado.

En la obrita que hoy damos á luz entramos de lleno y sin preámbulos en la descripción de la Tierra.

En esta, como en todo objeto que nos proponemos describir, hay que considerar el conjunto y las partes.

Describimos el conjunto bajo el nombre de GENERALIDADES SOBRE LA TIERRA, y en él comprendemos su forma y dimensiones, su estado físico, su densidad, sus movimientos, la distribución sobre ella de la luz y el calor solares, sus divisiones generales y otras nociones del mismo orden.

Entrando despues á describir las partes separadamente, adoptamos la division á nuestro juicio

más propia, puesto que se basa en la naturaleza de la cosa descrita. Para ello seguimos un orden del exterior al interior, y consideramos dividido nuestro globo en cuatro partes, á saber: 1.ª Region gaseosa; 2.ª Region líquida; 3.ª Region sólida; y 4.ª Region central.

Habiendo considerado el todo y las partes, solo resta tener en cuenta el fin ó destino del objeto que da materia á la descripción. Nosotros hacemos consistir el destino ostensible de nuestro planeta en servir de asiento á la vida y de teatro á las actividades del hombre. Esta consideracion nos proporciona materia para otros dos capítulos, titulados el primero *Animales y vegetales* y el segundo *Sociedades humanas*.

Tales son las bases de la nueva organizacion que pretendemos dar á la ciencia. En ellas está fundada el desarrollo de nuestro trabajo.

Iniciamos nuestra reforma presentando un libro de reducidas proporciones, el cual basta para apuntar las ideas generales.

Lo hemos arreglado á la capacidad y necesidades de los niños, en el convencimiento que tenemos de que en la infancia es donde deben echarse las semillas de toda reforma que se proyecta para el porvenir.

Los niños de hoy son los hombres de mañana, que darán lustre á la patria con sus talentos, la adornarán con sus virtudes y la enriquecerán con sus trabajos.

Aquellas inteligencias vírgenes y libres de preocupaciones, están admirablemente dispuestas para fecundar toda idea nueva, todo germen de progreso y convertirlo más tarde irremisiblemente en hechos.

Descartes, haciendo un esfuerzo sobrenatural sobre sí mismo para hacer tabla rasa en su inteligencia, no hacía otra cosa que luchar para convertirse en niño; y al conseguirlo, resolvió el gran problema de la Filosofía.

La humanidad no progresa más que renovándose. Las generaciones se sobreponen unas á otras, como las capas que constituyen la corteza de nuestro globo; y cada una de ellas representa un período más avanzado de la civilizacion.

Los que hoy son niños y reciban la pequeña semilla que deseamos depositar en su mente, tal vez mañana nos devolverán el insignificante grano convertido en un árbol frondoso y de sazonados frutos.

Consagramos, pues, nuestra pequeña obra á la enseñanza de los niños, y la presentamos al público, con la esperanza de que hemos de ser favorecidos y alentados en la lucha que emprendemos contra las ideas rancias y las viejas preocupaciones.

PEDRO ARNÓ.

LA CARIDAD.

Base primordial de las virtudes y complemento de todas ellas, atributo de las nobles almas, áura perfumada que satura de aromas delicados la agobiada frente del que sufre, melodía divina cuyos acordes inspirados de un himno angelico regala al oido, llave misteriosa que abre las puertas del cielo, es la caridad.

Antigua como el mundo, siempre se ostenta fresca, lozana, jóven y bella; incorruptible cual el cedro del Líban.

En alas del exclusivo y constante anhelo que la guía para distribuir con mano pródiga beneficios á su paso, se transporta de uno á otro confin de la tierra, sin que la arredren ni detengan en su inmutable marcha los trayectos más penosos que con frecuencia tiene que recorrer.

La mision sublime de que se halla investida la coloca á tal elevacion sobre las miserias humanas (que se interponen agitadas en perpétua lucha entre el espíritu, emanacion de la divinidad, y la materia, frágil vaso de pulimentado barro) que así las más altas potestades, en las diversas gerarquías sociales, como los que en un momento de fatal extravío, olvidados de la propia dignidad, se degradan hasta descender al último peldaño de los escalones del gran edificio social, todos, indistintamente, la rinden respetuoso culto.

¿Y cómo no venerar á esa hermosa matrona, envuelta en su ropaje blanco cual el armiño, entre cuyos múltiples y flotantes pliegues cobijanse innumerables desgraciados?

¡Escuchad su argentino acento, contemplad la maternal actitud con que estiende su diestra compasivamente sobre la cabeza del opulento y del menesteroso, del feliz y del desdichado, del inocente y del culpable!

La buena y cariñosa madre que atesora en su corazón un manantial perenne de inagotable ternura para los hijos de sus entrañas, halla siempre, sugerida por el cariño, razones atenuantes á las faltas que aquellos puedan cometer.

De igual manera, la caridad, madre comun y bondadosa, siéndole repulsivo el delito, como intruso bastardo al que quiere ver alejado de sus dominios, compadece al delinente; vierte lágrimas de conmiseracion por él, auxiliale aun más allá de la tumba con sus eficaces consuelos, protegiéndole con su omnimodo poder.

Cuando todos le abandonan y se considera aislado en medio de un áspero erial, ella le sostiene en sus amorosos brazos; y en raudales de esperanzas halagüeñas, derrama en su alma el precioso bálsamo de la resignacion.

Desde la creacion del mundo hasta el fin de los siglos existirá; porque es la estrella que brilla con más fulgor en el diáfano cielo de las virtudes.

Si dirigimos una mirada retrospectiva á las pasadas generaciones, veremos que en todas épocas ha habido seres privilegiados que han descollado en su práctica.

Los varones más insignes por su santidad que cuenta en su gremio la Iglesia católica, se impulsieron como norma de su conducta la obligacion de compartir con sus semejan-

tes las penalidades de la vida; en términos que, con asidua constante, indagaban dónde había necesitados para volar á socorrerlos.

San Juan de Dios pedía limosna para sufragar los gastos del hospital y casa de caridad que fundó, sin contar con otros recursos que los donativos que la piedad le proporcionaba. Buscaba sin descanso á los desvalidos, para hospedarlos y curar sus enfermedades con fraternal amor.

San Vicente de Paul fué adalid infatigable en el vastísimo campo de las obras de misericordia. El beato Amadeo, duque de Saboya, cifraba su mayor placer en distribuir cuantiosas limosnas con su propia mano, mezclando á las dadas frascos afectuosos.

San Luis, rey de Francia, repetía con frecuencia al llevar á cabo multiplicadas obras de caridad aquellas palabras del Evangelio que Jesucristo en el día del juicio nos dirá refiriéndose á los pobres: *lo que á uno de estos hicisteis, á mí lo hicisteis*. Pues los pobres con humildad y paciencia ganan el cielo, y los ricos favoreciéndolos y tratándolos como á miembros de Jesucristo.

El ilustre hijo de Extremadura San Pedro Alcántara, descendiente de nobilísimo linaje, á la vez que poseedor de cuantiosas riquezas, renunció á la fastuosa existencia que ambos dones reunidos proporcionan, en favor de sus dolientes prójimos.

Cuando se trata de la noble emulación de la caridad jamás desmerece la mujer en fortaleza de ánimo para luchar con energía y llevar á feliz término las más árduas empresas. Han existido algunas que, verdaderas lumbreras de tal virtud, destacaron sus puros destellos sobre los demás, á semejanza del sol sus rayos sobre la tierra.

La emperatriz *Serena*, esposa del cruel Diocleciano, vendía sus joyas para aliviar con su producto la triste suerte de los cautivos cristianos, que la inhumanidad de su marido arrojaba en lóbregas mazmorras.

Santa Natalia, esclarecida matrona romana, fué la primera de su sexo que se cortó su hermoso cabello para vestir el traje masculino con el plausible objeto de penetrar en prisiones casi inaccesibles y socorrer á las víctimas que yacían sepultadas en vida entre sus insalubres paredes.

La régia mártir Santa Bárbara y la tierna doncella Santa Casilda, desafiando las iras de sus feroces padres, descendían también á los hediondos subterráneos de sus respectivos palacios, llevando abundantes provisiones para saciar el hambre de los infelices que allí gemían, y preservar del frío sus ateridos miembros.

Nuestra tarea sería interminable si hubiéramos de enumerar la brillante pléyade femenina que en todos tiempos será legítimo orgullo y digno ejemplo que imitar. La índole de esta leyenda no nos permite extendernos más en este punto, y para terminar esta parte, evocaremos el recuerdo de la egregia princesa doña Blanca de Castilla, hija de Alfonso VIII, y de la católica Isabel I, dechados perfectos de caridad.

¡Ay del alma despiadada que rechaza sus naturales instintos, faltando á los santos preceptos de tan necesaria virtud!

A propósito del merecido castigo que sufren los infractores de esta ley divina, recordaremos un hecho histórico.

El año de 1517, una horrorosa inundación invadió la ciudad y provincia de Valencia, sembrando la desolación y el luto por todas partes: para colmo de desastres se declaró una mortífera peste; y los opulentos hacendados, los nobles aristócratas, todos cuantos pudieron huir del territorio infestado y hasta las personas que tenían altos y sagrados deberes que cumplir cerca de sus semejantes, amenazados de muerte, abandonaron cobardemente sus puestos, empujando con indeleble mancha los blasones de su escudo, faltando á todas leyes de la hidalguía, y lo que es aún más, á todas las prácticas de la caridad.

El pueblo, tan sufrido y paciente en su estado normal, como terrible cuando se considera con derecho á tomar sangrientas represalias, adoptó crueles venganzas sobre quien tan inhumanamente le tratara; y sin miramiento de ningún género mató, incendió y devastó cuanto se presentaba á su paso, para saciar la sed de rencor que le abrasaba.

Estos calamitosos acontecimientos dieron origen á la guerra de los pecheros contra los nobles, que se conocen en la historia con el nombre de *Germanías ó Hermandades* de Valencia.

Consolador contraste forma la censurable conducta de entonces, con el vivísimo interés que en el presente siglo inspiran las catástrofes lamentables que, por desgracia, se repiten con demasiada frecuencia en el trascurso de la vida; y en que la compasión hacia sus víctimas vibra como un solo eco en todos los corazones.

Cuando en el año de 1879 la misma provincia, y las de Murcia, Alicante y Almería, experimentaron la devastadora inundación, cuyo doloroso recuerdo no se borrará jamás de la memoria de sus habitantes, todas las clases sociales, sin distinción, rivalizaron á porfía para hacer lo menos aflictiva posible la precaria situación de aquellos desgraciados; sin duda como justa reparación para indemnizarlos de las ofensas inferidas en análogas circunstancias á sus antepasados.

Verdad es, que la caridad, don de inestimable valor, perla desprendida de celestial diadema, no reconoce fronteras; es cosmopolita: su patria es el mundo, su familia los desdichados; ninguno puede monopolizarla en determinado provecho; se debe á todos por igual.

Recientes y sensibles sucesos han puesto de manifiesto una vez más la solidificación de los principios caritativos que germinan con firme arraigo en el magnánimo pueblo español.

¿Sin ella, y sin sus dignos representantes, qué hubiera sido de las infortunadas familias que en suelo extranjero, é inhospitalario, han presenciado y sido víctimas de escenas de horror indescriptibles?

Merced á los activos emisarios de la caridad (entre los cuales la prensa ocupa lugar preferente) han podido volver al seno de la madre patria, y satisfacer sus más perentorias necesidades nuestros afligidos hermanos que, seducidos por engañosas promesas, en mal hora la abandonaron para regar con el sudor de su rostro al colonizarlos, primero, los

ardientes campos de Argelia, y más tarde con la sangre de sus venas.

También sin el auxilio del progreso, que impulsa en sus adelantos á la ciencia, algunas de cuyas personificaciones son la electricidad y el vapor, que permiten al hombre comunicarse mutuamente y con la velocidad del rayo su pensamiento, y viajar por tan rápidos medios de locomoción que en breve tiempo acude allí donde sus afectos le ordenan, hubiera sido impotente el poder de una decidida voluntad, para salvar el insuperable obstáculo de la distancia. ¡Y los desdichados que no perecieron bajo los golpes de las armas africanas, veían con terror aproximarseles, para estrecharlos entre sus descarnadas manos de espectro, la fatídica figura del hambre!

Mucho han hecho por ellos los infatigables obreros que trabajan protegidos por el bello ángel de la caridad; mas nunca será demasiado cuanto se haga en obsequio de desventura tanta. ¡Ah, si pudiéramos devolver sus padres á los huérfanos, sus hijos á las madres sin consuelo!

Pero solo á un Dios le sería concedido resucitar los cadáveres, y retirar los desastres del destino cuando la imprevisión no acertó con anterioridad á hacerlos menos funestos.

Bendita mil veces la caridad, con su sereno y hermoso semblante, que difunde el consuelo por doquiera.

Los pueblos paganos la enaltecían como una de las más predilectas de sus virtudes, semejante á la fragancia dada al viento por los lirios de sus valles; y un día en que la redención del mundo se destiló como sabrosa miel de los puros labios del hijo sin mancha de María, profiriendo las palabras de «amós los unos á los otros,» la virtud que germinó en los pueblos nómadas y en las razas bárbaras, quedó santificada como la más noble de todas las palpitaciones del corazón.

Estela que alumbraba por todas partes, hasta penetrar en las conciencias al parecer más tenebrosas para las grandes acciones, pone de manifiesto una verdad en el órden filosófico, de gran precio para los legisladores de todos los países.

Si la caridad es una virtud sublimada hasta el idilio de las más perfectas, anidándose en el corazón de todo ser racional, ¿por qué la instrucción elemental de las clases pobres no se ha de difundir de manera que en un tiempo no muy lejano se eviten crímenes de esas clases desheredadas y que, sin embargo, responden con la elocuencia de las lágrimas y con el óbolo de su miseria, á vestir á los huérfanos y á dar de comer á otros hambrientos poco más que ellas?

Caridad inmensa, sin límites ni horizonte conocido, sería en verdad el mejoramiento intelectual de las clases modestas de nuestro épico pueblo español; ¿y qué alimento mejor sazonado que el de difundir en los sencillos y humanitarios corazones del pueblo la semilla que había de convertirse en florecientes y productores tallos?

La virtud entonces sería hija de una conciencia infiltrada en deberes conocidos, y España, la noble, la heroica, la caballeresca y la magnánima, nada tendría que envidiar en las ciencias, en las artes y oficios á los pueblos que avanzan un paso de gigante cada día en ese camino de prosperidad y bienestar universal de sus hijos.

Cuando con lágrimas en los ojos y palpitaciones de orgullo en el corazón entre sensaciones de asombro, hemos leído esos repetidos rasgos de desprendimiento de los hijos del pueblo, nuestra alma conmovida comprendía, como nunca, la necesidad de llevar á esas clases al conocimiento de la revelación, envuelta por la misma grandeza de sus actos, y esa revelación no fructifica sino arrojando en corazones tan bien dispuestos, la simiente que los enaltecerá á sus propios ojos.

Cierto es que no son estériles las lecciones del tiempo; y en la actualidad la caridad, como la educación, acrecen admirablemente prometiendo un desarrollo uniforme con relación á todas las clases sociales.

Lo que dudamos es si se han sentado todas ellas á la mesa del festín de la civilización; y porque hoy más que en otras ocasiones comprendemos todos los beneficios de la vida universal, expresamos aquí un deseo general, rico manantial del que brotarán purísimas aguas.

No está fuera de lugar esta nuestra idea, que siendo general en la conciencia de las personas estudiosas, no podemos reclamar como propia. Robustas influencias intelectuales la patrocinan; ¿y quién sabe? La lira de la civilización trasmite de uno á otro polo los adelantos diarios de las ciencias liberales, y en nuestro pueblo, sus clases más atrasadas, no pretenderán continuar estacionadas en el flujo incesante de la humanidad.

Solamente entregándose á este impulso, admiración de los tiempos, se desgaja la rutina con su compañera la mendicidad; y se contrarrestan en parte sus efectos desastrosos.

La naturaleza puede ser una conspiración contra el hombre si éste desconoce los medios elementales de burlarla cuando truena, incendia y mata; pero sin declinación de su existencia ni de sus efectos el hombre tiene medios en el estudio, ó al menos debe utilizarlos, para anteponer á las contingencias de la naturaleza, una salvaguardia que las haga menos lamentables.

Porque la caridad, apareciendo en la aurora de la humanidad, descendiendo á los antros del circo romano, armonizándose sublime en las mujeres del Evangelio que acompañaban á Jesús, que iba á morir, en el hasta entonces infamante madero que fué desde aquél día símbolo de la redención del mundo, presentándose arrebatadora con las asociaciones benéficas que cruzan los cruentos campos de batalla, sin temor al flamígero acero, ni á la escarlata señalada en el espacio por el disparo de los cañones (que tiene sus héroes y sus mártires), no desvanecen ciertos problemas sociales, aún cuando desenvuelve, cada día más, infinitos tesoros con la majestad de sus grandiosas demostraciones.

La caridad con el blanco paño de Berenice en la mano enjuga el sudor del que sufre, recogiendo las lágrimas del que llora.

Todos nos debemos á tan excelsa virtud: así cada uno, en la medida proporcional de nuestros fuerzas, cooperemos al sostenimiento del magnífico edificio elevado por ella; si no

es posible con ricas ofrendas, con el más humilde óbolo, pues todo lo acepta con gratitud.

ENRIQUETA VAREA DE ALBARRAN.

LAS CIENCIAS POSITIVAS

EN CALDERON DE LA BARCA.

IV

(Conclusion.)

Los poetas, desde las primeras edades hasta la época misma del más grande de nuestros dramáticos, acudieron á la naturaleza, manantial inagotable de inspiración y poesía para saciar la sed de bellezas que devolvían á sus contemporáneos, realizadas con los primores de su ingenio. Y es verdad indudable que cuanto más profundizaron sus misterios, y cuanto más provistos fueron de la luz que la ciencia proporciona, mayores encantos hallaron, y la armonía de sus rimas y los matices incomparables de su imaginación se destacan sobre fondo clarísimo, dando vida esplendorosa á los cuadros que trazaron.

Curioso estudio sería el que tuviera por objeto comparar á aquellos hombres que con iguales condiciones de talento hicieran versos; uno de ellos sin ilustración científica, y el otro con gran cosecha de conocimientos. Si el príncipe de nuestros ingenios después de Cervantes, (*padre de los donaires y de las gracias*), Quevedo, lejos de tomar como asunto de mofa las ciencias, ya que cultivó con fruto la filosofía, madre de todas ellas, las hubiera seguido cariñosamente, es indudable que aún mayor deleite producirían las lecturas de sus obras, y ocuparían más elevado peldaño, no solo en el templo de Minerva, sino también en el de Apolo. Si las ciencias se protegen unas á otras como hermanas, todas ellas acarician á las artes, muy especialmente á la literatura, con cuyas joyas se engalanan. Por eso, al compás que progresa el humano saber, tiene más ancho campo la poesía, que ya no ha de limitarse á cantar las formas externas y como la superficie de los fenómenos naturales, sino que puede penetrar en lo íntimo de su ser; como el joven enamorado que no satisfecho de las miradas ni de las bellezas del rostro de su amada, llegara hasta el sagrado de sus sentimientos, descubriendo allí con satisfacción incomparable todas las virtudes que viven escondidas como flores delicadas que se guarecen de los vendavales.

Si Calderon, en lugar de nacer en aquel siglo en que aún no se veía á la ciencia sino desfigurada á través de tupidos velos, hubiera abierto los ojos á la luz que por todas partes derrama el siglo XIX, ciertamente que no hubiera tenido que recoger en sus versos absurdas teorías, ni hubiera cometido descuidos que provocaran á Moratin á escribir acerada censura, en nuestra opinión injusta de todo punto, cuando dice: «olvidar la naturaleza, y en vez de retratarla desfigurarla, es muy frecuente en Calderon.»

Por fortuna es tan exagerada esta crítica, que el mismo Moratin no cita más ejemplos que la primera escena de *La Vida es Sueño*, y da menos valor á su aserto el lenguaje duro en que se expresa, más propio de enojo inmotivado que de crítica serena.

Si de ciencias de otra índole tratáramos, no cabría disculpa para quien sin razón altera la historia en muchos casos y trastorna la geografía.

Pero desde el punto de vista de la Ciencia Física, en su más lata acepción, aventaja á los cultivadores de las letras contemporáneas, porque si no consagró á su estudio gran parte de la vida, es lo cierto que, según la frase de su biógrafo Vera Tasis, «á muy pocos años de estudiar en la Universidad de Salamanca, se hizo señor de las más reconditas especulaciones matemáticas y profundidades filosóficas, con noticia grande de la geografía, cronología y disciplinas análogas;» de tal suerte que «le juzgaban profeso en todas las ciencias,» lo que no pudiera decirse de Lope de Vega, calificado por Perez de Montalban de Orfeo de las ciencias, puesto que sus estudios se limitaron á los cuatro años de filosofía, que cursó en Alcalá; reducido cuadro del conocimiento, de que no pasaron el mejicano Alarcon; el madrileño de escasos estudios, D. Agustín Moreto; el célebre cantor de las soledades, Góngora, y otros tantos ingenios que conocieron la vida del incomparable autor de los más bellos autos sacramentales.

Precisamente de que Calderon de la Barca tratase en sus obras todas las ideas que de los fenómenos naturales tuvieran en aquella época los doctos y los que nada de tales tenían, se desprende la buena elección y oportunidad del tema propuesto. Y preciso ha sido, para sacar mayor provecho en la exposición de los conceptos que en sus obras se encierran, hacer ligero recuerdo del movimiento científico de aquella época, ya de las olas que avanzan á nuevas playas, ya de la perfinaz resaca que tiende á retroceder, perdiendo el camino recorrido.

Si para buscar la expresión del estado que en el siglo XVII alcanzaban los conocimientos científicos entre los cultivadores de las letras, se nos hubiere designado otro literato menos entendido que Calderon, seguramente hubiera resultado de aquella generación idea más triste y deplorable aun; pero en las obras de nuestro poeta se mani-

fiesta lo suficiente para ver cómo prestaba el público literario atención á las nuevas enseñanzas, aunque unas veces más pronto que otras.

En su poderoso pensamiento levantó altar Calderon á las ciencias, que parecen ser la dama de sus amores, como lo demuestran los versos apuntados; sin que dejara un solo momento de su preciosa vida de rendirle culto, ni siquiera durante el breve tiempo que estuvo con la espada defendiendo el honor de la patria;

que muchas veces se dieron
las manos letras y armas, (1)

y aunque no ha sido solamente él quien realizara tan noble alianza,

porque el gran Luis de Camoens,
escribiendo lo que obró,
con pluma y espada muestra,
ya el ingenio y ya el valor, (2)

nadie como nuestro vate señalaba el poderío del saber para dar vigor y encanto á la poesía.

En tal sentido, ninguno le aventajó en amor y en entusiasmo, pues el mismo Miguel de Cervantes sentía menos atractivos por las tareas especulativas, cuando, sin duda, recordando el heroísmo de Lepanto y los sufrimientos de Argel, concede á las armas superioridad sobre las letras.

No serán necesarios para que se realicen todos los vaticinios de los grandes hombres de la humanidad, que se rompan las leyes del universo, porque la ciencia puede hacer que la palabra cruce con rapidez vertiginosa guiada por el rayo, espacios inmensos, como anuncia Lope, y trasladará al hombre con pasmosa prontitud á lejanas tierras, y hasta dar vuelta al rededor de todo el globo arrastrado por

aquel rugiente leon
que ha de circundar al mundo, (3)

como predice Calderon: y para dar vida y movimiento á la inerte materia, no será necesario remontarse, como Prometeo, hasta el sol, para robarle un rayo, porque sabrá el hombre encontrar en las profundidades de la tierra condensaciones de esos rayos que presten su concurso sin arte diabólica.

Si recoge en sus oídos Calderon las enseñanzas que brotan de los lábios de Galileo y de Newton, sabe consignar que el globo gira debajo de sus plantas y que los astros todos se mueven en la inmensidad del espacio con arreglo á leyes que el hombre, aplicando la matemática á su estudio, sabrá medir, y cuando el clamoreo de las gentes que le rodean no deja que á él lleguen voces tan armoniosas, escribe que la bóveda de los cielos puede romperse en mil pedazos sobre nuestras cabezas, quebrados los ejes que la soportan y perdiendo su fija situación los lumineros en ella colocados como brillantes clavos.

Advierte al ignorante, que el cielo azul que divisa ni es cielo, ni es azul; pero espera que la noche huya cuando el astro del día que ocultó sus fulgores entre rojizas tintas por el Océano, se levante al despertar del alba sobre el lecho de nieve de las altas montañas.

Es verdad que aún en nuestros días se habla de análoga manera del curso del sol; pero nadie, en cambio, se atrevería á consignar con tanta insistencia el influjo de los astros en la vida humana. Inútil será que esforzado caballero exponga el pecho valeroso en honor de su dama, que no dejarán señal en el corazón diamantino de su adorada tales pruebas de amor, si su estrella cruel le tiene condenado á eterno desprecio. Estando escritos con caracteres indelebles en los cielos todos los sucesos por venir, el libre albedrío es una quimera, y la virtud, ó el vicio, resultado preciso de movimientos fatales, siendo el hombre arrastrado como la piedra que de las crestas de las montañas desciende veloz hasta la profundidad de los valles.

A errores tales, que toda sana filosofía condena, conducían opiniones que daban aún vida á aquellos aventureros, que sabían anunciar las dichas ó las desgracias; desde el que se revestía con apariencias de sabio, hasta la quiromántica envejecida, que no pudiendo levantar la vista á los cielos, leía en las arrugas de las manos historias futuras.

En varias de las comedias citadas se encuentra motivo bastante para juzgar cuán arraigadas estaban aún la fe en la astrología en todas sus variedades; y las escenas de *El Astrólogo Fingido* en que Calderon se mofa de todas ellas, presentan personajes, ni tontos ni ridículos, que elogian con sinceridad completa á los que dedicaban su vida y su trabajo á estudios diabólicos, ya para saber sucesos ignorados de los demás ya para encontrar precioso metal en los crisoles aún hirvientes de los alquimistas.

Para el desarrollo de sus dramas, aprovecha Calderon con lamentable frecuencia de la credulidad del público en cosas sobrenaturales, no solamente con el visible engaño fraguado por la *Dama Duende*, ó el *Astrólogo Fingido*, sino cuando hace trasladar las cosas en un momento á distintas regiones del globo, y hace hablar á las estatuas y que se presenten á la vista acontecimientos pasados ó que ocurren en sitios remotos, ya movi-

dos estos resortes por vulgar nigromante ó por el poderoso Satán, que hasta de las ciencias se sirve con tales fines, como en *El Mágico prodigioso*.

No atendió en poco ni en mucho á las conjeturas disparatadas de algunos escritores que le precedieron, para explicar la formación del mundo, remontándose su mente poderosa á la escena sublime en que un Dios infinito formara el universo de la nada, ó sorprendiéndole en una evolución en aquellas primeras edades en que todos los planetas fueron desprendiéndose del sol para bogar despues con rumbo señalado; idea admirable que sólo por el cerebro de un génio pudo cruzar en el siglo XVII.

También parece que cuando habla de la lucha entre las fuerzas todas de la naturaleza, de cuyo contraste resulta el fenómeno, y cuando observa el cambio de unas manifestaciones en otras, predice la moderna teoría de las fuerzas físicas que ha venido á dar fase grandiosa á todas las ciencias, brillantez admirable á toda la materia, en donde la variedad de formas del movimiento, uno, constituye belleza que el sabio admira y que el poeta pudiera ensalzar con armoniosos versos.

No le extraña, pues, la diversidad de resultados de una misma fuerza, y si se le hubiese preguntado como,

¿de una misma causa
nacen contrarios efectos;
tanto, como que animoso
y cobarde á un mismo tiempo
me aliente con lo que escucho
y tiemble con lo que veo?

contestaría que nadie se engañaría

al cifrar en un sugeto
la quietud y la tormenta
la tristeza y el contento
la cura y la enfermedad,
la triaca y el veneno (1):

explicándose de tal suerte que la misma nube pudiera engendrar el rayo y el granizo á la manera que el sol cambia su luz en diversos matices para desplegar en obsequio á la naturaleza todo el esplendor de sus galas, y de un modo comparable al que diviso grandioso paisaje halla

causa en la naturaleza
para aumentar la armonía,
al alegre la alegría,
como al triste la tristeza. (2)

Pero si repuestos del asombro que de nosotros se apodera al ver que un literato columbre hace más de dos centurias tantas maravillas y conciba que el rayo pueda gravar la figura de próximo objeto y hasta que imagine, al parecer, que de un solo ejemplar imagen de soberana belleza pueda el arte sacar multitud de copias, penetramos en el tejido de sus dramas y observamos cómo explica los fenómenos naturales, echaremos de ver que en el pausado movimiento de aquellos siglos las conquististas que hacían las ciencias llegaban hasta los literatos con mucha menos prisa que en nuestros días.

Más aficionados á los estudios especulativos, discurrían ajustándose á las reglas de la escolástica, cuando por fortuna no se dejaban arrastrar por la corriente impetuosa de las ilusiones imaginativas del vulgo.

Así se explica que todas las teorías de la física giren en las obras de Calderon en derredor de la doctrina de los cuatro elementos irreductibles que la antigua filosofía aceptaba para la composición de los cuerpos; á saber, tierra, agua, aire y fuego.

La tierra era el fundamento de la solidez, el agua comunicaba sus propiedades á los líquidos, el aire constituía el único gas conocido, y el fuego representaba todo lo que despues se ha llamado fluido imponderable. La mezcla en diferentes proporciones de estos elementos, juntos con la vária combinación de accidentes, que se consideraban como cosa mudable y externa en cada sustancia, daban lugar á todos los cuerpos de la naturaleza lo cual era fácil de asegurar, cuando no se exigía precisa determinación en el significado de las palabras y se daba como resuelta una cuestion satisfactoriamente con frases artísticamente entrelazadas. En todo lo ligero había aire, fuego en lo cáustico, tierra en lo duro y agua en lo pastoso.

La idea de Sucrecio de considerar el globo como sér vivo de colosales dimensiones, y á la cual ha dado vida nueva un sabio moderno, se abre paso con harta frecuencia; y si no descienden á considerar á los ríos como las arterias que conducen el líquido que ha de nutrirlo y los movimientos de los mares como los latidos de corazón inmenso, acuden á buscar el foco de donde procede, y se renueva la vida (que tal es á sus ojos la energía mecánica del universo), en los torrentes de luz que el sol derrama, ó descienden á buscar el fuego central que rompe la corteza del planeta para dar salida á sus ocultas corrientes por los cráteres de los volcanes, como si fuese representación de la elevada temperatura de los animales superiores.

Fortuna grande sería, si, como encontramos bellísimas descripciones de todos los acontecimientos que se realizan en el gran laboratorio de

la naturaleza, divisáramos en Calderon mayor conocimiento de su desarrollo, como resultado de la sed insaciable de saber que á cada paso muestra; no como producto de la observación sola de los sentidos que engañan, como él dice, sino de la experiencia, guiada por las enseñanzas de los grandes maestros, cuando habían ya señalado á la ciencia nuevos derroteros que llevasen al entusiasta caminante á presenciar las futuras victorias de los siglos de la enciclopedia y del vapor.

De esta manera cuando escribiera,

pues hoy, á vista de tierra,
estando sereno el cielo,
manso el aire, el agua quieta,
vió en un punto, en un instante
sus presunciones deshechas;
pues en sus cóncavos senos
brama el viento, el mar se queja,
montes sobre montes fueron
las ondas, cuya eminencia
moja al sol, porque pretende
apagar las luces bellas.
El fanal junto á los cielos
pareció errado cometa,
ó exhalación abortada,
ó desencajada estrella.
Otra vez en lo profundo
del mar tocó las arenas,
donde desatado en partes,
fueron las ondas funestas,
monumentos de alabastro
entre corales y perlas (1),

describiendo así una deshecha borrasca con imágenes propias de la escuela de Góngora, habría dado mayor realce á su obra dando al público exacta idea de los meteoros que en la tempestad aparecen, y aun cuando ya hemos dicho que la escena no puede ser aula en que se enseñen ciencias físicas, es indudable que al aportar á ella los conocimientos de la época se la retrata más fielmente, que es uno de los principales fines del teatro.

Esta circunstancia notabilísima nos ha permitido labrar rica corona con las perlas innumerables de la musa calderoniana, aunque con el toco engarce propio de nuestras manos inhábiles.

Cuando la luz se refleja en las verdes hojas de los árboles, cuando se quiebra el rayo al atravesar la superficie tranquila de las aguas, cuando colora los objetos que toca con sus resplandores ó dibuja imágenes en limpio horizonte, y hasta cuando lleva su calor en invisibles rayos; ya indagando las causas y los efectos de la electricidad en sus manifestaciones, ó del calor que consume la vida unas veces y la engendra otras: ora estudiando el magnetismo, cuyo misterioso desarrollo tanto contribuyó á fomentar la antigua magia, ora al sonido, á la gravedad y á todas las fuerzas que en la tierra actúan, se ve fluctuar indeciso al poeta que apega do por la reflexión y el hábito á las antiguas enseñanzas, de suyo inmóviles, sacude con violento impulso la imaginación inquieta é impetuosa al eco de las nuevas doctrinas que escucha tal vez sin saber cómo ni en dónde, y se alza erguido y potente como el generoso córcel que escucha de improviso los agudos acentos del clarín de guerra.

No parece sino que colocado como águila poderosa sobre las elevadas regiones de la atmósfera, nada se escapa á su vista. Así ve

bajar un arroyo manso,
siendo apasible descaenso
el valle de su corriente;
y cuando le juzgan falto
de fuerzas las flores bellas
pasa por encima dellas
rompiendo por lo más alto: (2)

ó divisa las moles de nieve que caen de las alturas, y las explosiones en las minas de oprimida pólvora, como siente el rayo que se cruza entre la nube y la tierra, y oye el estampido del trueno que los aires llevan á las cóncavas grutas de los montes para volver en alas del eco á recorrer los campos.

Cuando de todo esto habla, prueba que no iba del todo rezagado en el movimiento intelectual de su tiempo, aunque se deje ver como muy dado á las sutilezas filosóficas en las que tan versado era; pues no de otra manera se hubiera podido lanzar á tratar sin peligro alguno las altísimas cuestiones que desenvuelve en sus autos sacramentales, más apropósito tal vez para ser representados en academias de filosofía, ante los discípulos de los seminarios, que ante el público de las calles que no podría apreciar la riqueza de las joyas de ingenio de que profusamente están cuajados, y que aplaudiría, no los razonamientos ni á la inspiración del autor, sino el colorido de lujoso traje ó la decoración fantástica y deslumbradora.

Más sencillo y claro se muestra al gozarse en el encadenamiento y sujeción del mar que la playa detiene ó registrar las capas que forman la corteza del globo, ó dar en su superficie con el diamante que deslumbra ó las cristalizaciones hermosas de multitud de minerales; fenómenos que describe con suficiente conocimiento, y que adorna en sus cantos con el recuerdo del Tajo, que besa con sus ondas arenas de oro, ó con el de manso arroyo que se oculta para nacer despues

(1) *El Mágico prodigioso*. Jornada I, Escena V.
(2) *A secreto agravio secreta venganza*. Jornada I, Escena III.
(3) *¿Quién hallará mujer fuerte?* Auto.

(1) *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, Jornada II, Escena II.
(2) *El mayor monstruo los celos*,—Jornada III, Escena XI.

(1) *El purgatorio de San Patricio*. Jornada I, Escena II.
(2) *La Devoción de la Cruz*, Jornada I, Escena V.

entre rocas escuetas, cubriendo de sólida costra cuanto su linfa baña.

¿Y qué extraño será que el que da vida con la inspiración de las musas á la naturaleza inanimada, detenga sus pasos cuando se encuentre con la vida real, y recogiendo luces de la filosofía y de las ciencias positivas analice el modo de nacer, desarrollarse y vivir, de todos los seres, desde la humilde planta que cubre de verdores la enhiesta roca hasta el hombre, que goza de la máquina más perfecta y complicada que en el mundo existe?

Confieso ingenuamente que al repasar una tras otra las obras del sacerdote madrileño experimentaba singular deleite, encontrando á cada paso ideas diversas de la vida, como en variado panorama.

¿Con qué delicadeza de pensamientos, con qué exactitud de expresión señala las leyes invariables á que está sujeto todo lo que nace! ¿Con qué perspicacia establece la correlación entre los reinos orgánicos, colocando al hombre á su cabeza, al modo como se hace en las clasificaciones modernas!

Determina que el origen de cada ser está en sus progenitores; pero formándose con los elementos que presta la naturaleza á la cual han de volver sus restos para servir á nuevas vidas; la savia que da frescura á los pétalos de flor delicada correrá mañana por las venas del hombre, y la cal que da consistencia al esqueleto, se hallará mañana también dando resistencia al árbol robusto que sobre la cima de los montes se levanta. Difícil es averiguar hasta qué punto comprendía esta rotación admirable de los elementos que forman los tejidos; pero es lo cierto que las estrechas relaciones que él encontraba en la escala orgánica tenían un carácter tan avanzado que podrían alarmar, no sólo á los filósofos de su tiempo, sino á muchos que aun mantienen lides contra opiniones que consideran peligrosas.

En tal género de ideas parece deslizarse cierta vislumbre de transformismo tan sin hilación y exagerado que le conduce á buscar entre las fieras los padres de algunos personajes, ó á conceder á determinados árboles discurso como el P. Fuenteapeña; pero bien pronto pone límite á su sospecha acudiendo á las abstracciones de la metafísica, para considerar al hombre distinto esencialmente de todos los seres, por el espíritu racional que lo informa.

Guiado por la luz de la psicología, establece la diferencia entre la voluntad que manda y el órgano que ejecuta, y aleccionado por los fisiólogos que le precedieron dá claras muestras de conocer el admirable funcionamiento del organismo humano, aventajando en mucho á la opinión común de sus contemporáneos al aprovechar la noción que ya se tenía de la circulación de la sangre y del calor animal. Analizador profundo de las pasiones y de los sentimientos del hombre, por do quiera estienda su vista encuentra semejanzas que aprovechar con su ingenio poderoso, porque si en los mares y en la tierra se levantan borrascas, aún son más terribles las que se agitan en el espíritu, y el cielo de azul purísimo semeja el alma de la cándida doncella aún no manchada por el negro vicio; y la primavera que se encubre de flores retrata la primera edad como el invierno aterido la edad cansada, y el árbol que apenas florece cuando mueren sus vistosas corolas, son las ilusiones que se deshacen como el humo, y la flor de la maravilla es fugaz como la vida humana, y el girasol que sigue con sus miradas al astro del día es la más bella imagen de amores acendrados.

Saca lecciones provechosas de las plantas para el desenvolvimiento de la vida humana; pues es preciso en las sociedades dejar que crezcan los elementos de progreso como el sencillo labrador cuida el verde retoño, y apartar los miembros carcomidos por el crimen como se cortan los tallos secos, para tener seguridad que la protección del amigo que se muestra cariñoso puede servirnos de sosten, como sólido apoyo á débil rama y no de mayor ruina, como la planta que jescala el robusto tronco para sofocarle entre sus redes.

Mas si seguimos como hasta aquí el estudio, pronto quedará comprobada nuestra opinión, de que parecen descubrirse dos corrientes distintas en todas las doctrinas que Calderon sustenta como fases diversas que presentara un mismo astro; de análoga manera que en ocasiones es claro y sencillo y en otras tan confuso y paradójico que hace decir á Cupido:

que aunque me veis en tan tierna
edad, fiero, piedra y rayo
soy tan desde mi primera
cuna, que nunca mayor
he de ser por más que crezca (1).

Nada hace creer que tuviese fundamentales principios de las leyes de evolución y de las costumbres de los animales, confundiendo aquellos que tenían existencia real con los fabulosos, así como llama vegetales á ciertos políperos y atribuye cualidades que jamás tuvieron á los que se hallan en las clasificaciones zoológicas. La garza que hu-ye, ha de conocer cuál sea entre las aves que la persiguen su asesino entregándose á él por el temor que de ella se apodera; mientras saca los ojos al dueño que le cria y que le halaga al pájaro cruel, sin aprender del cuadrúpedo benévolo que

enturbia el agua envenenada para que el hombre no beba de ella. En tan confusa aglomeración, junta el fénix que nace entre sus propias cenizas, teje su sepulcro laborioso gusano, y al lado del pelicano que desgarró su pecho por alimentar los hijos, se arrastra el áspid venenoso; busca el poeta el insecto zumbador en la verde floresta en que agita las alas y entre la carne corrompida en que sus carnes se nutren.

Por otra parte, lástima causa que el superior talento de Calderon aceptara fantasmagóricas teorías para explicar el parecido de los hijos con los padres que los enjendraron, influyendo de tan extraño modo la imaginación, que de un matrimonio etiópico naciera blanco infante, sin que sirviera tal hecho de menoscabo al honor de la cónyuge, y aceptando otra infinidad de vulgares preocupaciones que debió rechazar en absoluto desde las alturas en que su saber é inteligencia le habían colocado.

Aparece de nuevo el contraste que en las leyes de la naturaleza conoce, cuando dice que sustancias diferentes producen el mismo resultado, y que el veneno que mata puede dar vida, como la ponzoña que destruye la delicada piel del hombre puede regenerarla; y al detenerse en tales sutilezas explica las teorías médicas de su tiempo, y aun predice las del porvenir. En todos los animales y vegetales, con indudable equivocación, cree encontrar medicina provechosa, y utiliza frecuentemente los narcóticos, dando preferencia al ópio, con el cual hace descender el sueño sobre las cansadas sienas de Segismundo, para expresar una idea de la vida que han de admirar las generaciones á través de los siglos.

Avido de acompañar á la deleitosa envoltura de sus dramas la enseñanza que ilustra, aprovecha frecuentemente los sabrosos frutos del árbol frondoso del saber.

Fortuna grande sería que siguieran su ejemplo los que reciben inspiración de las hijas de Apolo, pues sus obras recibirían, sin duda, vida más esplendente y duradera. Cuanto con mágico pincel retrata el artista, cuanto expresan las armoniosas notas de acordado instrumento, los asombrosos fenómenos de la naturaleza, las maravillas de la actividad humana todo lo que los sentidos traen á la imaginación, hiriendo blandamente las más delicadas cuerdas del sentimiento, antes de brotar en cadenciosos versos debiera fundirse en la inteligencia; allí, donde aportaron las ciencias con solitud incansable, noticias sin número de los más recónditos misterios; allí, donde las letras encontrarán ideas que cubrir con sus primorosas vestiduras; allí, en fin, donde la razón en su trono derrama luz sobre todas las potencias del hombre, más prodigamente que el sol sobre los astros que le circundan.

JOSÉ GRINDA.

BERNARDO DE PALISSY.

I

Bernardo de Palissy es uno de esos seres cuya vida se saca á colación siempre que se quiere encarecer lo que pueden la constancia y la fuerza de voluntad y la gran parte que ambas cualidades tienen en las obras de los hombres. Lamartine le ha hecho objeto de una de sus más bellas monografías; D'Aubigné, que le conoció personalmente, ha contado con grandes detalles la historia de sus trabajos. Los sabios admiran su precioso descubrimiento y la revolución que causó en la cerámica; los psicólogos le presentan como ejemplo vivo en que apoyar sus teorías, pues si en el ser humano, dicen, no hubiera más que materia, ¿de dónde sacó Bernardo de Palissy esa perseverancia que fué en él su mayor fuerza, que reveló desde sus primeros años y le acompañó hasta el fin de su vida?

Nació Palissy en el año 1500, según unos, y en el 1510 según otros. En este dato andan divididas las opiniones; en lo que marchan iguales es en afirmar que procedía de una familia modesta, escasa de recursos y que no pudo darle una educación muy completa. Obligado por las necesidades de la vida á trabajar para comer, aprendió el oficio de pintor en vidrio, primero, y el de agrimensor después, en vista de que aquél no le producía lo bastante. Conocedor ya de su arte, hizo un viaje por Francia y Alemania, como lo hacían los obreros de su tiempo para perfeccionarse, y durante este viaje—según alguno de sus biógrafos—llegó á sus manos una porcelana de Lucca della Robia y se le ocurrió por primera vez la idea de imitarla. Pero comprendiendo que para esto necesitaba dinero, y desesperando de tenerlo por entonces, dejó para más adelante poner su obra en proyecto. Los documentos no abundan en esta parte de su vida, y solo se sabe de ella lo que él mismo ha dicho en sus *Memorias*.

A los veintiocho años aparece establecido en Saintes, casado y con muchos hijos á cuyo sustento atiende penosamente con lo que le produce su doble oficio de pintor en vidrios y agrimensor. Pasa muchos trabajos, y aunque la idea de hacer porcelana está siempre en su mente, la escasez de recursos con que cuenta le impiden pasar á realizarla.

Un hecho, insignificante en la apariencia, viene á darle los medios que le faltan. Ordenase un nue-

vo impuesto, y el condestable de Montmorency, encargado de cobrarlo en aquella región, queriendo establecerle sobre una base fija y verdadera, haciéndole equitativo, manda medir todas las tierras que el impuesto viene á gravar. Aumenta con esto el trabajo del oscuro agrimensor, y apenas se ve con algunos fondos ahorrados á fuerza de economía, dispone lo que cree necesario para hallar el secreto que persigue.

Y aquí empieza la fase más interesante de la vida de Palissy. Ignorante de las materias que entran en la composición del esmalte, obraba solo por conjeturas, en un principio, reuniendo los materiales que le parecían y en cantidades que por sí mismo calculaba, y llevando con ellos á un horno que se había hecho construir dentro de su misma casa el poco dinero que de su sueldo podía distraer. Todos estos primeros trabajos fueron nulos, y meses y aun años invirtió en ellos con una constancia á prueba de descalabros, sintiendo siempre sobre su frente sudorosa el hálito de la esperanza que le impelia á perseverar en su tarea. Y perseveró, en efecto; pero á costa de cuantos sacrificios! Sus vecinos se mofaban de él, señalándole con el dedo cuando pasaba por la calle, dominado constantemente por su idea; su mujer, llorando, le acusaba de agotar los escasos recursos de la casa y de echar á aquel horno maldito no troncos de árbol y vasijas rotas, sino pedazos del pan de sus hijos. Mientras él, absorto en sus experimentos, no veía nada, á nada atendía, la miseria asomaba su repugnante faz en aquel hogar desolado.

Pero esta oposición, que hubiera hecho retroceder á otro más débil que él, centuplicaba sus fuerzas y era como un estímulo para el pobre obrero que quería demostrar á sus vecinos, á su mujer, que no era un visionario corriendo tras un fantasma imposible. Y sordo á los insultos y á las quejas seguía adelante luchando sin tréguia, sin descanso, y gastando en la lucha que diariamente sostenía los últimos restos de sus pequeñas economías primero, y de su crédito después.

II

Llegó por fin un momento terrible; el momento de la crisis suprema. En largos años de experimentos que uno tras otro habían tenido mal éxito, Palissy lo había agotado todo. No tenía ya quien le fiase un solo escudo para comprar cacharros ni leña, y un día, uno de esos días en que se reconcentra toda una vida, encerróse en un nuevo horno que se había hecho construir para tentar por última vez la fortuna.

Por última vez... ¿Qué tristemente debían pronunciar esta palabra sus labios secos, agitados por la fiebre! Pero la lucha no era ya posible. Allí, á sus pies, un montón de vasijas y una gran provisión de leña esperaban el último experimento. Pálido, sin fuerzas, lo dispuso todo en el horno, prendió fuego y empezó nuevamente á trabajar. ¿Sería también inútil esta postrera tentativa?

No podía creerlo, pero temblaba, sin embargo. El mismo ha descrito en sus *Memorias* este momento espantoso. Pasó el día, llegó la noche, y el horno, indiferente á la impaciencia de su dueño, consumía la provisión de leña poco á poco, sin que el esmalte apareciese. Uno tras otro, seis días y seis noches transcurrieron sin que un momento se separase Palissy de su horno querido; todas las mañanas entraba su mujer, y dejando el escaso desayuno sobre un banco, se retiraba con los ojos encendidos sin decir una palabra al obrero, que tampoco se apercebía de su presencia. Debilitado por la falta de alimento y por el insomnio, á punto de rendirse ya sus fuerzas en aquella última prueba, que era á la vez la última esperanza, el pobre obrero veía que la leña se acababa... El horno iba á apagarse y no sabía ya cómo conservar su calor, aquel calor que era para él más que la vida. No tenía dinero ni crédito... Miró á su alrededor y se fijó en la empalizada de su huerto... un momento después las tablas secas de la empalizada ardían en el horno. Pero esto no era bastante. Más pedía el monstruo insaciable, y Palissy no tenía ya nada... sí, algo tenía, sus muebles, y con el hacha misma con que había arrancado la empalizada los destruyó, arrojando al horno sus pedazos. La temperatura subió; pero aún no era suficiente.

El pobre obrero, en un estado próximo á la locura, creyó percibir en el fondo del horno algo de lo que buscaba. Pero el fuego se apagaba, y era preciso avivarlo de nuevo. Otra vez sonó el hacha, y esta vez hizo astillas las tablas del entarimado. Su mujer y sus hijos salieron desfavoridos de la casa dando voces y diciendo á todo el mundo que Bernardo se había vuelto loco. El, en tanto, después de destrozar el entarimado y echarlo al fuego arrojó el hacha lejos de sí y se postó de rodillas, sin apartar la vista del horno... Durante algún tiempo brilló la llama poderosa, luego, lamiendo las paredes, amenguó y se apagó por fin desvaneciéndose en densas nubes de humo. Pero en sus últimos latidos el fuego había escrito la palabra querida, y allá, sobre las cenizas, los groseros cacharros de greda negruzca, transformados en hermosa porcelana blanca, parecían llamar á sí la mirada del inventor, que á su vista ocultó el rostro entre las manos y rodó desvanecido por el suelo. Tras diez y seis años de luchar en la sombra el cielo se había abierto dejándole ver, allá en las nubes, el rostro venerable de su Dios.

III

Pronto llamaron la atención del condestable de

(1) *La Fiera, el Rayo y la Piedra*, Jornada I.

Monmorency las bellas porcelanas que Bernardo fabricaba, y le hizo partir para la corte donde fué bien acogido por los reyes, que se declararon sus protectores, dándole habitación en las Tullerías. Pero el hombre que, según la bella expresión de Lamartine, había vencido á Dios con su fé y al arte con su constancia, iba á tener que luchar ahora con el fanatismo y á ser vencido por él. Palissy era hugonote, y fué preciso todo el prestigio del favor real para poder salvarle de la hoguera. Un día, sin embargo, sufrió una delación en virtud de la cual fué preso y conducido á Burdeos, donde, sin la intervención del condestable, hubiera sido quemado vivo.

Vuelto á París, donde le llamaban los muchos encargos que por la corte se le hacían, vivió algunos años más, tranquilo y sin que la intolerancia se atreviese á meterse con él; pero en 1584 sufrió una nueva delación y fué por ella encarcelado en La Bastilla.

Allí fué á verle el pobre rey Enrique III, que le quería mucho, pero que demasiado débil para imponerse á los intransigentes, no se atrevió á ponerle en libertad, sino á precio de una abjuración de sus creencias, que el noble artista rechazó indignado.

—Hace cuarenta años,—le dijo el monarca—que trabajais para mi madre y para toda mi familia; me intereso por vos, pero los Guisais y el pueblo pesan sobre mí, y á pesar mio *me veo obligado* á no hacer nada en vuestro provecho sino con esa condición.

—Señor,—le respondió Palissy,—no digais nunca que *os veis obligado* á nada; esa palabra es indigna de un rey. Hace un instante me afirmábais que me tenéis lástima... Lástima y grande os tengo yo al veros tan débil.—

A pesar de esto, la protección del rey evitó que Palissy fuese á la hoguera, pero no le libró de la Bastilla, donde cinco años después murió al cumplir los ochenta de su edad.

Tal fué la vida de este hombre admirable que, según uno de sus biógrafos, supo dar su juventud á su oficio, su hacienda á su arte y su ancianidad á su Dios. Tras lo que había sufrido en su vida solo le faltaba la aureola del martirio, y el fanatismo religioso tejó las últimas hojas de la corona que la admiración de los siglos depositó sobre su tumba.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

SECUESTRO

DE LOS SEÑORES DON JUAN BONELL Y SU SOBRINO DON JUAN ANTONIO, SÚBDITOS INGLESES.

Así llegaron á Cádiz, en cuya estación, confundidos con numerosos pasajeros, tomaron con gran tranquilidad y sosiego un carruaje que los condujo á la fonda del Caballo Blanco, en la cual se hospedaron como dos príncipes.

Allí permanecieron tres días, ocupados respectivamente en el interesante negocio de combinar, el uno, los medios de reunir la suma exigida, y el otro la manera más segura y conveniente de percibir, sin riesgo ni temor de ninguna especie, la cantidad concertada, cuando llegase la ocasión de que el secuestrado la trajese.

La sosegada y persistente ocupación en tales proyectos, en medio de una de las primeras capitales de España, indica por sí sola el estado social y el grado de perturbación moral en que un país se encuentra.

Con tanto descuido y libertad procedía el jefe de los malhechores, que con la mayor naturalidad del mundo envió á un mozo de dicha fonda para que tomase el billete de pasaje en el vapor *Ville de Brest*, para don Juan Bonell, si bien bajo el nombre de don Juan Romero.

El inglés partió de Cádiz el viernes 3 de Junio para Gibraltar, á donde llegó el sábado por la mañana.

Excuso decir que el jefe de los bandidos no perdió ni un sólo momento de vista, durante este tiempo, á don Juan Bonell, hasta dejarlo en el bote, después de haber combinado entre sí diversas é ingeniosas contraseñas, á fin de entenderse, en caso necesario, las personas intermediarias que por una y otra parte pudieran intervenir en la entrega del precio del rescate, la cual había de verificarse en el mismo Cádiz, en la fonda de los Tres Reyes.

CAPÍTULO VIII.

DE LO QUE ACONTECIO AL SOBRINO DURANTE LA SOLEDAD DE SU CAUTIVERIO.

El caserío donde permanecía cautivo el sobrino de don Juan Bonell se halla situado en las inmediaciones de Jerez de la Frontera.

Como ya queda referido, la exigencia de la dueña de la casa, respecto á que no quería tener allí á los ingleses, no fué más que un pretexto, así como también la promesa de que trasladarían inmediatamente al sobrino á una morada mucho más cómoda y espaciosa.

Todas estas insinuaciones fueron hechas sin más objeto que decidir al tío para que partiese á Gibraltar; pues lo cierto es que, después de su ausencia, el sobrino permaneció en la misma estancia.

Es imposible describir la situación de ánimo en que se quedó el joven Bonell, una vez separado de su querido tío.

Su espíritu fluctuaba constantemente entre el temor y la esperanza, creyendo algunas veces que muy en breve llegaría el apetecido momento de su libertad, y otras imaginando que acaso ya su tío sería víctima de la ferocidad de los bandidos, y que también él no tardaría en serlo.

Así como en la naturaleza hay días serenos y sombríos, así también en el alma del hombre se advierten alternativas de luz y de sombra.

El solitario cautivo procuraba por todos los medios imaginables sustraerse al influjo de las ideas sombrías, distra-

yéndose áun con los objetos ménos á propósito para recrear el ánimo y apartarla de tristes y melancólicas reflexiones.

En tal estado, muchas veces encontraba el olvido transitorio de sus penas en asomarse á una pequeña ventana, que había en el aposento y daba á un anchuroso patio.

Allí se complacía en contemplar el luminoso cielo de aquella región deliciosa y en oír á una joven que de vez en cuando entonaba esos cantares apasionados y quejumbrosos, propios de Andalucía, que tan profundamente conmueven y que tanto suelen agradar á los extranjeros.

En la situación que se hallaba el sobrino, aguardaba la hora del recreo de aquellas canciones con tanto afán, como el que desea asistir á la función teatral para él más predilecta.

Nunca podía ver á la misteriosa joven, y ni hubiera podido decir si lo era, al ménos por el testimonio de la vista; pero el oído le anunciaba que aquel timbre de voz tan argentino y sonoro, no podía salir sino de la rosada boca de una joven, y de una joven esbelta y hermosa por añadidura.

Es verdad que algunas veces había visto cruzar por el patio á una mujer que en su porte y en su andar parecía vieja; pero que cuando hablaba tenía el acento vibrante y seguro de una joven, si bien el prisionero jamás consintió en su mente que aquella figura fuese la de la incógnita cantadora.

En otras ocasiones, el sobrino escuchaba junto á la puerta de su aposento el ruido ligero de pasos femeninos, y más de una vez se entreabría la puerta, dejando ver el talle airoso y los ojos brilladores de una gitana que, después de contemplarle con ávida curiosidad durante algunos momentos, solía retirarse súbita y velozmente, como una sombra.

En efecto, aquella gitana era, según decían los bandidos, la criada de la casa, y aunque éstos le tenían severamente prohibido que se presentase en la habitación que ocupaban los secuestrados, ella, movida sin duda por la santa curiosidad, no desaprovechaba ocasión favorable de dar un vistazo por aquella estancia, siempre y cuando estaba segura de que los bandidos no podían reconvenirla.

Además, tanto el sobrino como el tío, habían visto alguna vez á un joven feo, de color amarillento, y cuyos gestos y ademanes le hacían semejar á un negro, y el cual, según los bandidos, era un simplon ó un mentecato.

Acaso todos estos pequeños detalles parezcan al lector insignificantes en demasía; pero debe tenerse en cuenta que para un prisionero que vive en la soledad más absoluta, cualquier incidente encierra el más vivo interés; y bajo otros aspectos, en relación con la seguridad pública y los deberes de las autoridades, cierto linaje de pormenores puede adquirir grandísima importancia, como que de ellos suele depender, según la experiencia me ha enseñado, el descubrimiento y castigo de crímenes horrendos.

En resolución, diré que así trascurrieron algunos días, durante los cuales el ordinario recreo del joven Bonell consistía, como ya he indicado, en escuchar los cantares andaluces de la joven desconocida, encontrando un singular placer, no sólo en la dulzura de la voz y en el estilo y expresión del canto, sino también en los conceptos revelados por la letra, que siempre contenía un pensamiento por demás ingenioso y agradable, ó un sentimiento en extremo poético y apasionado.

Desde luego se comprenderá que el sobrino solo se permitía abrir la ventana y asomarse á ella, durante las largas horas que permanecía solo en su aposento, sin temor de que sus guardianes le interrumpiesen.

Sucedió, pues, que al quinto día, después de haberse ausentado su tío don Juan Bonell y cuando apenas acababa de levantarse el sobrino, presentáronse en el aposento con aire azorado los dos bandidos que le custodiaban, anunciándole que en aquella estancia corría gran riesgo, y que, por lo tanto, era conveniente que, sin dilación, lo trasladasen á otro punto.

Así, pues, inmediatamente le sirvieron el almuerzo, terminado el cual, le vendaron los ojos y lo condujeron por estrechos callejones y pasillos, subiéndolo y bajándolo diferentes escaleras, y haciéndole dar vueltas y revueltas interminables, hasta que, por último, le colocaron al pie de una escalera de mano y le obligaron á que subiese por ella, cuya ascensión era para él en extremo difícil y peligrosa, no sólo por llevar los ojos tapados, sino también por el estado de perturbación, atolondramiento y mareo en que su ánimo y su cuerpo se hallaban.

Verificada la extraña subida hasta una abertura practicada en el techo, el inglés sintió que dos manos vigorosas le cogieron por los brazos y le arrastraron al interior de una mansión, cuya techumbre era tan baja, que no podía estarse en ella sino sentado.

Enseguida oyó que otro bandido subía detrás de él y que dejó en el suelo algunos efectos, operación que se repitió de nuevo.

¡Figúrese el lector el cúmulo de ideas y sentimientos que asaltarían la mente y el corazón del cautivo, en aquella situación tan enigmática y en aquel lugar desconocido!

Como era natural en aquel caso, los temores que se presentaban á su fantasía respecto á su persona, extendíanse también á la persona de su tío, á quien ya veía en su imaginación conturbada ferozmente sacrificado por el furor de los bandidos.

Así permaneció largo rato, lleno de sobresalto y dudas, hasta que los bandidos le desvendaron los ojos, y entonces vió que se hallaba en un camaranchon muy súpico y adornado profusamente con grandes cortinajes de telarañas y sin más ventilación ni claridad, que la que penetraba por algunos agujeros ó mechinales practicados en la pared; y entonces también comprendió que los efectos que habían subido sus guardianes consistían en sus retacos, cananas, un cántaro con agua y las mantas de los caballos, sobre las cuales estaban reclinados.

Trascurridos algunos momentos, el joven inglés se atrevió á preguntar:

—¿Qué piensan ustedes hacer conmigo? ¿Cuál es la causa de haberme traído aquí?

—Ya lo sabe usted, respondió uno de los bandidos; hay que tomar precauciones, porque andan moros en la costa.

—¿Y qué nos importa que anden por ahí los moros? Los guardianes soltaron el trapo á reír con la más franca expresión de alegría.

—Este señor, dijo el otro guardian, ha creído que tú has querido decir que andan por ahí moros con su turbante y todo.

—Con perdón de ustedes, así lo he dicho, replicó el inglés.

—Sí, señor, así lo he dicho, repuso el aludido; pero entre nosotros, esto no significa que vengan precisamente moros de carne y hueso, sino que es una expresión con la cual damos á entender que hay algún peligro.

—¡Ah! ya lo entiendo. ¿Y qué peligro se corre?

—Es que nos han avisado que va á venir la justicia á embargar á la dueña de la casa para cobrarle los monises de la contribución, y no conviene que lo tropiecen á usted.

—Está bien; muy bien, señores, respondió el inglés muy satisfecho, al parecer, de la explicación; pero pensando para sus adentros, que léjos de no convenirle, según los bandidos, que la justicia tropezase con él, acaso le sería muy conveniente aquel tropiezo, si del tal encuentro resultase su deseada libertad.

El inglés, por más que disienta radicalmente de la opinión de los bandidos, guardó prudente reserva, echando su imaginación á pasear, como suele decirse, respecto á la nueva feliz de la próxima presencia de la justicia en su anterior morada, y creyendo tal vez que aquel accidente fuese para él favorable; pero el joven Bonell no comprendía que la justicia en España es más diligente para embargar por la cobranza de los impuestos, que para perseguir ladrones y secuestradores.

Mientras así vagaba la candorosa imaginación del prisionero, aguardando á cada instante que la justicia española descubriese aquella guarida de bandidos, sintió por todo su cuerpo tan extraordinaria é irresistible picazón, que vino á sacarle de los lisonjeros ensueños, en que su omnimoda confianza en la justicia le había lanzado.

Así, pues, volviendo al más positivo y prosaico sentimiento de la realidad, notó que tenía todo su cuerpo negro como la tinta, ó por mejor decir, cubierto del color oscuro de las pulgas, que como un enjambre de presumpciosos se apodera de la Hacienda pública, se habían posesionado del cuerpo del infeliz cautivo, cuyo martirio era verdaderamente insoportable.

Desde entonces su actividad mental, pocos momentos antes tan lúcida y viva, quedó completamente absorbida y abrumada por el dolor intolerable de aquella odiosa plaga.

Tal y tan incómodo, mortificante y enojoso fué el nuevo aposento, que el solo anuncio de la presencia de la justicia, le proporcionó en España, al malaventurado extranjero.

CAPÍTULO IX.

EN DONDE SE PRUEBA QUE LA PÁTRIA PARA LOS INGLESES ES VERDADERAMENTE MADRE Y NO MADRASTRA.

Si grande impresión produjo en España y áun en Inglaterra, el secuestro de los señores Bonell, dicho se está que infinitamente mayor fué la que causó en la Plaza de Gibraltar, donde aquéllos, por su carácter, posición y costumbres, eran de todos muy conocidos y estimados.

La opinión pública se preocupó allí extraordinariamente del suceso, siendo la familia de los señores Bonell objeto de la compasión y atenciones de sus conciudadanos, y concurriendo á su casa diariamente gran número de amigos y conocidos y curiosos para informarse del paradero de los secuestrados.

Después que regresó el emisario que la familia Bonell había enviado á la fonda del Mono en Cádiz, en cumplimiento de la orden de los cautivos, y sin que la persona que había de recoger los fondos se hubiese presentado, ya no volvió á tenerse más noticia de aquéllos, por cuya razón, tanto su familia, como sus amigos y hasta las autoridades de la Plaza, sentían la más dolorosa inquietud y demostraban el más vivo interés por la suerte del tío y del sobrino.

Ahora bien; cuando el 4 de Junio, que por cierto era sábado, llegó don Juan Bonell á su casa, encontró en ella numerosos amigos, y entre ellos á don Pedro Montegriffo y á don Juan Recaño.

Imposible sería pintar el júbilo que produjo entre sus amigos la llegada del secuestrado, á quien muchos habían tenido ya por muerto.

Así, pues, el recién llegado recibió inequívocas muestras de consideración y afecto por parte de sus amigos, que le dirigían infinitas preguntas, respeto á lo que les había acaecido, á las cuales contestaba el interpelado con discreción suma, y dando á entender en su rostro y palabras, que todavía no era llegada la hora de felicitarle sin reserva por su aparición en Gibraltar, cuando su amado sobrino aún permanecía expuesto á gravísimos peligros.

Por último, no sin dificultad logró quedarse Bonell solo con los referidos amigos Montegriffo y Recaño, personas discretas que le inspiraban la más omnimoda confianza.

Interrogado, pues, por los citados amigos, Bonell respondió:

—No creais que he venido para permanecer aquí mucho tiempo, si no consigo reunir la cantidad de que en este momento no puedo disponer. Gran satisfacción, sin duda, me ha causado el interés que todos mis amigos se toman por mi suerte y por la de mi sobrino, y extremado también ha sido mi gozo, al ver las muestras de consideración y de afecto que toda la población de Gibraltar ha manifestado en favor de nuestra desgracia, pero no hay que engañarse respecto á mi presencia en este sitio, pues si no reuno en breve plazo el importe de nuestro rescate, debo inmediatamente volver á ponerme en manos de mis secuestradores.

—Eso sería el colmo de la torpezal exclamó Recaño.

—También sería el colmo de la mala fé, si yo faltase á mi palabra.

—No hay palabras de honor para cierta clase de gentes, replicó indignado Montegriffo.

—¡Ay amigo mío! No se trata sólo del honor de mi palabra, sino que además se interesa en mi compromiso la pre-

ciosa vida de mi amado sobrino, al cual sacrificarían sin compasión, si yo faltase á mi empeño.

—Eso es otra cosa muy diferente, respondieron á la par los dos amigos.

—Juan Antonio, continuó Bonell mayor, se ha quedado en rehenes, y ya comprendereis que no me resta más recurso que satisfacer las exigencias de los bandidos ó volverme otra vez á colocar bajo su dominio.

—Verdaderamente la situación es crítica, dramática y dolorosa, replicó Recaño.

—Sobre todo, yo ignoro lo que haré ni lo que sucederá, si no puedo reunir la suma convenida, que por cierto es demasiado importante.

—No hay que afigirse, dijo Montegriffo, supuesto que el Gobierno inglés está dispuesto á suministrar la suma que se necesite para vuestro rescate.

—De véras! exclamó gozoso Bonell.

—Ni más ni menos que como lo digo.

—¡Qué felicidad! Esa noticia me llena de júbilo indecible. Ciertamente que se puede tener á orgullo el ser súbdito inglés. ¡Bendito sea nuestro Gobierno!

—¡Sí! exclamaron á la vez los dos amigos. El Gobierno inglés defiende siempre y en todas partes á sus súbditos, como á lo que son, como á verdaderos hijos.

—Y además, respetando la dignidad de los ciudadanos, dijo Bonell. Esta circunstancia es la más adorable en semejante conducta, porque ¿á qué negarlo? yo confieso que me humillaría no poco el andar mendigando entre unos y otros la cantidad que necesito; pero desde el momento en que no es un particular ni veinte los que me la proporcionan, sino la Madre Patria, ¿quién, amigos míos, quién podrá humillarse ni ofenderse por recibir en tan crítica situación el oportuno socorro de su Madre?

—Teneis razon, dijo Montegriffo.

—Recibir de todos, no humilla á ninguno, añadió Recaño.

Al llegar aquí nuestros interlocutores, presentóse en el aposento un dependiente del gobernador de la plaza, anunciando al señor Bonell que inmediatamente se presentase á dicha autoridad que le aguardaba.

Bonell contestó que sin dilación iría. El dependiente saludó y retiróse, y pocos momentos despues, acompañado de sus amigos, se presentó el señor Bonell al gobernador de Gibraltar, quien le recibió muy afectuosamente, informándole con la más exquisita minuciosidad de todo cuanto les había acaecido, y confirmando plenamente á Bonell lo que sus amigos le habían dicho, respecto á que el gobernador estaba dispuesto á suministrar la cantidad necesaria para el rescate.

Una vez terminada esta entrevista, retiróse Bonell á su casa, quedándose en el Gobierno Montegriffo y Recaño.

No basta para que los dones adquieran todas las circunstancias apetecibles el que sean magníficos, sino que es indispensable que al dar con magnificencia, acompañe siempre la prontitud oportuna.

Así lo hizo el gobernador de Gibraltar, pues que al poco rato volvieron á presentarse en casa de Bonell los dos citados amigos, para manifestarle que el gobernador había puesto á su disposición la cantidad exigida de veintisiete mil duros, que aquel suministró de los fondos del erario local, y que éstos exhibieron ante don Juan Bonell, que se creía víctima del más delicioso ensueño.

Sus amigos, además, le anunciaron, que no contento el gobernador con la mencionada suma, había puesto á sus órdenes la cañonera *Trinculo* para la conducción á Cádiz del dinero, de Bonell y de sus amigos, que manifestaron vivos deseos de acompañarle.

Así, pues, el día 4 fué aprovechado con una actividad verdaderamente inglesa, supuesto que á las diez de aquella misma noche, salió de Gibraltar dicha cañonera, llevando á bordo al señor Bonell, á sus dos citados amigos y además á don Juan Bruzon y don José Varese, para auxiliarle en cuanto se le ofreciera.

¡Qué contraste presenta la solícita conducta del Gobierno inglés con la de los Gobiernos de otros países!

Allí se ve una familia víctima de un atentado por parte de feroces é infames secuestradores, y la opinión pública se alarma de una manera poderosa, y el Gobierno se apresura á venir oportunamente en auxilio de los particulares, suministrándoles el amparo y socorros que necesitan en medio de esas terribles y trágicas tribulaciones, que el crimen suele introducir en el santuario del hogar de las personas más virtuosas y honradas; en tanto que en otros países se perpetrar los más horrosos atentados, sin que el poder público tenga siquiera noticia de ellos, viéndose las familias reducidas al aislamiento del estado salvaje y á proveer á la salvación y seguridad de sus individuos por sus propios y exclusivos medios, independientemente de la justicia, de la sociedad, de la patria y del Estado, que representa y personifica todas las instituciones del derecho humano.

El presente caso demuestra bien á las claras que el súbdito inglés, miembro de una sociedad culta y digna, tiene detrás de sí, en cualquier parte donde sea atropellada su personalidad, el gran pueblo en cuyo seno ha nacido, y al Gobierno, que le representa, para acudir inmediatamente á defender su vida y amparar su derecho por todos los medios imaginables.

Decididamente el secuestro que voy narrando prueba que la patria es para los ingleses una verdadera y solícita madre, y no una cruel y empedernida madrastra, como sucede con frecuencia en nuestro país, donde la intervención del Gobierno, lejos de ser útil y apetecida para la protección eficaz de los individuos, suele ser, por el contrario, temida y rechazada con horror, como la más espantosa y funesta de todas las calamidades.

CAPITULO X.

CRÍTICA SITUACION DE DON JUAN BONELL.

La cañonera *Trinculo* llegó al puerto de Cádiz al día siguiente 5 de Junio á las ocho de la mañana.

Los Sres. Recaño, Montegriffo y Bruzon desembarcaron inmediatamente, alojándose en la fonda de París, y más tarde lo verificaron también los Sres. Bonell y Varese, hos-

pedándose en la fonda de los Tres Reyes, lugar de la cita, segun de antemano lo había concertado aquél con el jefe de los bandidos.

Con arreglo á este convenio, la persona comisionada para entregar el dinero debía pasearse ante la puerta de dicha fonda con un turbante blanco y agitando también un pañuelo del mismo color mientras se paseaba.

Además, dicha persona debía exhibir la contraseña concertada, que consistía en la mitad de retrato, cuya otra mitad debería presentar el emisario de los bandidos.

No fué necesario, sin embargo, el hacer uso de la tal contraseña, pues que apenas hubo llegado Bonell á la fonda, se le presentó el más anciano de los bandidos, al cual le dijo que ya tenía á su disposición toda la cantidad exigida.

Con tales nuevas, manifestó el viejo bandido grandísimo contento y despidióse del inglés, prometiéndole volver al día siguiente con sus compañeros para recibir el precio del rescate.

Entre tanto, los señores Montegriffo y Recaño habían visitado al cónsul inglés don Tomás Reade, á fin de ponerse de acuerdo respecto á ciertas reservadísimas precauciones que convendría adoptar para no ser engañados, y entre otras cosas, concertaron que á la mañana siguiente conducirían á su poder y depósito hasta el momento de la entrega, la cantidad reclamada en cintos hechos al efecto.

Convenidos en éste y otros puntos, el lunes muy de mañana, los señores Montegriffo y Recaño, acompañados de tres individuos de la tripulación de la cañonera *Trinculo*, condujeron al consulado inglés la suma referida.

Cuando los dos amigos se presentaron al cónsul, éste les manifestó que había recibido ya un recado de D. Juan Bonell para que dichos señores fuesen, sin pérdida de tiempo, con el dinero á la fonda de París, lo cual efectuaron inmediatamente, entregando en dicha fonda la suma á los señores Bruzon y Varese, que la condujeron en seguida á la precitada de los Tres Rayos.

Ya don Juan Bonell había hablado dos veces con el jefe de los bandidos y tres de sus cómplices, por cuyo motivo, envió á decir al cónsul que sin dilación le llevasen el dinero.

En efecto, á la una de la tarde se presentaron los cuatro bandidos por tercera vez en el aposento del señor Bonell con el mayor descaro, cual si fuesen á cobrar una letra de cambio.

El inglés les entregó los cintos con el dinero y al colárselos en la cintura los malhechores, sonaba el oro, por lo cual Bonell les dijo:

—Tened cuidado, que suenan mucho las monedas.

—Esté usted tranquilo, respondieron; que no hay nada que temer.

—Pues dispensad la advertencia, replicó Bonell, escandalizado en su interior de la soltura, llaneza y aplomo, con que aquella gente procedía en una ciudad tan importante y populosa como lo es Cádiz.

Una vez recibido el dinero, con la protesta de contarle despacio, el jefe, dirigiéndose al señor Bonell, le dijo:

—Ahora conviene que mande usted á esos dos amigos al Puerto de Santa María, y que se alojen en la posada del Toro.

—Está muy bien. Yo he cumplido mi compromiso; ahora le toca á usted cumplir el suyo, respondió Bonell.

—Por supuesto, y ya verá usted si nosotros somos hombres de fiar y de palabra.

—Así lo espero.

—Pues bien, esta noche ó á más tardar mañana temprano llegará su sobrino bueno y sano al Puerto de Santa María y á la fonda del Toro, donde ya deberán estar esperándole sus amigos.

—Ya ha visto usted la exactitud y fidelidad de mi conducta...

—Sí, señor, respondió el jefe, y en todas partes diré y no me cansaré de repetir, que es usted un gran caballero.

—Yo confío en que verá bueno y sano á mi sobrino.

—No tenga usted la menor duda en que nos portaremos como hombres, y con Dios y agradecidos, que tenemos mucho que hacer para cumplir nuestra palabra.

Y así diciendo, el jefe y sus tres compañeros despidiéronse de Bonell y salieron de la fonda.

Bonell se quedó abismado en las múltiples y contradictorias reflexiones que su crítica situación le inspiraba.

Había dado el precio del rescate, cuya importante suma le había sido posible reunir en tan breve plazo, merced al eficaz auxilio de su Gobierno, y ahora podía correr el riesgo de que los bandidos, una vez dueños de los veintisiete mil duros, no cumplieren la palabra de soltar á su sobrino.

Es verdad que á instancias del cónsul inglés, las autoridades españolas habían tomado precauciones con la mayor reserva para seguir y espiar todos los pasos de los criminales y salvar, en caso necesario, á su sobrino; pero también se le ocurría que la más mínima imprudencia por parte de los agentes de la autoridad, podía comprometer la existencia del cautivo, sin perjuicio y á pesar de haber entregado ya el precio de su rescate.

Fiarse del honor de los bandidos parecía una insensatez; confiar en la eficacia de los medios empleados por la autoridad, era por extremo peligroso, si los criminales llegaban á sospecharlo.

El más mínimo incidente podía malograr su sacrificio y desvanecer sus esperanzas.

Todas las probabilidades de éxito consistían en la reserva, en el sigilo y en la prudencia de los agentes de la policía española, y estas condiciones eran para el inglés, harto dudosas, hasta el extremo de que en el caso de elegir por sí mismo entre el auxilio de la autoridad pública y la fidelidad á su compromiso por parte de los secuestradores, acaso hubiera preferido fiarse de éstos, ántes que recurrir al concurso y amparo de aquella.

Bajo estas enérgicas y á la par contradictorias emociones, era indecible la inquietud y angustia que experimentaba el cariñoso tío por la suerte de su amado sobrino.

Al fin, procurando lanzar de su mente aquellas ideas funestas y sombrías, que le torturaban á la vez el corazón y el cerebro, se dirigió á la habitación en que se hallaban los señores Bruzon y Varese y les dijo:

—Es necesario que inmediatamente vayais al Puerto de

Santa María, en donde os alojareis en la posada del Toro, porque esta misma noche ó á más tardar por la mañana, deberá presentarse allí mi sobrino. Tal ha sido al menos la promesa que me han hecho esos hombres.

—¿Y la cumplirán? preguntó Varese.

—Esa es mi duda y mi tormento.

—¿Qué situación tan dolorosa y qué incertidumbre tan cruel! exclamó Bruzon.

—Es verdad, amigo mio; tiemblo por las medidas que se han adoptado, y tiemblo igualmente por la desconfianza que me inspiran los bandidos. Por todas partes no veo más que inconvenientes, desastres y temores. ¡Qué situación!

—Todavía no hay por qué desesperarse, dijo Varese, y poco tiempo hemos de tardar en salir de dudas. ¿Quién sabe si esta misma noche le podremos anunciar telegráficamente que ya hemos tenido el gusto de abrazar á Juan Antonio?

—¡Ojalá que así fuese! exclamó Bonell.

—Por lo ménos, repuso Bruzon, todavía no hay motivo para desconfiar ni afigirse.

—Sin duda; pero fácilmente comprenderán ustedes la impaciencia que me devora. Quisiera ya que hubiese llegado mañana, para salir de una vez de tan insoportable incertidumbre.

—Eso sí, la cuestión cambiará completamente de aspecto, si no pareciese mañana el sobrino, respondió Varese, porque en tal caso, ya habría motivo fundado para sospechar y temer.

—No hay más remedio que resignarse con el curso lento de las horas, añadió Bruzon.

Bonell exhaló un profundo suspiro, reconociendo la exactitud de aquella observación incontestable.

Los dos amigos partieron en el tren de aquella misma tarde para el Puerto de Santa María, dejando á Bonell con la inquietud y ansiedades que desde luego se comprenden.

CAPITULO XI

DE CÓMO LOS BANDIDOS CUMPLIERON SU COMPROMISO.

Volviendo ahora al sobrino, debo decir que permaneció en el camaranchon todo aquel día hasta el anochecer, en que sus guardianes le vendaron otra vez los ojos, y cogiéndole uno de ellos á cuestras, lo bajó por la escalera de mano, volviéndole á conducir, despues de muchos rodeos, subidas y bajadas, á su antiguo aposento.

Acto continuo le sirvieron la comida, y viéndose algo ménos molestado de la devoradora plaga que durante todo el día le había perseguido, experimentó una sensación indecible de bienestar y contento.

Encendió su pipa y sostuvo animada conversacion con sus guardianes, en cuyo porte y palabras advirtió más deferencias y atenciones que de ordinario.

Trascurrido así un buen rato, recogióse en su lecho, durmiendo tranquilamente hasta las dos y media de la madrugada, en que sintió que lo llamaban.

Despertóse algo azorado, y entónces vió al jefe de los bandidos que, acompañado de otros dos, participóle que todos estaban muy contentos porque su tío había llegado á Cádiz con la cantidad exigida.

—¡Cuánto me alegro! exclamó el cautivo.

—Y nosotros también, dijeron á una voz todos los bandidos.

—Ya ven ustedes cómo mi tío ha cumplido su palabra. ¡Ojalá que todos cumplan igualmente sus compromisos!

—Pues no los hemos de cumplir! respondió el jefe. En cuanto recibamos el dinero, que será hoy mismo, le pondré á usted en libertad.

—Mucho se lo agradeceré.

—Pues ya me parece que puede usted considerarse libre, si es que hoy nos entregan esos dineros, como nos lo ha prometido su tío.

—Si mi tío lo prometió, seguramente que no faltará.

—Pues muy pronto hemos de verlo, porque ahora mismo vamos á Cádiz y hoy se ha de resolver el negocio. Conque, adios, y hasta la vuelta.

Y sin proferir más palabras, el jefe y los bandidos salieron de la estancia, dejando al cautivo lleno de esperanza y de consuelo.

El jefe partió, en efecto, en aquella misma hora, seguido de tres de sus compañeros, quedándose uno custodiando al sobrino durante todo el día del lunes, seis de Junio, hasta las nueve de la noche en que llegó otro de los bandidos con un cinto repleto de monedas de oro, el cual muy gozoso le anunció al sobrino que ya se habían acabado todas sus penas y aflicciones.

Hora y media despues, es decir, á las diez y media de la noche, llegó el jefe con sus demás compañeros, y entrando á ver al secuestrado, le dijo:

—Alégrese usted, amigo mio, que ya está usted libre, porque su tío se ha portado como un gran caballero.

—Bien sabía yo que así había de suceder, porque mi respetable tío me quiere con toda su alma, y no habrá omitido sacrificio alguno para conseguir mi rescate.

—Sí señor, así lo ha hecho.

—Y bien, ¿á qué aguardamos? ¿Cuándo me sacan ustedes de aquí?

—En cuanto contemos el dinero; y para acabar más pronto, puede usted ayudarnos también á contarlo.

—Con mucho gusto.

Los bandidos se desciñeron los cintos que colocaron sobre la mesa que tenían para servirle la comida al cautivo, y para ver mejor, encendieron todas las velas que tenían delante de las citadas imágenes, en cuyo culto y honor las habían encendido ya en otras ocasiones, diciendo que era para que por su santa intercesión, Dios los sacase con bien de aquel negocio.

Desocupados los cintos, fueron contando sucesivamente lo que cada uno contenía, hallando al fin exacta y completa la cantidad de veinte y siete mil duros en centenes de oro isabelinos.

Terminada esta operacion, que duró hasta las doce y media de la noche, el jefe, arrebatado de júbilo, exclamó:

—¡Esto es lo que se llama portarse como un hombre! No falta ni un real, y por consiguiente, yo tampoco faltará á mi compromiso.

(Se continuará.)

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agences ont la regie esclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMP.ª.
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1881.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para **SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS**, con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.
Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.
Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS
De Bromuro de Alcanfor
del Doctor CLIN
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las *Enfermedades Nerviosas* y del Cerebro, las *Afecciones del Corazon* y de las *Vías respiratorias* y en los casos siguientes: *Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vertigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga* y de las *Vías urinarias*, y para calmar las excitaciones de todas clases.
Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C.ª y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Glúten, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las *Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Blenorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga* y de los *Organos genito-urinarios*.
DEBEN TOMARSE DE 9 Á 12 CÁPSULAS AL DIA.
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
DE
Hierro del Dr Rabuteau
Laureado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginos en los casos de *Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Extenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños*, y las enfermedades causadas por el *Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre* a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
ACOMPaña A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

TRADICIONES DE TOLEDO

POR EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.
Los Sres. Montoya y Compañía, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BANCO DE ESPAÑA.

Los sorteos correspondientes al trimestre vencido en 1.º de Octubre próximo de las obligaciones del Banco y Tesoro, series exterior é interior, de las del Tesoro sobre productos de Aduanas, creadas por las leyes de 3 de Junio de 1876 y 11 de Julio de 1877, y de los bonos del Tesoro emitidos en 1.º de Abril de 1879, conforme á la ley de 1.º de Enero del mismo año, se verificarán con las formalidades y en los dias del mes de Setiembre inmediato que á continuacion se expresan:

OBLIGACIONES DEL BANCO Y TESORO, SÉRIE EXTERIOR.

Sorteo 21 que se verificará el dia 1.º

Ha de aplicarse la suma de 2.451.000 pesetas para los intereses de las 163.400.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando para ésta 504.000, que en junto hacen el total de pesetas 7.500.000, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 326.800 obligaciones pendientes de amortizacion se dividirán para el acto del sorteo en 3.268 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas éstas se extraerán del globo 101 en representacion de 10.100 obligaciones por valor de 5.050.000 pesetas, tomándose del fondo de amortizacion 1.000 para completar el importe de una centena de obligaciones.

OBLIGACIONES DEL TESORO SOBRE PRODUCTOS DE ADUANAS.

Sorteo 15 que se verificará el dia 3.

Ha de aplicarse la suma de 1.845.000 pesetas para los intereses de las 123.000.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aun no ha tocado la amortizacion, quedando para ésta 2.955.000, que en junto hacen el total de pesetas 4.800.000, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 246.000 obligaciones pendientes de amortizacion se dividirán para el acto del sorteo en 2.460 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas éstas, se extraerán del globo 59, en representacion de 5.900 obligaciones por valor de 2.950.000 pesetas, aplicándose al fondo de amortizacion 5.000 por no completar el importe de una centena de obligaciones.

OBLIGACIONES DEL BANCO Y TESORO, SÉRIE INTERIOR.

Sorteo 21 que se verificará el dia 5.

Ha de aplicarse la suma de 3.200.250 pesetas para los intereses de las 213.350.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aun no ha tocado la amortizacion, quedando para ésta 6.799.750, que en junto hacen el total de pesetas 10.000.000, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 486.700 obligaciones pendientes de amortizacion se dividirán para

el acto del sorteo en 4.267 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas éstas se extraerán del globo 136, en representacion de 13.600 obligaciones por valor de 6.800.000 pesetas, tomándose del fondo de amortizacion 250 para completar el importe de una centena de obligaciones.

BONOS DEL TESORO.

Sorteo 10 que se verificará el dia 10.

Los 672.889 bonos que quedaron pendientes de amortizacion en virtud del sorteo celebrado en 10 de Junio último, se dividirán para dicho acto en 6.724 lotes de 100 bonos cada uno, representados por otras tantas bolas, excepto la última, que sólo puede amortizar 89.

Encantaradas las 6.724 bolas antes citadas, se extraerán del globo 95, representativas de 9.500 bonos, importantes pesetas 4.750.000 que corresponden á cada trimestre.

Los sorteos detallados se verificarán públicamente en el salon de juntas generales del Banco, sito en la casa calle de Atocha, núm. 32, en los dias que quedan expresados, á la una de la tarde, y los presidirá el Gobernador, asistiendo además una comision del Consejo, el secretario y el interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducir las en el globo.

La Administracion del Banco publicará en los periódicos oficiales los números de las obligaciones y bonos á que haya correspondido la amortizacion, y dejará expuestas al público para su comprobacion las bolas que hayan salido en los sorteos.

Madrid 15 de Agosto de 1881.—El Secretario, Manuel Ciudad.

BANCO HISPANO-COLONIAL.

ANUNCIO

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del real decreto de 12 de Junio de 1880, tendrá lugar el QUINTO sorteo de amortizacion de los billetes hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, el dia 1.º de Setiembre próximo, cuya amortizacion, conforme á la Real orden de 26 del mismo Junio, se hará como los anteriores, por milésimas partes, debiendo amortizarse en este quinto trimestre CINCO MIL DOSCIENTOS CINCUENTA BILLETES de los 750 000 emitidos.

El sorteo se verificará públicamente en Barcelona, en la sala de sesiones de este Banco, á las once de la mañana del referido dia 1.º de Setiembre, y lo presidirá el Presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo además, la comision ejecutiva, director-gerente, contador y secretario general. Del acto dará fé un notario, segun lo previene el Real decreto de 12 de Junio de 1880.

Antes de introducir las en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 973 bolas sorteables y se extraerán de ellas SIETE, cuyos números quedarán amortizados en cada uno de los 750 millares de los títulos

emitidos; resultando por consecuencia amortizados los CINCO MIL DOSCIENTOS CINCUENTA BILLETES correspondientes á este sorteo.

El Banco publicará en los periódicos oficiales los números de los billetes que en cada millar queden amortizados y dejará espuestas al público en este establecimiento, calle Ancha, núm. 3, las bolas que hayan salido en el sorteo.

Barcelona 15 de Agosto de 1881.—El vice gerente P. Aleu Arandes.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés desde el 1.º de Febrero próximo pasado. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varia segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

Aduite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

PRÉSTAMOS Á CORTO PLAZO SOBRE FINCAS URBANAS EN MADRID.

Además de sus acostumbradas operaciones, el Banco Hipotecario hace préstamos en metálico á corto plazo desde uno á cuatro años, sobre casas en esta Corte, bajo condiciones especiales y ventajosas que estarán de manifiesto en dicho Establecimiento.

LA AMERICA

Año XXII

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª Caños, 1.